

X Certamen Andaluz de Escritores Noveles

Las 7:22

(y otros textos premiados)

Album



**LAS 7:22 Y OTROS TEXTOS
PREMIADOS**

**X CERTAMEN ANDALUZ DE
ESCRITORES NOVELES**

PRIMERA EDICIÓN:

Edita: JUNTA DE ANDALUCÍA. Consejería de Cultura y Asociación de Editores de Andalucía

Edición no venal

- © De la edición: JUNTA DE ANDALUCÍA. Consejería de Cultura y Asociación de Editores de Andalucía
- © De los textos: sus autores
- © Del prólogo: José Antonio Garriga Vela
- © De la ilustración: Pablo Caro Revidiego

Esta edición recoge los textos premiados en el X Certamen Andaluz de Escritores Noveles convocado por el Centro Andaluz de las Letras con la finalidad de promover y difundir la creación literaria entre los jóvenes andaluces.

Depósito Legal: Ma-717-2012

Imprime: Imagraf Impresores

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin el permiso por escrito de la entidad editora.

Índice general

Prólogo	9
Cuento 10 –12 años.....	11
<i>FINALIZACIÓN</i>	<i>13</i>
Martín Quesada Zaragoza	
<i>LA ESTRELLA DE LOS DESEOS</i>	<i>21</i>
Ana Martínez Sabiote	
Cuento 13 –15 años.....	27
<i>LA GELI BAILA SOLA</i>	<i>29</i>
Carlos Catena Cózar	
Cuento 16 –18 años.....	35
<i>UN DÍA CUALQUIERA</i>	<i>37</i>
Julián Granados Bujalance	
<i>LA MUJER DE CENIZA.....</i>	<i>43</i>
Celia Barnés Castaño	

Poesía 10 –12 años	49
<i>LÁGRIMAS SOBRE EL PAPEL</i>	51
Lola Aguado Romero	
<i>EL COCHE</i>	53
Paula Martínez Hidalgo	
Poesía 13 –15 años	55
<i>FLUORESCENT</i>	57
Rebeca Cadenas Schaedler	
<i>LA NIÑA DE LLUVIAS</i>	59
Sara Sánchez Gamino	
Poesía 16 – 18 años	61
<i>LO BAUTIZÓ COMO BÉISBOL</i>	63
Marta Pérez Ramírez	
Relato 10 –20 años.....	67
<i>LAS 7:22</i>	69
Ana Carrión Medina	
<i>LA PIEL DE LAS MARIPOSAS</i>	121
Almudena López Cano	

El jurado de este Certamen emitió su fallo el 16 de diciembre de 2011 bajo la presidencia del escritor José Antonio Garriga Vela, actuando como vocales Alicia Muñoz Maroto (editora), Antonio Luís Ginés Muñoz (técnico del Centro Andaluz de las Letras y escritor), Carmen Ramos (escritora e investigadora), Elena Medel (escritora y editora), José Luís González Vera (escritor y profesor) y M^a Luisa Torán Marín (asesora de la Dirección General del Libro).

Agradecimiento a José Antonio Garriga Vela, por el prólogo; a Pablo Caro Revidiego, por la ilustración de cubierta y a la Asociación de Ilustradores Profesionales de Andalucía (AIPA) por su colaboración.

PRÓLOGO

DIARIO DE UN HÉROE

Cuando decidí ser escritor tenía nueve años. Mis amigos querían convertirse en médicos, abogados e ingenieros de caminos, canales y puertos. A mí sólo me atraían las historias fantásticas que imaginaba encerrado en mi cuarto. Al cabo de unos años leí a Salgari y Julio Verne. Me introducía hasta tal punto en las aventuras que contaban que un día me agaché y cubrí la cabeza para protegerme de la estampida de búfalos que atravesaban el cuarto. Antes de que los astronautas norteamericanos pisaran por primera vez la luna en 1969, yo había estado allí y me había divertido bastante más que ellos. Me acuerdo que esa noche de julio me asomé a la ventana y miré al cielo en el preciso instante que los astronautas paseaban por la superficie del satélite, pero no vi ninguna silueta caminando sobre la esfera blanca. Yo, sin embargo, había vivido mil aventuras en la cara oculta de la luna. La lectura me convirtió en un aventurero que por las noches escribía su diario. El diario de un héroe.

Mis padres decían que aparte de escribir era necesario aprender un oficio. Las personas mayores afirmaban que escribir en España era llorar. Mis padres nunca me dijeron eso, aunque cada vez que yo soñaba en voz alta con convertirme en un famoso escritor me contemplaban con tristeza. Entonces nadie concedía becas que permitieran salir del cuarto y volar junto con otros compañeros de viaje sobre mundos de papel. Mis dos grandes pasiones siempre han sido escribir y viajar. Habría sido maravilloso que en aquellos años hubiera tenido la oportunidad de asistir a talleres de literatura como vais a hacer vosotros, que habéis escrito unos cuentos y poemas maravillosos. La vida es un poema, unas veces alegre y otras veces triste. La vida cabe en un cuento. Vosotros habéis creado diferentes mundos que se hallan en el interior de este libro. Cuando leí vuestras historias supe que detrás de cada uno de esos cuentos

y poemas había un escritor. Nunca dejéis de escribir. Escribir os hará felices. Además, os puedo asegurar que yo he sido médico, abogado e ingeniero de caminos, canales y puertos sin tener que pasar por el duro trance de estudiar las tres carreras. Simplemente me sentaba en el cuarto y me ponía a escribir.

Desde entonces, desde que dije a mis padres que quería ser escritor, han transcurrido muchos años: las páginas de la vida. Mi oficio es escritor. La aventura de escribir. Un sueño que se ha convertido en realidad. Cuando lo que sucede alrededor no me gusta me introduzco en el mundo de la ficción. Cada día paso más tiempo en ese mundo que he ido construyendo a la medida de mis sueños. Vosotros me habéis invitado a entrar en vuestro mundo y os puedo asegurar que ha sido un placer.

José Antonio Garriga Vela

Cuento (10-12 años)

FINALIZACIÓN

Darren estornudó.

Hacía un día gélido, pues eran finales de febrero y el frío parecía que había tomado la determinación de no marcharse de allí hasta bien entrada la primavera.

La pequeña clase de 3º de secundaria carecía de radiadores o estufa, y debido a su ubicación en el edificio docente, su temperatura distaba mucho de ser agradable.

Con todo, la sala estaba medio vacía debido a la gran cantidad de bajas por enfermedad, y los pocos alumnos que allí estaban contribuían aún más a que el ambiente fuese tenso y desagradable.

Así que, cuando la sirena anunció la finalización de las clases, hubo un alivio colectivo ante la promesa de una tarde caliente en casa.

El chico, de constitución delgada y pálida, empezó a recoger los libros. En ese momento una chica alta pasó por su lado.

–Hasta mañana, Darren.

El chico se dio la vuelta, y al percatarse de que su compañera ya salía por la puerta, corrió hacia ella y le susurró:

–No te olvides de traerme la libreta mañana. Sofía, es que si no...

–Tranquilo, ¿cuando me he olvidado de algo? –dijo al tiempo que hacia una mueca pícara. Poco después abandonó la estancia.

Darren suspiró. “No tiene arreglo”, pensó con resignación.

La urbe estaba abarrotada a esa hora, así que el chico entró en uno de los laberínticos callejones de la zona. Tenía prisa por llegar a su casa.

Tras unos minutos deambulando por las oscuras callejuelas, salió a una calle principal. Levantó la vista. Al otro lado de la calzada estaba su casa, con la ventana que daba a la calle iluminada.

“Mamá está en la cocina. Debe estar esperándome.”

Aceleró el paso, y cruzó la carretera junto a la marabunta de niños y trabajadores. Los coches se pararon.

Tropezó. Miró hacia atrás y vio a un hombre de mediana edad.

–Perdón, ¿estás bien?

–Sí, no pasa nada –dijo Darren con voz ausente.

Porque su mirada estaba en otro lugar. Al comienzo de la calle, saliendo del mismo callejón que poco antes había atravesado el chico, estaba otro joven exactamente igual a él. La respiración se le aceleró. Se dio la vuelta y continuó caminando.

“¿Qué ha sido eso...?”

Preso de un mal presentimiento, el chico entró rápidamente en el portal. Mientras subía las escaleras, giró la cabeza...y gritó.

El joven seguía allí. Acababa de entrar por el portal con parsimonia, y se dirigía a las escaleras.

–¡Deja de seguirme! ¡Lárgate! –tras gritar esto, salió corriendo.

Mientras tanto, el chico ascendió al tramo de las escaleras donde un instante antes había estado Darren. Se dio la vuelta y, con un rictus de enfado, movió solo los labios, hablándole al espacio vacío.

La puerta se abrió. Una mujer menuda apareció al otro lado.

–¿Darren? Pasa, pasa.

El joven atravesó la puerta rápidamente, respirando pesadamente.

–C –cierra la puerta. Rápido.

–¿Qué pasa, hijo?

–A –alguien me sigue.

La mujer, asustada, miró por la mirilla.

Al otro lado, nada.

–Darren, en las escaleras no hay nadie. Creo que deberías tranquilizarte.

Después de decir esto, desapareció por el pasillo.

“Qué extraño. Juraría que...”

Abrió la puerta, se asomó al exterior...

...y se encontró de frente a un muchacho alto y pálido, muy parecido a Darren.

–¡Agh! –gritó al tiempo que lanzaba un exabrupto.

El chico llamaba al timbre, aunque aparentemente no se escuchaba ningún sonido. Parecía nervioso.

–¿Qué se supone que haces? –dijo Darren con tono enfadado.

El joven pareció reaccionar, y entró en el piso.

–¡Eh! ¡Ven aquí!

Entró corriendo en el piso.

–¡Mamá, se ha colado en casa un...! –se tuvo que callar, porque el chico estaba en medio del pasillo, hablándole al espacio vacío, sin que se escuchara nada.

–¡Te tengo! –dijo al tiempo que se lanzaba sobre el intruso.

Como resultado obtuvo un sonoro golpe contra el suelo.

Darren se levantó a duras penas y se giró. Observó que su doble se giraba. Se acercó sigilosamente por detrás y lo tocó. En el lugar donde debería haber estado la espalda, no había más que aire.

–¿Es sólo una imagen?

A modo de respuesta, el otro chico atravesó silenciosamente la puerta cerrada y salió al descansillo.

–Espera un momento... –dijo Darren mientras entrecerraba los ojos y ponía una mueca pensativa –.

–...¡Esto sólo son imaginaciones mías! Claro que no es real.

Así que el chico se dirigió a la cocina.

Darren encendió la pequeña lámpara colocada encima de la mesita auxiliar. El aparato titiló débilmente antes de iluminar con fuerza el dormitorio.

Gracias a ella, las letras del libro que tenía el chico entre las manos se pudieron ver bien. Comenzaba a leer, cuando sintió una vibración. Al girar la cabeza descubrió a un muchacho de su edad entrando en la habitación.

-Vaya, otra vez.

Darren llevaba teniendo esa extraña visión desde que comenzara, al cruzar el paso de cebra. Había observado el fenómeno durante un tiempo, y apreció que la imagen lo representaba a sí mismo con 20 segundos de retraso.

A pesar de haberse acostumbrado, seguía produciéndole una extraña turbación.

Después de varios capítulos, su madre entró en la habitación.

-Apaga ya la luz. Mañana tienes que levantarte temprano.

El chico apagó la lámpara, y la mujer abandonó la habitación.

Entonces sacó una pequeña linterna que estaba escondida bajo el somier, y comenzó leer bajo las sábanas. Las letras se mezclaban bajo la pálida luz del instrumento, así que decidió acostarse.

Se acomodó bajo las sábanas, revolviéndose. Giró el cuerpo y se acomodó mirando a la pared.

Encontrándose cara a cara consigo mismo.

-¡Ah! -Chilló al tiempo que se movía hacia atrás instintivamente.

-E -esto es insoportable. Tengo que relajarme.

El viento azotó las ventanas. Y la estancia quedó en silencio.

"Ojalá pueda. Espero que esta vez si me admitan."

Darren llevaba pensando toda la noche. No podía hacer otra cosa porque, aunque intentaba descansar, su extraño doble le seguía provocando inquietud.

"Si al menos no se burlaran de mí. No soy ningún genio, pero tampoco lo hago tan mal."

Llevaba varios meses ensayando para el concurso de novela corta que se celebraba en el instituto. Sólo se clasificaban tres, que podían ir a la gran final. Y la última vez Darren no pudo presentar nada.

Y lo había intentado. Pero no pudo. Simplemente las palabras se juntaban en su mente, y no conseguía distinguirlas.

Mientras tanto, el sol se asomaba tímidamente por el horizonte.

-Arriba Darren, que ya es de día.

La primera imagen que tuvo al despertarse fue de sí mismo. Con los ojos cerrados y una extraña mueca pintada en la cara.

“Otra vez.”

Inspirando profundamente, se levantó de la cama.

“Tengo que relajarme. Seguro que se me pasa.”

Comenzó a vestirse. Su madre entró en la habitación.

–Recuerda que hoy tienes que volver antes a casa. Después de comer nos vamos al hospital a verle.

–Sí, vale –bostezó –.

Mientras cerraba el armario, se percató de que tenía algo brillante en la punta del índice. Se lo acercó a los ojos, pero solo pudo reconocer una especie de brillo irisado, que resbalaba por la uña y desaparecía.

–Que...¿Qué ha sido eso?

Sacudió la cabeza. Debería lavarse la cara cuanto antes.

Se estaba terminando de abrochar los botones de la camisa, cuando una idea le asaltó.

“Si la imagen soy yo con un tiempo de retraso, ¿imitará también ese extraño brillo?”

Preso de un presentimiento, Darren se acercó a su doble por detrás. Justo cuando este estaba cerrando el armario.

Miró el índice...y sí, brillaba como lo había hecho el suyo. Pero iba más allá.

En su caso, la luz irisada se multiplicada hasta alcanzar un punto tan brillante que era imposible observarla. De golpe, cesó.

“Esto me empieza a preocupar.”

Durante el desayuno, estuvo muy pensativo.

“No es más que una ilusión. Quizás lo único que pasa es que tengo mucha imaginación. Como mucho un déficit visual.”

Dedicó el resto del tiempo a madurar alguna idea. Así podría usarla en el concurso de relatos.

–Algo de fantasía...o quizás una historia corriente era bonita. Incluso podría escribir algo de ciencia ficción –añadía para sí mismo –.

Fue entonces cuando entró su madre en la cocina.

–¡Darren!¿En qué estás pensando? ¡Vas a llegar tarde!

El chico miró el reloj, y corroboró que era cierto. Si no se daba prisa se metería en problemas.

–¡Me voy ya! –Articuló al tiempo que se levantaba de la mesa y cogía la mochila. –hasta luego.

Bajó corriendo las escaleras, tropezándose a cada tramo. En uno de los golpes, se le cayó la mochila. Sólo se dio cuenta un rato después, y tuvo que subir para recuperarla. Entonces se vio otra vez a sí mismo, y un pensamiento le pasó por la cabeza. Cogió su mochila y continuó andando a buen ritmo.

“Podría escribir un relato corto sobre esta experiencia. ¡Claro! ¿Cómo no se me había ocurrido antes?”

Abrió la puerta y salió a la calle.

“Seguro que me quedaría genial. Incluso podría ganar. ¡Es fantástico!”

Se acercó al paso de cebra.

“Podría contarle en tercera o en primera persona, incluso...”

Cruzó la calzada concentrado y mirando al suelo.

“...¡Podría contarle desde el punto de vista del doble transparente!”

Se escuchó un fuerte bocinazo.

Entonces Darren giró la cabeza. Justo a tiempo para ver como un gran coche deportivo atropellaba a su, aparentemente, ilusorio doble.

Este cayó lanzado tres metros hacia delante. Quedó tendido en el suelo, sobre un charco de sangre.

Una muchedumbre se acercó al moribundo. Se escuchaban exclamaciones preocupadas:

“Pobre chico” “Es muy joven” incluso “¡Qué alguien llame a una ambulancia”

Darren se quedó parado. La sangre se le heló en las venas. Un sudor frío le bajó por la frente.

Algo bajo su cabeza le llamó la atención. Miró hacia abajo, y vio su mano. Ya estaba totalmente rodeada del potente brillo multicolor. Se extendía rápidamente por todo el cuerpo.

La visión se nubló. Sólo existía ese brillo irisado.

Después todo se volvió blanco.

Y finalmente negro.

Martín Quesada Zaragoza (12 años)

Huelva

Primer premio

LA ESTRELLA DE LOS DESEOS

Había una vez un Gran Danés llamado Rufo. Era de color blanco con manchas en el lomo, una oreja negra y otra blanca y las dos patas delanteras negras. Cuando era un cachorro lo adoptó una familia. Al principio todos lo querían mucho y estaban siempre pendientes de él; le sacaba de paseo toda la familia, jugaban con él, lo llevaban a la playa, cuando hacía travesuras le perdonaban y todo iba estupendamente bien; pero claro, Rufo se fue haciendo mayor y cada vez le hacían menos caso, ya no jugaban, lo llevaban de paseo con mala gana, no iban a la playa, y si hacía algo mal le reñían y lo dejaban en el patio sin hacerle caso. El único que le quería de verdad era el niño que se llamaba Ramón. Pero Ramón también se hizo mayor y tenía menos tiempo para estar con su apreciado Rufo.

Una de las noches que dejaron a Rufo castigado en el patio había una lluvia de estrellas fugaces. Esa noche el perro estaba muy triste porque tiempo atrás cuando era pequeño había estado observando la lluvia de estrellas junto a toda la familia pidiendo deseos, una de las últimas noches que estuvieron todos juntos le pedía a las estrellas fugaces que siempre estuviese al lado de su familia pero parecía ser que las estrellas no le hacían mucho caso y nunca le concedieron ese deseo. Esta noche Rufo pensó que para qué iba a pedir un deseo si nunca se lo concederían.

Rufo se acostó en su vieja mantita y se durmió. Soñó que estaba Ramón diciéndole que era la última oportunidad para que pidiese un deseo y que esa vez seguro que las estrellas le harían caso. Rufo se despertó sobresaltado y sin pensarlo aulló intentando decir que quería estar más cerca de su dueño Ramón; de repente, bajó una estrella fugaz del cielo, cayó en el patio y apareció una chica bellísima con el pelo liso que le caía sobre los hombros, tan rubio que parecía blanco, llevaba unas horquillas de plata con

perlas, y una piel blanca como la luna y los ojos de un color negro intenso, vestía un largo vestido blanco de fino algodón cogido en la cintura con un lazo plateado, iba descalza y en el pie tenía una extraña marca que parecía una estrella y llevaba un collar que tenía una piedra lunar tallada en forma de estrella, pero se la veía muy traviesilla.

–Hola mi nombre es Estrella de la Luna, he venido porque has pedido un deseo, un deseo que te ha salido de lo más profundo de tu corazón. Tú has pedido estar más cerca de tu dueño y yo te voy a conceder tu deseo, pero antes tienes que confirmarme si quieres seguir o no. ¡Uy! Un momento – cogió su collar se lo quitó y se lo puso a Rufo. – Es para que no formes otra vez ese escándalo aullando y puedas hablar. Bueno respóndeme ¿quieres seguir o no?, ¡vamos rápido!

Rufo se preguntaba si estaba soñando pero, antes de todo, tenía que contestar. Pensó que era mejor aprovechar la oportunidad y responder que sí.

–Acepto, quiero estar con Ramón cueste lo que cueste.

¡Acabo de hablar!, pensó Rufo, es verdad lo que decía Estrella de la Luna gracias a su collar puedo hablar.

–Bueno Rufo si deseas continuar déjame mi collar – cogió su collar. – por cierto ¿qué queso te gusta más el queso roquefort o el queso de cabra? Bueno no importa.

Puso su collar sobre la palma de su mano y le pidió a Rufo que pusiese su gran pata sobre el collar y que cerrase los ojos. Y eso mismo fue lo que hizo Rufo. Estalló un gran resplandor y Rufo se durmió.

Apenas pasaron diez minutos hasta que Estrella de la Luna lo despertó pero a Rufo le parecieron al menos diez largas horas. Rufo no podía andar por sí solo, no sabía lo que le pasaba, él se miraba y se veía normal pero los demás no lo veían así, Estrella de la Luna lo cogió en brazos. Rufo no se podía imaginar lo que era y como él se miraba y estaba igual tampoco se podía creer que Estrella de la Luna pudiese cogerlo. Ella lo llevó hasta la habitación de Ramón y lo puso al lado de su cama. ¡Oh! cuánto tiempo hacía que no había podido entrar allí. Era igual que antes pero estaba llena de fotos

suyas, de cuando lo adoptaron, de cuando tenía cuatro meses y lo mordía todo, de seis meses cuando ya se sentaba y daba la pata, pensó Rufo. Entonces Estrella dijo:

– Parece ser que tú no eres el único que le echa de menos. Él también te echa de menos a ti. Por cierto, tengo que contarte una cosa muy importante. Te has convertido en una zapatilla de deporte y siempre irás junto a Ramón. Más o menos era lo que querías ¿no?

A Rufo le entró un cabreo tremendo; ¿cómo que se había convertido en un deportivo? Sí, vale, iré todo el rato con Ramón, pero yo quería ser su perro no sus zapatos. Además soy solo uno y el otro ¿qué es una zapatilla de deporte normal? No tenía que haber confiado en esa estrella. ¡Ah claro! por eso me preguntó lo del queso, eso significa que voy a oler a queso, ¡uff que asco!

–Te he leído tus pensamientos y no te preocupes, sé que es raro para ti, pero convivirás con Ramón y como tú has desaparecido verás si te tienen o no en cuenta. Para volver a ser el perro que eras tienes que conseguir que Ramón se mire frente a un espejo contigo puesto, cuando esté realmente triste, tú aparecerás y te convertirás en el Gran Danés que eras. Cuando lo consigas yo vendré. Te estaré observando desde la luna. Suerte y hasta pronto.

Cuando terminó de decir esto hubo otro gran resplandor y la estrella volvió al cielo.

Rufo se quedó pensando un largo rato, recordando lo último que le había dicho Estrella de la Luna. Finalmente pensó, bueno mañana será otro día.

A la mañana siguiente Ramón se despertó a las siete y cuarto como todos los días. Se vistió, se lavó la cara, se peinó y miró por la ventana de su habitación, que daba al patio donde se encontraba Rufo por la noche cuando fue a acostarse, ¡Pero Rufo no estaba! Ramón se puso muy nervioso al ver que no estaba allí. Se calzó rápidamente sus zapatillas de deporte y bajó lo más rápido que pudo las escaleras para ir a la cocina a contárselo a sus padres. Sus padres se preocuparon mucho, más de lo que creía Rufo. Fueron al patio para ver si Rufo había dejado algún rastro, pero no, no había nada, ninguna pista. Aunque la observadora de Agatha, la hermana

menor de Ramón, encontró un extraño collar con una gran estrella de un material que parecía una piedra lunar. Todos se quedaron asombrados con ese collar, hasta Rufo que por la noche no se dio cuenta de que Estrella de la Luna se dejó su collar.

La familia entera fue preguntando a todos los vecinos del barrio si habían visto a algún Gran Danés suelto, pero todos respondían que no.

Agatha iba a bailes de salón. Un día ella llegó contentísima de bailes de salón porque había aprendido un paso nuevo y se empeñó en que quería practicarlo con Ramón. Él que estaba aburrido aceptó. Se pusieron a practicar en la sala de estar. Primero Agatha le enseñó a Ramón cómo se hacía y luego practicaron. A Ramón se le daba fatal todo tipo de bailes. Se equivocó y Agatha le pisó, ¡Menudo pisotón que le dieron al pobre Rufo! Aparte de eso tiraron una lámpara y un jarrón. Ella ya no quiere bailar más con su hermano, ni su hermano con ella y el pobre Rufo tampoco quiere que lo hagan.

Pasó una semana y ya casi habían perdido la esperanza. El papá y la mamá seguían buscando y poniendo carteles, pero nadie lo había visto por ningún sitio. Mientras tanto, Ramón se pasaba el día mirando todas sus fotos con Rufo, casi no tenía esperanza alguna de que apareciese su querido Rufo, ese perro al que quería tanto pero no podía hacerle todo el caso que hubiera querido. Ramón estaba a punto de echar a llorar cuando se miró al espejo y se vio reflejado Rufo. Ramón pensó que debería de ser una alucinación o algo así. Pero no, no era una alucinación, Rufo ladró y Ramón hizo como si le estuviese acariciando y se dio cuenta de que Rufo estaba allí de verdad. Estaba anocheciendo, cuando de repente una estrella fugaz baja del cielo y entra en la habitación por la ventana y aparece Estrella de la Luna. Ramón no sabía cómo reaccionar, ya que habían ocurrido muchos acontecimientos en solo dos minutos.

–Hola, yo soy Estrella de la Luna, soy una estrella y vine la pasada noche debido a que tu perro Rufo pidió un deseo, un deseo muy importante para él y era que él quería que le prestaseis más atención y que quería estar contigo. Yo se lo concedí porque ibais a aprender mucho tanto él como vosotros. Recordad siempre que los deseos se cumplen. Ramón, ¿te vas a comprometer a cuidar a Rufo?

–Sí, además he aprendido mucho. Pero, ¿Dónde estaba Rufo si ahora está aquí?

–Rufo se transformó en una de tus zapatillas de deporte. Venga vamos a sacarlo de ahí al pobre. Por cierto yo, me dejé mi collar, ¿lo tenéis aquí? –. Ramón se lo entregó. –Muchísimas gracias.

Estrella puso en la palma de su mano la estrella del medallón y murmuró unas palabras en un lenguaje extrañísimo y Rufo saltó hacia Ramón y le pegó un chupetón en toda la cara. Sin duda Rufo había vuelto.

–Bueno, yo ya he hecho mi trabajo aquí. ¡Hasta la vista!

Y Estrella de la Luna volvió al cielo. Ramón y Rufo aprendieron una buena lección y se lo pasaron genial para siempre.

Ana Martínez Sabiote (12 años)

Palomares – Cuevas del Almanzora (Almería)

Accésit

Cuento (13-15 años)

LA GELI BAILA SOLA

Ella es una chica pop,
atrapada en papel fotográfico,
se entretiene con mirar a través del cristal.
ZAHARA

El verano duele, el otoño enrabia, el invierno deprime, la primavera vuelve.

Verano.

Los primeros forasteros van llegando; familiares y amigos. Ancianos que tachan los días del calendario que faltan para la visita de sus nietos, son los más afortunados, para el ocaso de sus vidas, los menos. El 21 de Junio. La última *pesambre*. Mamá, me han quedado siete. Que si me tienen manía los profesores, que si el francés no es para mí, que si en septiembre recupero cinco y paso. Y tú que no te das cuenta de lo que dices. Lo sueltas. Así, sin más. Toma. Por supuesto que vas a recuperar pero te vas a ir todas las mañanas a *estallar* al campo con tu padre. ¡Halaaaa! Lo has dicho. Y entonces te llevas las manos a la cara y te echas a llorar. Lloras, lloras, lloras, lloras y lloras. Y más que vas a llorar. Te olvidas de todo. Del mundo, de tu hermana que te está escuchando desde el piso de arriba, del perro que ha comenzado a ladrar, del pez que ha dejado de boquear, de tu hijo que te va a abrazar...Así, venga, abrazaditos los dos... qué *bonicos*, ¡cuánta pena me dais! Seguid revolcándoos en recuerdos, como los cerdos en el fango, pringándolo todo de mierda. Y después te secarás el rimel corrido de las mejillas, consolarás a tu hijo haciéndote la adulta y cuando

se marche correrás a encerrarte en cualquier sitio. La despensa, el baño, el cuarto de los trastos,... Cualquier habitación es buena, pero hoy toca el dormitorio de cama grande y vacía, telas horteras y regalos de boda. Y lo de siempre: sentarte en el sillón, acercarte a la cómoda y mirarte en el espejo. Lo has hecho, has vuelto a llorar, habías prometido que no lo volverías a hacer. Así: no lo volveré a hacer más. Y lo has hecho. Y lo estás volviendo a hacer. Y mientras lloras te desmaquillas, te deshaces el moño y te pones los rulos. Así, muy bien, poquito a poquito. Coges un mechón, lo aplastas, lo enrollas en el rulo y lo sujetas con la pinza. Uno y otro y otro y otro. La monotonía se lleva los recuerdos, la mierda, el fango...Te vuelves a pintar porque hoy vas a salir. Con tus hermanas y sus maridos y...el tuyo no. Joder, otra vez no, coño enciéndete un cigarrillo que si vuelves a llorar te arreo. Desde que pasó lo que pasó no puedes evitar fumar. A ver, ¿qué se le va a hacer? Bastante bien lo estás llevando. Sin antidepressivos. Sólo medio *orfidal* antes de dormir con una tila calentita. Dejas el cigarrillo reposar sobre el cenicero del bar de la plaza y acercas tu cara al reflejo, haciendo éste cada vez más nítido. Te tocas las bolsas de los ojos mientras recuerdas nuestro tiempo juntos. A Roma te voy a llevar. ¿Tú qué me vas a llevar allí con los italianos? Que sí mujer, que sí, en las bodas de plata te llevo a Roma. Anda calla y no digas tonterías, que allí sólo comen macarrones... Y así cada 4 de Mayo. Cada aniversario. El año que viene íbamos a Roma... Otra vez llorando. Lloras y sonríes. Por lo bonito del recuerdo; por lo triste del pensamiento. Y entonces mirarás el reloj, te darás cuenta de que vas a llegar tarde y empearás con los potingues. Base de maquillaje bronceado ligero para tapar los colores quemados que ahora son tu piel. La raya del ojo con un lápiz *Deliplus*. Un poquito de azul en los párpados y mucho rimel, para esconder tus ojos rojos marrones. Carmín en los labios y colorete en las mejillas. Ya está. Y cuando salgas por la puerta pensarás que la gente va a hablar. Pues que hablen; el luto se lleva por dentro. Y al pisar la calle te das cuenta de que las tormentas de verano también han venido al pueblo a pasar sus primeros días estivales. Tras hablar con tus hermanas regresas a casa y te sientas en el sillón. Hala, a ver Telecinco. A revolcarte en la mierda, no

sólo en la tuya, sino también en la de los demás. Pero te dices que cuando acabe el verano estarás mucho mejor. Y un pijo. Porque todas las noches tomarás el fresco hasta las tantas, con las vecinas y chaqueta incluida por si refresca, todo por mantener la mente ocupada. Y cuando subas cerrarás la puerta y correrás a tu cama. Llorarás mientras te tomas la media pastillita y tu tila caliente y después odiarás el reloj que hace tic –tac lentamente, a la noche por no olvidarse de caer nunca, al sol por tenerle miedo a la luna y a tus ojos por no cerrarse hasta el día del juicio final.

Otoño.

Los ecos de las verbenas en las que bailaste sola se van apagando en tus oídos sustituidos por los berridos de la Esteban mientras tejes una bufanda en tu sillón. Hace poco que tu hijo volvió al instituto y ahora te agobian las mañanas. Mañanas solas. Mañanas solitarias. Tú, sola por las mañanas. Sola por las noches. No pienses esas cosas que lloras. Piensa en otras, a ver. Antonio, ¿cómo has dormido? Joder, iotras! ¿O es que todavía no te has enterado de que cuando piensas eso te dan ataques de ansiedad? Sí, ya queda una hora para que venga tu hijo y comáis. Las lentejas, que no se quemen. Échales un vistazo, anda. Y te levantas para destapar la olla que está encima de la vitrocerámica. Hueles. No te gustan. A tu hijo tampoco le gustan. ¿A quién le gustaban entonces? Y te acuerdas de a quién le gustaban las lentejas, y estás harta de que siempre te acuerdes de la persona a la que le gustaban las lentejas, y quieres no acordarte más de ella, y quieres pasar página, volver a nacer, a crecer, casarte, tener hijos, no creer en Dios, ser feliz, disfrutar la vida y... No sigas pensando eso que te va a dar otro ataque. No lo pienses, no lo pienses. Entonces coges la paila de las dos asas y la inclinas hacia el cubo de la basura. Pumba. Las lentejas se mezclan con cáscaras de plátano y pañuelos usados. Hoy mandarás a tu hijo a comer a casa de tu hermana, que tienes cosas importantes que hacer. Hoy lo has decidido. Vas a coger las riendas de tu vida. Me vas a decir adiós, adiós para siempre, adiós para no volver. Adiós con el corazón.

Quieres olvidarme y mandarme al mundo de los muertos, pero eso no lo conseguirás, porque por mucho que quieras nunca me olvidarás, y lo sabes. Pero aun así corres al dormitorio. Y llorando te deshaces de mí. Estás loca. Loca. LOCA. ¿Vas a tirar eso? Te vas a arrepentir. Haz lo que quieras. Descuelga los cuadros, rompe las fotos, haz añicos los botes de colonia y quema mi ropa, si a mí me da igual. Yo sólo me preocupo por ti. Yo sólo me preocupo porque ya te veo sentada en el suelo, junto al cubo de la basura y con el *tesafí* entre los dedos, intentando pegar las fotos rotas y con la pastilla bajo la lengua para tranquilizarte.

Invierno.

Era cuestión de tiempo y lo sabías. Sabías que no te ibas a librar de ellos. Sabías que no caería esa breva. Encima de la mesita de noche que tiene el cajón con las fotos pegadas reposa una caja de antidepressivos. La tocas sin querer mientras buscas el interruptor. Por lo menos ahora puedes dormir. Bueno, dormir puede que sea una palabra demasiado fuerte para lo que tú haces por las noches. Pulsas el interruptor, la luz se enciende y te levantas mirando el reloj. Las 07:00. Te queda una hora para desayunar, darme de comer, limpiar la cocina y hacer las camas. Será mejor que empieces porque nunca se sabe si hoy te volverá a dar un bajón. No te ha dado desde que rompiste las fotos y descolgaste los cuadros, pero hoy podría ser el día. Pones las tazas sobre la encimera, viertes la leche en ellas y las metes en el microondas. Mi dueño aparece por la puerta con la mochila al hombro, se sienta y espera a que le plantes delante la leche y las galletas. ¿Te sabes el examen? Sí, mamá. Y abres la boca para hablar, pero la cierras antes de decir lo que ya dijiste un día. Ya no dices esas cosas. Ya no. Antes sí. Ya no. Y entonces asientes y te pones a trajinar. Abres la nevera para sacar el *tupper* de ensalada de habichuelas que sobró anoche y lo metes en el macuto negro lleno de barro marrón. En menos de tres cuartos de hora mi dueño estará sentado en un pupitre, tú *varearás* sin fuerza una oliva y tirarás de mantones sucios rebosantes de aceitunas, y yo boquearé mirando el reloj hacer tic-tac. Pero por favor

acuérdate de echarme unas bolitas de comida antes de marcharte, que a todos nos gusta comer de vez en cuando.

Primavera.

Sabía que el 20 de Mayo volvería, lo sabía. Las fotos reparadas ahora vuelven a estar en su sitio. Los antidepresivos siguen estando en tu mesita. A Roma te voy a llevar. ¿Tú qué me vas a llevar allí con los italianos? Que sí mujer, que sí, en las bodas de plata te llevo a Roma. Anda calla y no digas tonterías, que allí sólo comen macarrones... Antonio, ¿has dormido bien? Y no contesto. No contesto. No abro lo ojos. No te siento. Chillas. Gritas. Las enfermeras vienen. Mi Antonio, mi Antonio, mi Antonio,... Vuelve, Antonio, vuelve, y nos vamos a Roma, a vivir allí si quieres, pero vuelve Antonio, ay mi Antonio, ay mi Antonio. Y te sedan.

Hijo, ¿te gustaría ver Roma?

Carlos Catena Cózar (16 años)
Jaén
Primer Premio

Cuento (16-18 años)

UN DÍA CUALQUIERA

Las luces del alba chocan silenciosamente contra las células sensitivas de los párpados, y el mensaje se transporta de un nervio a otro para acabar, al final del camino, con el mundo onírico. Dos neuronas, serenas en su trabajo, desveladas, cansadas, esperan el mensaje con ansiedad; mientras, el incipiente día marca los segundos que faltan para que todo comience.

La neurona 45384301 guarda en su interior un secreto: diversas reacciones químicas que enfocan una idea. La neurona 834103 espera paciente esa idea. Entonces se produce la conexión. Del núcleo pasa al axón, del axón a las dendritas y de las dendritas al núcleo de la otra neurona. La palabra gato, quizás solo un g, o simplemente unas orejas peludas y unos bigotes saltones. La reacción en cadena es inminente. Millones de neuronas se despiertan simultáneamente y unánimemente las reacciones químicas se suceden. ¿Qué hora es? Las siete menos cinco. ¡Qué ganas de ir al servicio! Ese hambre atroz, incesante, ese vacío que se localiza en el estómago y espera llenarse.

El corazón ha duplicado su ritmo. Los músculos del miocardio bombean los flujos de sangre. Los pulmones se llenan de oxígeno, de nitrógeno y de la contaminación atmosférica. Los ojos parpadean mientras el cristalino enfoca la vista a través de unas lentes singulares. Las extremidades del cuerpo, ese conjunto de células musculares, óseas, nerviosas y de muchos más tipos, comienzan a bogar en una atmósfera bochornosa y tensa. En una milésima de segundo los corpúsculos de Krause mandan un mensaje helador al cerebro, ya que han sentido el frío de las losas del suelo. Los músculos de la vejiga se sienten más aliviados; mientras, en el otro confín del cuerpo, el órgano de Corti, situado en lo más profundo del oído, proporciona información: primero de un hilillo de agua,

después de una cascada detonadora. Se suceden los movimientos, los estímulos, los olores, los sonidos, los pensamientos. Por fin se ha llenado el estómago con un líquido calcificado y glúcidos que se mezclarán con los jugos gástricos.

Una célula ósea del fémur tiene doble personalidad. Por un lado es afable, sincera y cándida. Por otro lado es maligna, embustera y aciaga. Las dos personalidades están muy bien repartidas y no suponen un gran problema para la célula. Pero hoy la célula está sufriendo un cambio. Ha crecido lo suficiente y es hora de dividirse. Para ella el proceso de mitosis ya ha comenzado. El revoltijo de nucleótidos ya se ha ordenado en los cromosomas, siendo alcanzados por fibras de uso. Los cromosomas duplicados se dirigen a cada polo opuesto de la célula, mientras los orgánulos se reparten de igual manera. La célula empieza a romper su membrana, dividiéndose en dos. Pero ha ocurrido un fenómeno extraño. Las dos personalidades no se han dividido cada una en dos, sino que se han repartido cada una en una célula. Las dos células, una vez que ha terminado la mitosis, comienzan una disputa. La hermana maligna critica a la buena por ser demasiado cándida, la hermana buena critica a la malvada por ser demasiado mala. Pero pronto dejan de pelearse, comprenden que no hay razón para ello. Comparten unas mismas raíces, un mismo ADN; no solo con ellas mismas, sino con los demás millones de células que pululan por todo el cuerpo. Todas son hermanas, todas tienen un punto en común, todas luchan gregariamente por la supervivencia de la comunidad.

El bazo es la necrópolis de los hematíes. Los glóbulos rojos fijan su sepulcro en este órgano cuando alcanzan los cien días o más. A esa edad los eritrocitos son inservibles para la función para la que han nacido. Allí esperan una cortísima jubilación y una destrucción segura de cuyos desechos se adquiere el hierro y la hemoglobina para formar nuevos glóbulos rojos y preservar de esta manera la existencia de la especie. Los hematíes de los mamíferos no poseen núcleo. Por esa misma característica los podríamos señalar como parias, diferentes a las otras células. No seamos xenófobos, cumplen una función importantísima: gracias al hierro son capaces de transportar el oxígeno que necesitan las células.

En el bazo se ha producido un atasco. Un glóbulo rojo longevo, centenario –en días–, no quiere ser sacrificado. Dice que tiene derecho a existir, a seguir trabajando aunque ya no tenga las mismas fuerzas que antaño, a disfrutar de la vida segundo a segundo. Argumenta que ya a los viejos no se les tiene respeto, se les trata como a inferiores, sin embargo, en ellos se guarda la sabiduría de llevar el oxígeno de calidad en grandes cantidades, de no extraviarlo por el camino, de cuidarlo hasta que llega a su destino para que los diferentes tipos de células puedan realizar la oxidación y la toma de energía. Ellos, los ancianos, son los que enseñan a los jóvenes novatos a realizar bien esta función. Pero entonces, el eritrocito que está esperando atrás, cansado de aguardar, le dice que su hierro es necesario para la creación de nuevos jóvenes deseosos de aprender el oficio. Con el hierro de este se podría dar la posibilidad de que otro naciese y pudiese vivir otra vida como la que él ha vivido. El glóbulo rojo que había armado el barullo al fin se convence dado que sus argumentos son más bien egoístas, y altruistamente, pero aún con la duda, deja que la hemólisis desintegre su cuerpo.

Es una mirada la que se deja perder por el horizonte hasta alcanzar un punto extraño, perdido en una atmósfera cargada de desconocimiento y oscuridad. Pero es el cristalino el que enfoca y la imagen se guarda en la retina. Son los bastones los que captan la escala de grises que se observa en la semioscuridad y los conos los que atraen un arcoíris multicolor. Un ser vivo del mismo reino, de la misma clase, de igual orden, de igual familia, del mismo género y misma especie, pero de distinto sexo. La imagen llega invertida al cerebro y este intenta digerirla, elaborar una respuesta. Pero son múltiples, una explosión de respuestas que detonan por todos los lugares recónditos del cuerpo humano. El exceso de hormonas imantadas hacia las células diana, una pubertad precoz, una sonrisa, un corazón que bate a ciento cincuenta pulsaciones por minuto, unas mejillas sonrojadas, un cerebro dubitativo a punto de cometer un error, unas cuerdas vocales que esperan la respuesta al titubeo, al tartamudeo, o a un silencio del que no se puede escapar, son extraños sucesos inexplicables de los que no se puede sacar una

base científica, ya que son fenómenos enfocados hacia esa palabra indefinible llamada amor.

Así como las venas, las arterias y los capilares sanguíneos son las autopistas, las autovías y las carreteras; los vasos linfáticos son las carreteras secundarias, los caminos polvorientos y olvidados del cuerpo humano. Cuando el viajero recorre estas sendas, olvidándose de la vereda que ha dejado atrás, se da cuenta de la importancia del sistema linfático. Va recorriéndolo poco a poco escrutando cada lugar recóndito. Está la linfa, que circula por los vasos linfáticos, encargada de recoger desechos y la sangre que se ha escapado de un capilar y se ha acumulado en el espacio intersticial. Están los ganglios linfáticos, que actúan como filtros y vertederos y que son los lugares donde se destruyen los virus y las bacterias. Están los órganos linfoides, que son las fábricas en serie donde se producen los linfocitos. En estado de guerra, cuando el organismo teme una gran amenaza interna, estos se hinchan, aumentan su volumen y realizan la llamada "economía de guerra" produciendo defensas en gran cantidad.

Si nos alejamos de las vías turísticas, si nos adentramos poco a poco en los confines y territorios olvidados del cuerpo humano, a veces podemos observar una pareja solitaria de linfocitos camuflados entre las demás células. Quizás su conversación sea anodina, trivial. Quizás pensemos que trabajan ociosamente. Pero los linfocitos son coleccionistas de aromas, de ínfimos pero necesarios vestigios sobre las características de las células. Son guardias urbanos, policía paramilitar que indaga el terreno, que prepara controles, que busca indicios sobre una célula extraña de ADN distinto, de características y forma diferentes a las demás células. Contra esos antígenos preparan anticuerpos que se adherirán al virus enemigo y evitarán una posible infección.

Una célula muscular del pectoral izquierdo profesa un profundo sentimiento hacia otra que vive próxima a ella. Desea acercarse, intercambiar una plática, conocer sus gustos y preferencias, contarle alguna anécdota humorística, susurrarle sus anhelos más íntimos, confiar en ella, compartir el oxígeno y nutrientes transportados por la sangre, pensar que tiene una amiga para protegerla,

cerciorarse de que no está sola en un ecosistema hostil donde todos deben sobrevivir. Pero esta célula es muy tímida, no se atreve a acercársele por miedo a que le diga "no" o a perder la posibilidad de ser su amiga al dar un paso en falso. Pero no desiste, la observa atentamente, estudia sus costumbres, piensa sibilamente que es lo que le podría decir, imagina situaciones futuras e irreales en las que se encuentran las dos jugando juntas. E incluso ha apelado al narcisismo como arma eficaz para tal empresa, creyendo que ésta se fijará en ella al verla más enorme y fuerte eclipsando a las células que hay a su alrededor. Por ello lleva más de una semana despertándose por las noches para contraerse y relajarse, acortarse y estirarse, alimentándose más que las demás. Y después de este ejercicio hercúleo se deleita varios minutos escrutando a su futura amiga, observando tiernamente como duerme plácidamente. Este es el mejor momento del día para ella.

Pero hoy se ha acercado otra célula hacia su amiga. Es una célula muscular enclenque pero extrovertida, pequeña pero graciosa. Le ha contado un chiste y ésta se ha reído, para después enfrascarse en una intensa conversación sobre la crisis en el oxígeno que afecta a toda la comunidad. Y la otra, la célula introvertida y enorme, las mira ensimismada y celosa con un sentimiento interior de tristeza. Ve que su amiga, a la que nunca ha osado dirigirle la palabra y que desconoce que ella existe, se va alejando de ella gradualmente hasta introducirse en un mundo inalcanzable para su timidez. Ha descubierto que su oportunidad se ha esfumado y ya no le queda otra posibilidad que descorazonarse con los remordimientos durante el resto de sus días. Sin embargo, en los albores del crepúsculo otea hacia el horizonte y consigue ver otra futura amiga. Maquinalmente idea nuevos trucos con los que fraguar una posible amistad. Quizás lo consiga. O más bien volverá a caer en su propia timidez.

A veces los trenes parten y ya no es posible volverlos a tomar.

Poco a poco las luces vespertinas se han ido apagando y la noche y el frío nocturno se han aproximado sigilosamente a la piel. Las dos pupilas se han dilatado para poder distinguir en la oscuridad ya que el último rayo de luz artificial desapareció hace

segundos. Primero son los corpúsculos de Pacini los que sienten la presión de una colcha y luego son los de Ruffini los que sienten el calor de unas sábanas. Se cierran los párpados y la actividad del cuerpo va menguándose conforme pasan los segundos. La neurona 45384301 comienza su actividad en pleno duermevela. Y como es inquieta, con mucha imaginación, precoz y creadora, despierta a su compañera, la neurona 834103, con una e, con la simulación de un barrito o simplemente una larga trompa, tan extensa que llega a los confines del universo. Mientras, el mundo onírico da su pistoletazo de salida.

Julián Granados Bujalance (18 años)
Rute (Córdoba)
Primer Premio

LA MUJER DE CENIZA

No hay día sin cementerio en este lugar. Ni día sin que vea a esa muchacha gris que parece quisiera encerrarme en sus ojos, Nira. Dicen que es una mujer de ceniza, que si la tocaras se desvanecería entre tus dedos como un espejismo. Su llegada aquí está envuelta en un aura mítica. Cuentan que Agnes, la sepulturera, oyó un bramido ahogado pero intenso como procedente de la tierra en mitad de la noche. Rozando las navajas de la locura, comenzó a profanar tumbas buscando su origen, hasta que un aliento de lirio le erizó la piel del cuello. Era una niña de tez cenicienta y rostro desangelado. Yo, que tendría siete años, oí como el señor White tocaba a las puertas diciendo que era su hija, que había sido enterrada viva. Dos meses después, el alba salpicaba de rocío sus brazos pétreos alzados contra el cielo. Había muerto intentando trepar los muros del camposanto. Desde aquel instante, se sembraron las semillas del silencio en los patios, y hoy sólo las aguas susurran que Nira es una mujer de ceniza, repitiendo los hombres su eco.

Pero yo sé que la vida aflora en su mirada martilleándome contra las horas y los espacios. Nira se piensa invisible tras las ventanas del antiguo monasterio, mas seguro que intuye que a veces me despierto con serpientes rojas inyectadas por el veneno del miedo haciendo nido en mis ojos. Sueño que ella está en el fondo de los espejos o en mi sombra. Que se pega a mis talones y me dirige los pasos. Que serpentea por mi ropa oprimiéndome el cuerpo. Y entonces, como ahora, cuando apenas si puedo respirar, casi siento sus párpados en el nudo de mi corbata, abriéndose y cerrándose, abriéndose y cerrándose... ¡Dios mío, esta corbata parece que esté viva!

Un calor rojo navega en el interior del antiguo monasterio. En el centro de la improvisada habitación, como náufrago, un sofá sin piel abraza tu cuerpo. Tus pies son un mapa en el que la tierra dibuja relieves jamás conocidos. En las piernas, se ciñen unos pantalones desgajados por los que vislumbro tu delgadez extremadamente violácea, Agnes. Una camisa a cuadros sin color definido cuelga de tus hombros ocultando los pechos enterrados entre las costillas, islas ahogadas que luchan por respirar. Tu cuello es una madeja de hilos enhebrando la barbilla que apunta hacia el techo como uno de tus ojos, pues el otro aparenta estar buscando algo perdido en el mármol sucio de las baldosas. Yo sigo el balanceo de la botella que sostienes como un péndulo para hipnotizar avispas.

–Era muy joven, Nira. Como tú, ¿sabes? – me dices con tu voz de vino barato.

Claro que lo sé, desde el momento en que las campanadas habían sonado golpeándome en la nuca con su violento fragor de ámbares. Al extinguirse el estruendo, vi el rostro del joven enmarcado por la nada que lo iba tragando en su agujero negro.

–Ha muerto de asfixia... Tenía los ojos tan horriblemente desorbitados que no he conseguido bajarle los párpados. – prosigues en un intento de expulsar la imagen por el único ojo con que me miras – Necesito olvidarlo.

Alzas la botella con brutalidad y ríos de vino se dibujan desde tus mejillas hasta el suelo, donde se emborrachan las avispas. Agnes, sabes que el alcohol no te hará olvidar, que cada vez que te mires en los espejos las facciones tocadas por la muerte se aparecerán formando un puzzle sobre tu rostro, y tratarás de borrar las piezas encajadas frotándote con agua las mejillas hasta que casi te sangren. Yo también adivino a través de tus pupilas el gesto del joven estrellado contra los vidrios de su ataúd. Y hay lágrimas etéreas que agitan incansables los barrotes de la cárcel de mis párpados, alentadas por el recuerdo de las tardes en las que él llevaba ramos a sus difuntos, como si aquellas flores que abandonaban sus manos en las lápidas fueran el alimento de un amor cautivo. Tan cautivo, que tan solo yo conocía su existencia.

–Nira, te envidio. – pronuncias con las palabras desgarrándote los labios – Siempre tan indiferente a todo.

Tal vez él pensara como tú cuando mi mirada envolvía su imagen para guardarla en cofres que se abrieran al retorno de las horas de soledad y miedo. Como se piensa de las rocas que son agredidas por el mar. Que no sienten, que no sufren. Seres inertes incapacitados para el amor. Más bien seres que se ocultan tras máscaras de ceniza, que construyen barreras para que mis sentimientos no anden hasta tus ojos, mi pobre y vieja Agnes.

–Creo que las palabras son trampas para el dolor, sepulcros que no te dejan ver la luz, te enmarañan en la oscuridad y se regodean. Desahogarme contigo me hace daño, porque rememoro detalles que de otra forma olvidaría, pero al decirlos se quedan grabados. Tú no hablas nunca. Por eso también te envidio. Me gustaría ser al igual que tú, una ermitaña del silencio. Yo no puedo, esta lengua no para de sorber vino y decir palabras.

Agnes, no sabes que tengo los labios sellados y que mi voz está enterrada por el tiempo y los fantasmas que viven tras la máscara. La maldita máscara que me impidió acercarme a él, la misma máscara que hoy me convierte en muda. El silencio es para mí como para ti las palabras, un sepulcro.

–A veces dudo de que la noche en que te encontré no fuera el principio de mi locura. Dudo de que existas... Y por eso es por lo que más te envidio, Nira, por no existir.

Rompes a llorar y las lágrimas se evaporan antes de llegar al suelo. Puede que tengas razón, y que te estés volviendo loca... Alfileres de culpa me atraviesan la piel, pero yo no tuve otra forma de escapar que invadir tu casa, y quizás también tu mente. Sí, yo ya estaba muerta el día que me conociste. Desde entonces no soy más que una máscara de cenizas, huesos y carne.

La luz desfallece cediendo al crepúsculo. Se acercan las horas en las que esos fantasmas se pasean por mis pesadillas cerrando aún más los grilletes sobre mis muñecas.

Las cortinas estaban echadas, y la luz de una bombilla alumbraba el salón a intermitencias. Ninguno de sus padres empezaba

a comer, y la pequeña Nira tenía la sensación de que el aire estaba tan tenso que de un momento a otro se volvería opaco, impidiéndole observar a su madre más allá del humo que desprendía la sopa. La veía de perfil, y notaba como si la estuviera esquivando ocultándose tras su melena de un negro profundo. Ella olvidó por un instante mantener el telón que las separaba, por lo que Nira pudo entrever que uno de sus ojos estaba rodeado por un valle malva y azul en sus extremos, como los que tenían los niños en el colegio después de las peleas. Un escalofrío recorrió su espalda. Movi6 los pies inquieta tratando de borrar esa visi6n y concentrarse en el tenue sonido de la lluvia sobre los cristales. Un grito la sac6 de su ensueño.

–¡Esta sopa est demasiado caliente! ¡Es que quieres quemarme la lengua!

–Espera un poco, acaba de salir del fuego – contest6 su madre con voz templada.

–¡Maldita sea! Encima de que me paso el día trabajando para manteneros a ti y a tu hija ahora tengo que esperar a que se enfri6 la sopa.

–Ten un poco de paciencia – solloz6.

l arroj6 con fuerza su plato, que aterriz6 en los pies de Nira, rompi6ndose en mil pedazos.

–¡Paciencia!

–Nira, cariño, vete a tu cuarto.

Un portazo se oy6 a sus espaldas, estando a punto de tirarla al suelo. Como una sonámbula camin6 hasta su dormitorio arrastrando los zapatos. Se abandon6 en la cama, confundiendo su llanto con la lluvia que cada vez arreciaba más afuera. Llegaban a los oídos de Nira un eco sofocado de palabras embarazadas de odio. “Paciencia la que he tenido yo todos estos años aguantndos. ¡No abras la boca! ¡T, que vas por ahí hablando con todos los hombres como una fulana!” Nira anhelaba que aquella voz se enmudeciera, y abrir la ventana y volar sobre la lluvia... Pero la voz se alzaba más retumbando en las paredes. Era imposible huir de ella. “T, que ni siquiera has sido capaz de darme un hijo, un var6n que es lo que vale, no esa niña que es de otro y será una cualquiera como t.” Seguro que él se callar

pronto, marchándose como de costumbre para volver al día siguiente asíndose a las columnas y hablando un idioma de balbucesos que ella no alcanzaba a comprender. “¡Habéis arruinado mi vida!” Todo era cuestión de esperar, aunque aquella vez estaba durando demasiado. Sí, abrir la ventana y caminar sobre las hojas de los árboles, y aspirar el olor a tierra mojada para que llegara muy hondo... “Pero esto se ha acabado” De repente, una ola rojiza iluminó fugaz la casa. Nira se estremeció con un bramido ahogado pero intenso que para siempre resonaría en sus oídos cuando la noche trepara por las vidrieras del antiguo monasterio. Asustada, se adentró en el pasillo pudiendo contemplar como la puerta del salón desaparecía a dentelladas de fuego. Tenía que salvar a su madre, estaba allí dentro. Pero se había quedado paralizada y los pensamientos estaban anegados por un lodo que solo deseaba que la lluvia traspasara los cristales... que la lluvia los traspasara...

–¿Dónde está mi madre?– preguntó al despertar rodeaba por seis ojos extraños que contestaron con un silencio aterrador.

Nira se zafó de los seis brazos que trataron de retenerla al ir en busca de su madre. Vio un amasijo humano contra el suelo. Se arrodilló inclinándose sobre los restos aún sin comprender. Tomó con ternura lo que debía de haber sido una mano. Los huesos se desvanecieron entre sus dedos como en una pesadilla. El humo zumbó en sus oídos dejándola sorda a las palabras que decían al igual que máquinas los desconocidos. No, aquella no era su madre. Ella tenía los cabellos de un negro profundo.

Escapó con la ceniza adherida en la piel y lágrimas agonizando contra sus párpados cerrados.

Agnes se ha quedado dormida en el sofá. Mueve la boca en una eterna conversación con los muertos. Yo también creo oír una voz del otro lado. Susurra mi nombre... Siento como las cadenas que me atan tiemblan confundidas por su voz y la máscara se desliza casi perdiendo el equilibrio. Sabes que te amo, rostro sin nombre. Mis piernas se alzan movidas por una fuerza que desafía el hierro que forjan mis fantasmas. No descansas en paz, mi amor, tienes

*los ojos espantados y muy abiertos... El aire es fresco, y la noche,
de un negro profundo como los cabellos de mi madre.*

Celia Barnés Castaño (16 años)

Granada

Accésit

Poesía (10-12 años)



LÁGRIMAS SOBRE EL PAPEL

La tinta llora
Sobre el blanco
Del papel
La tinta
Habla en forma
De crítica
La tinta
Habla en forma
De piropo
La tinta
Buena o mala
No se sabe
Qué es
No se sabe
Quién es
O mejor dicho
No se sabe
Cómo es
La tinta
La más cotilla
De todo el grupo
No hay algo
Que no sepamos
La tinta
A veces llora
Y nosotros
Le preguntamos
Por qué tinta
Llora usted

Ella apenas
Nos responde
Pero sigue
Obsequiándonos con
Sus colores sobre
El blanco del Papel

Lola Aguado Romero (10 años)
Espartinas (Sevilla)
Primer Premio



EL COCHE

Detrás de la escarcha,
el flamante coche rojo
te mira con sus ojos
de la luna llena.

El niño lo quiere
para no aburrirse,
quiere el juguete
para divertirse.

El coche es su amigo,
lo lleva consigo,
el coche va andando,
se queda dormido.

Ahora aparece
fuera olvidado,
el ventilador frío
con el se ha enfadado.

En la ventana se ve
el niño jugando,
con un nuevo juguete
que ha encontrado.

Allí en la silla,
se queda pensando,
en su buena vida,
que se ha esfumado.

Echando diamantes
fríos como el hielo,
se esconde debajo
de aquel frío manto.

La tormenta de escarcha,
recuerda al principio,
pero esta le deja
de color blanquecino.

Paula Martínez Hidalgo (10 años)
Granada
Accésit

Poesía (13-15 años)

FLUORESCENT

Para J.C., tan simple y tan sublime como un verso.

Calzó sus primeras gafas
estrenando trece otoños.
Mamá y el óptico se amaban, pensó,
conspiraban demasiado felices.
Eran ventanas al mundo,
órbitas simétricas de azul
y... ¡qué ojos más refrigerados!

Rondaban los años ochenta
y el cielo era naranja.

Tenías en el bolsillo
un bumerán para cada día.
Lo lanzabas a tu boca
–pecera de ortodoncias que no usabas al dormir –
y durante los breves segundos que prendías tu sonrisa
nacía una luz que abarcaba universos.

Había más pasajeros que gente,
más cometas que estrellas.

Los ochenta fueron largos instantes
¿recuerdas?
esas tardes que duraron meses
y las noches apuradas hasta el resurgir de los oficinistas
en parques y callejones de humo y neón.
“No se respira raro, ¡absurda adultescencia!,

huele a libertad.”

Actos amorios y vísceras colgando de cada farola,
que no te muerdan las ratas del pensamiento razonado.

En fluorescentes mareas lejanas
se tornaban tus brazos al anochecer
mientras la radio escupía disonancias
y “efímero” era una palabra extranjera que no entendías
y cerrabas el mundo con tus párpados
y olvidabas las enfermedades propias de un adolescente sano
y... y eras demasiado feliz, demasiado feliz.

(Un punto distancia minuto a minuto nuestra existencia.)

Infinito es aquello que nos revuelve
con ojos estrellados, alma abierta
a borrascas y a dolores de comisuras.

Pero todo horizonte se pudre
igual que se acaba la droga
y tú abandonas la carrera
y yo finjo olvidarte
mientras me invento historias mejores para mis nietos.

Llegaron los veinte, los veintinueve, los treinta y siete;
y tú les abriste la puerta,
con esa sonrisa solar
que ya no me pertenecía.

Rebeca Cadenas Schaedler (16 años)

Sevilla

Primer Premio

LA NIÑA DE LLUVIAS

Ay, la niña de lluvias,
¿dónde está, que no la encuentro?
he buscado hasta en los senderos
de las hojas que su sueño sustentaban.

Ella era ovalado rostro descompuesto,
colinas de sal sin verdes ni azules
movidas por el vaivén de un péndulo
en un reloj sin agujas.
¡Adiós, tiempo!

Sus ojos, quemados iris de hielo,
son vistas a un balcón de mar sin olas,
profundos, exhaustos tras miles de vidas perdidas
en ese agujero que cree guiar
al fondo de la nada.

Sus labios, rotos,
violetas de pétalos sin flor,
son cortinas que separan bien de mal,
que enfrentan mentiras,
que se aman.

Sus dedos están de tinta manchados,
de pinturas del color de su alma,
tonos lluvia de ciudad sobre cristales
y sangre fresca manchando
guiones rotos.

Sus letras, de olores hipnotizantes y confusos,
tratan de emular en belleza
pupilas,
aromas,
gestos con gravedad propia
que no sabes de donde vienen,
a quién guían,
cuánto esconden.

Ay, la niña de nieblas,
¿dónde está, que no la encuentro?
quiero observar caer oscura arena
entre las cárceles de sus pestañas.

Sara Sánchez Gamino (13 años)
Carmona (Sevilla)
Accésit

Poesía (16-18 años)

LO BAUTIZÓ COMO BÉISBOL

STRAIGHT 1

20:08 horas

Y ahora... Septiembre cobra protagonismo.
No quiere ser pirómana pero la idea la acecha...
¿Cómo sería morir al regazo de las llamas?

Nunca sintió el cariño, le vetaron de niña las caricias,
de joven les hizo asco, de mujer no las tuvo cerca y...
A la vejez... Aprecia que no llega.

22:24 horas

Que sería de ella si su boca tuviese dueño,
que sería de ella si su muerte no anduviese cerca...
Pero ella lo sabe, está dejando al desconocido hacer,
y es consciente, después del placer, tomará lugar la muerte.

No quiere hacerlo enfadar,
pues sabe que el polígono no es zona para bromear.
Ahora con el temor subiendo por los talones,
y la angustia recorriendo todo su ser se arrepiente,
toma lugar el sabido lamento...

STRAIGHT 2

23:57 horas

Ya le dijeron que dos botellas de Whisky habrían de ser de más,
pero ella no quiso escuchar,
¿dónde ahogar si no sus penas?
isi ya no le quedaba champagne!
Y ahora lo sigue dejando hacer, el desconocido ya jadea...
Su sangre por el cuello resbala,
y los recuerdos enterrados de aquel ser tan antaño amado ya la
han asaltado...

(Y en la penumbra de la noche, regocijada en reproches...)

*"Sorpréndome hablando sin motivo,
nuevamente contagiada del olvido...
Que no hay luz que alumbre el camino,
que no hay voz que me quite del delirio.*

*Fueron tus manos artistas natas...
De aquellas a las que hoy llaman escasas.
Fueron tus besos marcas que hoy quiero desgarrar guiando a mi
cuerpo hacia la banalidad.*

(El aliento a faltar de forma escabrosa comienza...)

*Gritaste que esto no era una partida de póker...
Grité que esto no era una instantánea formal.*

*Me insinuaste ramera ante tus semejantes...
Me volví vulnerable en mi fúnebre morada,
santiguada en la obscenidad sin ápice de acorde.*

(Perdiendo la conciencia, a la penumbra se entrega...)

*Juramos lealtad a la precaria Santidad...
Y sin embargo... ¡¡¡imírate!!!!
Y ahora... ¡¡¡imírame!!!!
Cuéntame tu tormento, cuando ves a la que hoy, mujer pudo llegar a ser...
No grites que tu hombre también hubiste de ser
Pues... La caballerosidad que a gala hoy llevas...
A esta errante muchacha agradecer debes”*

STRAIGHT 3

24:00 horas

No ha querido gritar, pues si en su vida careció de dignidad, que mejor lugar que retomarla en su lecho de muerte, sin ápice de humildad, soberana como la que más, con prepotencia supo abandonar.

Cuando esos veintidós gramos su cuerpo abandonaron, ascendiendo sobre ella, su alma le regaló a su oído la frase más bella:

“se acabó la tortura,
murió la tensión,
sin quererlo ganaste el partido de béisbol”

Hora de la muerte, las 24:00

*“Vivió como una dama sin tabaco en domingo
Que sube la música al máximo
Que se evade
Donde su sexo y ella siempre se sintieron solas”*

Marta Pérez Ramírez (18 años)
Algeciras (Cádiz)
Primer Premio

Relato (10-20 años)

LAS 7:22

Teclea fugaz, como si la vida se le fuese en ello.

–Cariño se te van a derretir las pupilas. Pero, ¿es que no sabes hacer otra cosa?

–Mamá, no se me va a derretir nada. Bueno sí, la cabeza como me sigas dando el sermón.

–No te entiendo eh, es que no sé qué es lo que... –y así, se va regañando a su hija entre dientes, y suspirando con paciencia.

–No me lo puedo creer. ¿En serio? ¡Pero si no pegan nada! Llámame ahora mismo y me cuentas los detalles. No sé cómo Julia ha podido haberle dicho que sí –entre carcajadas y el sonido de las teclas se comunica Azahara con su mejor amiga Sonia.

Suena el teléfono de forma rítmica y enloquecedora.

–Mamá, cógelo, es para mí –le grita desde la otra punta del pasillo.

–Hola cariño, cuánto tiempo sin hablar contigo. ¡Qué grata sorpresa! –responde la abuela Carmen al inalámbrico–. ¿Que tu hija se ha casado? ¡Anda! No serás ya abuela, ¿no? ¡Cuánto me alegro! Pues mira dime un día y hora y allí estaré..

–Mamá, ¡que me va a llamar Sonia!, dile a la abuela que cuelgue ahora mismo el teléfono. ¡¡¡Pero por qué no pueden llamarla en otro momento!!! –se va a su cuarto arañando las paredes y dando un portazo que silencia al edificio entero, menos a su madre.

– zahara, esas formas –de manera tranquilizadora–. La abuela tiene el mismo derecho que tú a hablar con quien quiera y cuando quiera por teléfono. Esta casa es de todas. Y el teléfono que yo sepa no tiene dueño, ¡idigo yo!

Entre portazos que rompen la puerta, insultos a nadie, conversaciones amenas y teléfonos que cuelgan, acabó aquel jueves de un día cualquiera de mayo.

– ¡Tú no tienes ni idea de cómo llevar una familia! ¡Y para qué hablar de la casa! ¿Cuándo has puesto tú un plato? ¿Cuándo me has dado la razón delante de la niña? De verdad que no entiendo tu forma de pensar. Parece que no seas el hombre del que yo me enamoré.

Esas palabras le debieron doler. Se le debieron clavar y trepar hasta su cuello para dejarle sin respiración. Pero, estoy segura, de que no más que a mí, que mientras salían de mi boca, mi corazón dejó de latir unos segundos que parecían eternos, unos segundos interminables, agobiantes, agonizantes, sin fin. Pero aquel corazón mío, ansiaba soltar aquellas verdades...y otras.

–Mamá, a las dos estoy aquí.

Teresa suelta una carcajada tan irónica como sonora.

–Pero tú qué te crees que yo voy a estar despierta a esas horas para que vuelvas, si es que vuelves sana y salva. Porque vaya, a esas horas no te encontrarás más que borrachos, violadores, y calles sin un alma. Así que tú te estás aquí a las doce y media como siempre. Que sólo tienes quince años. ¡Ah!, y no se te ocurra beber ni tomar nada raro, hija. Cuando vuelvas no hagas mucho ruido que sabes que la abuela a esas horas ya está más que dormida en el quinto sueño. Pásalo bien, Azahara –le da un beso cariñoso en la mejilla y una sonrisa subiendo las cejas y arrugando la frente, diciendo "Por favor no me rechistes más" y ella, que conoce esa cara, decide suspirando irse sin decirle nada más.

No sé por qué pero hoy me apetece ver fotos. Fotos que me recuerden momentos que ya habré olvidado. Momentos tan únicos como insignificantes. Los que dan la vida. Si él siguiese aquí conmigo...

–Hija, Teresa, ¿dónde están los álbumes de fotos que trajimos de mi casa?

–Creo que en el tercer cajón del mueble de la tele, mamá.

Abro el primero y un torbellino de recuerdos me estallan en la cara. Allí está él, el más guapo de todo el pueblo, agarrándome de la cintura. ¡Menuda cintura de avispa, quién la tuviese ahora! Y mi amiga Pili con sus peinados raros. Mira mi hija tan chica, cómo cabía en la palma de mi mano. Y aquí después del parto. Mi padre dándole la mano a Eduardo como signo de aprobación. Aquí con su carrito nuevo. Aquí mi madre cocinando, tan joven, y tan guapa. Mis padres ya mayores en sus butacas –la gota que colma el vaso, se me escapa una lágrima–. Aquí cuando Eduardo y yo nos escapamos aquel día sin permiso...

–Mamá, ¿te puedes creer tu nieta a las horas que quiere venir? Mira que sabe sofocarme, yo no sé a quién se le ocurre...

–Déjala hija, ella que es joven. Todos hemos desobedecido a nuestros padres alguna vez, tampoco hay que ponerse estrictos...

Y con una sonrisa en su interior tan grande que no le cabía, cerró aquel álbum de momentos encerrados, atrapados en plásticos de vida. Y encendió la tele. Empezaba su programa favorito. Pero aún así quedó dormida, y todas aquellas fotografías volvieron a su mente, en sus sueños.

Joder, cuánto me duelen estos tacones y mira que sólo llevo dos pasos. Y encima no hay nadie por la calle. Pero, ¿dónde está todo el mundo? Sonia me había dicho que a las diez y media en el Mercadona, como siempre. ¿Qué hace que no está aquí? Y para colmo yo sin saldo. Mira que le he dicho a mamá que me recargase el móvil. ¡Por fin! Mírala, pero ese quién es. Y, ¿por qué le agarra de la mano? Y, ¿por qué le acaba de dar un beso? Y, ¿por qué le acaba de tocar el culo? Pero éste, ¿de dónde sale? Si hoy he hablado con ella y no me ha dicho nada. Se acercan. Me estiro la falda para abajo todo lo que puedo.

–¡Azahara! Perdón por el retraso, es que me he entretenido un poco –Sonia mira al chico feúcho y le guiña un ojo riéndose.

–Ah, no te preocupes – menuda situación incómoda. Pero es que no me va a decir quién es éste o qué.

-¡Uy!, se me olvidaba, qué tonta. Éste es Gonzalo, es el mejor amigo del amigo del hermano de Aurora, ¿sabes? Me lo acaban de presentar en el botellón -me mira de forma picarona en busca de una respuesta. Al ver que no se la doy, despide al chico.

Ya se ha marchado con un largo y asqueroso beso que la deja a Sonia llena de babas.

-Pero, ¿quién es éste? Si te lo acaban de presentar cómo es que ya sois "novios". Además, ¿a ti no te gustaba el tonto de Jorge? ¿Ya te has olvidado de él?

-Mira, tú lo has dicho, es un tonto. Además, si una noche me olvido de él tampoco es que signifique nada. Y, Gonzalo no es mi novio, que lo sepas. Anda, vamos donde todo el mundo a ver si encuentras algo para ti -y empieza a reírse descontroladamente, supongo que debido al alcohol.

Y hacia allí nos dirigimos haciendo sonar nuestros pasos, doblándonos algún que otro tobillo, inseguras (por lo menos yo), sin tener muy claro a dónde me dirijo y para qué, ni qué me voy a encontrar. Y definitivamente sé que, tras mis tacones de cinco centímetros de altura, todo me da vértigo.

-¿No entiendes que mi madre está destrozada y me necesita más que nunca? No sé por qué me echas en cara que esté viviendo aquí si ella no molesta, es más, todo lo que hace es para ayudar. Nunca se queja y yo quiero que se quede. Y lo siento mucho si tú no lo aceptas, y si es así, el que se tendrá que ir de este hogar serás tú.

Y esas palabras rebotaron en la habitación. La ira estaba corriendo por mi sangre de manera tan veloz que no sabía lo que podría ocurrir. El miedo me agarró de pies y manos. El terror me inundaba por su respuesta. Pero, me di cuenta de que hubiese preferido mil veces una respuesta, a que el silencio cubriese cualquier duda.

¿Dos besos? Habré repartido doscientos besos en este putrefacto lugar. Gente que no había visto nunca, gente que me cae mal, gente a la que le caigo mal, nombres de los que ya no me acuerdo y es que no me acuerdo de ningún nombre. Sonrisas, algunas (muchas) falsas. Pero, ¿a dónde me ha traído? En mi desorientación de serie, consigo encontrar a lo lejos una cabina de baño.

–Sonia, ahora vengo, necesito ir al baño un segundo.

–Claro, no tardes –y continúa haciendo bromas con unos fumetas que acaba de conocer y les habla como de toda la vida.

Voy caminando y está todo oscuro. Sinceramente no sé qué hago aquí. Me siento tan ridícula... Para qué mierda me habré puesto unos tacones tan altos, una falda tan corta, tan arreglada... Para venir a un sitio en el que no conozco a nadie y mi mejor amiga se olvida de mí para echarse un nuevo novio y hacerse la guay delante de sus amigotes. Me iré a casa, pero ya.

Algo llama mi atención. Dos muchachos, uno con el pelo largo, demasiado largo y enmarañado que le cubre el rostro. Y otro flaco, en los huesos, con los pantalones caídos y rasgados. Los dos tienen una pinta un tanto peculiar. Los miro descaradamente. Entre la oscuridad de la noche solo iluminada por motos robadas y mecheros que se encienden para fumar quién sabe qué. Se dan la mano, cada uno se guarda algo en el bolsillo, que yo no sé percibir lo que es. Se miran y se ríen. Cada uno se va con paso rápido hacia distintas direcciones. No quiero ver más. Sé todo lo que necesitaba saber. En verdad, no necesitaba ver nada de esto. ¿Qué necesidad? Ni baños ni nada. A casa me voy ya, sola o acompañada. Espero que acompañada, por favor Sonia acompáñame. Y corriendo me voy hacia donde se escuchan las carcajadas, los gritos, donde se huele el alcohol a metros...

–Sonia necesito irme, vámonos.

–Pero, ¿por qué? ¿Qué ha ocurrido?

–Te lo cuento por el camino.

–¿Quieres una calada, guapa? –un “amigo” me ofrece un porro que eso sí que se huele a kilómetros.

–No, gracias.

Cojo a Sonia del brazo y con el paso más acelerado que se puede ir con mis zapatos que encima me han hecho rozadura, me dirijo

a casa. Sonia me habla, me pregunta, me cuenta cosas, se ríe, un chiste, otro, está borracha, supongo. No escucho nada. ¿Por qué estoy tan nerviosa? Tengo quince años, me debería haber divertido un poco. ¿Soy demasiado responsable? Sólo sé que a partir de ahora solo iré a donde mis pies quieran ir. Y por supuesto, con zapatos planos.

Al día siguiente.

Hoy me pesan las piernas más de lo normal. No entiendo por qué extraño motivo a las diez de la mañana todavía no hay nadie despierto. Si es que estos jóvenes...

Pongo el café, el agua, el vaso, el botón... Oigo la puerta de la casa.

–¿Os habéis levantado ya? ¿Hola? –pregunta Teresa con la intención de que si siguen dormidas, despertarlas con sus gritos.

Mi hija, siempre ha odiado los domingos.

–Sí, Teresa, estoy en la cocina.

–Hola mamá. Azahara sigue dormida, ¿no? Deberíamos despertarla...

–Déjala que duerma, es el único día a la semana que puede hacerlo.

–También es el único día que puede aprovechar desde primera hora, mamá. Que últimamente no le das más que la razón a la niña.

–Hija, cuando eres mayor, te das cuenta de que durante tu vida has tenido la manga demasiado estrecha y no has querido disfrutar o dejado disfrutar todo lo que podrías –aire melancólico, mirada a la tostadora que de un momento a otro va a saltar.

–Mamá, ¿tú has creído que la vida se te ha ido sin disfrutarla todo lo posible?

–No es eso, sólo que... déjalo, cariño, son cosas de viejos. Ya sabes que los domingos me pongo un poco melancólica.

–Nunca me habías hablado de esto.

–Pues en ese caso es porque no tiene la más mínima importancia –hace una pausa muy pausada. Aquel silencio lo rompe la

tostadora de forma astuta y sonora que incluso las asusta –¿Una tostada?

Tengo los ojos pegados, arrastro los pies. Me lavo la cara. Por favor, hoy es uno de esos días en los que no quieres que nadie te hable, quiero ser invisible. Mamá a mi derecha, la abuela a la izquierda... Invisible, invisible, invisible...

–¡Buenos días, cariño!

No, por favor, encima rebosante de alegría y energía. Justo lo que yo no tengo.

–Hola –desganada, fría, sonámbula, atontada, empanada, triste... me duelen hasta los labios.

Creo que estoy mala. Ojalá se pudiera responder con la mente. ¡Espera! Con mi madre se puede. Cómo me conoce. No me ha dicho nada, me ha puesto dos tostadas en frente mía. Me ha dado un beso en la mejilla.

Suena el horrible teléfono.

–Azahara, es para ti.

Nooooooo, por dios, lo que me faltaba. Bendito don de la oportunidad.

–¡Hola! Soy Sonia, no te habré despertado ¿no? Perdona por lo de anoche, no te debería haber dejado sola ni un instante. Hoy ya es el último día del fin de semana, además esta semana ya hay muchos exámenes y no podremos salir. ¿Te apetece que vayamos al cine? Podríamos llamar a más gente... Y encima hay muchos estrenos. Venga ánimo.

–Mm... es que Sonia, me encuentro un poco mal. Además, tendré que estudiar para los exámenes. No es plan de dejarlo todo para el último momento...

–Qué aburrida –con un tono desilusionado –. Hablamos esta tarde, ¿te parece?

–Claro, ya hablamos.

Y cuelgo, no me paro a pensar en un último “adiós” porque sinceramente sé que no voy a ir. Pero tampoco me apetece estudiar.

–Muy bien dicho, cariño, qué responsable eres. Esta Sonia... es un mala influencia, menos mal que tú tienes personalidad.

–Mamá, no la conoces. Además sabes que no me gusta que escuches mis conversaciones.

Me voy a mi cuarto, con los hombros caídos y la columna vertebral completamente curvada. Qué mal me siento cuando me comporto así. Pero es que ahora mismo no me soporto a mí misma. Como para soportar a nadie.

–¿Tú sabes lo que le pasa a mi hija? Yo nunca fui tan rebelde.

–Teresa, hija, eso es porque no te acuerdas. Todos hemos tenido quince años, y te aseguro que antes o después todos hemos perdido los papeles con nuestros padres. Déjala, ahora mismo ella estará deseando disculparse pero su orgullo se lo tiene completamente prohibido. Manga ancha, hija. Es todo lo que necesita. Importancia cero.

Ahora mismo estarán hablando de mí. De lo mala que es la adolescencia. Del pavo que tengo. De que no saben qué van a hacer conmigo. Estoy harta.

Me pongo los auriculares y suena una música prácticamente al máximo volumen. Ahora, máximo volumen. Mi cantante favorita. Se me mueve el pie solo. Por unos instantes, se me olvida todo. Y más instantes de esos, y más canciones. Y todas diferentes. Y diferentes artistas. Y las tres de la tarde, la mañana perdida, la hora de comer. Mi iPod tiene batería baja. Lo dejo en un cajón, he perdido el cargador. Además no tengo ganas de buscarlo, y encima eso sería tener que ordenar mi cuarto. Lllaman a la puerta. Es mi abuela.

–Pasa.

–Es la hora de la comida, cariño –me mira de forma cómplice, leyéndome la mente, comprendiéndome hasta el último rincón de mi ajetreada y perdida cabeza–. Te entiendo tanto... Me recuerdas a mí. Espero que tú no caigas en tantos errores como yo, y si es

así, tanto tu madre como yo lo aceptaremos, y te ayudaremos en todo lo posible. Aunque si lo piensas dos veces, los errores me han hecho ser quien soy, y a ti te ayudarán a saber quién eres.

Me siento tan afortunada.

–Gracias, abuela –la abrazo. No tengo hambre.

–Hay ensalada de pastas y filetes empanados. No hace falta más que vengas.

Y me dirijo con un rostro aparentemente serio pero completamente distinto al de esta mañana. Contenta de sentirme comprendida. No sé qué haré el día en el que tú me faltes, abuela.

Apago un agonizante despertador. Una cama demasiado grande para mí. Está demasiado vacía. Esta tarde compraré otro colchón. Otro lunes. Uno de tantos.

Me levanto, preparo un café tan agrio como el día de la semana al que estamos.

–Buenos días, mamá –la abuela, cansada, le echa una sonrisa a Teresa.

Una ducha fría, tan fría que no siento los pies. Me froto la cara con intensidad. No tengo ganas de ir a trabajar.

Suena la puerta fuertemente. Es Azahara.

–Mamá, que voy a llegar tarde, además tengo a primera hora un examen, bueno es un control no cuenta mucho para la nota –es un examen que cuenta el cincuenta por ciento de la nota final.

–Ya salgo.

Me seco rápida cojo mi albornoz y me enrolló una toalla en el pelo a modo de turbante. Me pongo las lentillas y salgo rápidamente.

–No me habías dicho nada de un “control” –su mirada de enfado y “*te conozco, señorita*” van directamente a los ojos de su hija con la intención de que despierte su sensación de culpabilidad.

Azahara se mete con la mirada en el suelo eficazmente en el baño. Está ahí una hora. A saber qué es lo que está haciendo esta niña.

–Hoy he quedado con Pili por la tarde –tono de entusiasmo–. Iremos a tomar café. Hace que no la veo desde el día del funeral... –me quedo ahí. No lo debería haber dicho. No quiero ni pensarlo. Deja de pensar, Carmen. Basta.

–Lo pasaréis bien –su hija le regala una sonrisa de apoyo, con sentimiento.

Cómo me conoce.

–Así que ahora iré a la peluquería a ponerme guapa. No se queda con una amiga de la infancia todos los días.

–Muy bien. Yo voy a irme ya al trabajo. No es que tenga ganas pero... –me da un beso en la mejilla –. Compra tomates, por favor. Dile adiós de mi parte a Azahara que llego tarde.

–Tranquila.

Se va por la puerta comiéndose los escalones de dos en dos. Pintándose los labios por el camino. Pensando. Así, se va pensativa, y me deja pensando en qué es lo que piensa mi hija.

Menudo día de mierda me espera. Le doy un beso a la abuela y con la leche en la tráquea, me dirijo escaleras de un cuarto piso abajo. Dios, cómo pesa la mochila. Aquí dentro la abuela, en vez de haberme metido una manzana, ha metido un ladrillo. Me van a pillar, estoy segura. Si es que esto no es lo mío. ¿Por qué no habré estudiado? Que sí, que en verdad te lo sabes, Azahara. Confía en ti misma. Voy a suspender. Ve asumiéndolo. Verás tú cuando se entere mamá.

Bajo las escaleras mientras me pinto con el carmín de labios que compré ayer. Me he salido, pareceré un payaso. Un espejo. El reflejo en el coche sirve. Ajá, me doy un poco por aquí y listo... ¡No me lo puedo creer! Hay otra persona tras el cristal del coche observándome con rostro serio, incluso enfadado, por lo menos el bigote le muestra este aspecto. Me voy disparada. La situación me ha hecho reír. Pero, aún así no puedo dejar de pensar en un col-

chón nuevo. Y ¿qué hago con el viejo? ¿Tirlo? ¿Tirar tantos años? ¿Tantas caricias? Sí a todo. Un visco látex de los buenos. El dinero, el que haga falta. Aunque, a veces, es más fácil gastar dinero a lo loco, que decirle adiós a tu colchón de sueños.

Estas escaleras son demasiadas para mí. A ver quién diablos arregla este ascensor. Que yo ya no estoy para estos trotes. Y cuando suba la compra... no sé cómo me las voy a apañar. Voy a la compra. Un kilo y medio, perfecto. ¿Dos euros con cuarenta y cinco céntimos? A ver... ¿Esto son diez céntimos o cinco? Ah, no. Que los doraditos son diez, no cinco. Pues a ver si no me he equivocado. Tengo la vista cansada. Lo único, vaya. En todo lo demás soy muy despierta. Hay que ver quién me viera hace cincuenta años. Cómo ha cambiado todo. Mira ésa que pintas lleva. En mi época jamás verías a nadie así. Y esos dos que se están dando la mano. Serán esos gays que están tanto de moda. Mira que había gente de mi época que estaban casados... y luego mira. Todos se hacen... ¿cómo se dice? ¡Ah, sí! "HOMOSEXUALES". La verdad es que no es nada raro. Bueno, a mí me choca. Pero no es malo. Yo lo respeto, aunque si a mí se me hace mi hijo gay... me da algo. No por nada... Carmen, sé sincera... La verdad es que son muy majos. Y mira que son guapos los "gays". Menudo desperdicio, vaya. ¡Quién los pillara! "Peluquería Ruta, relájate y disfruta"

-Tinte, corte y peinado, por favor.

Me siento en el pupitre al lado de Marisa, la chica más lista de la clase. Seguro que saca un diez, y porque no hay más nota. A lo mejor puedo ver su examen desde aquí. Lo malo es que estamos en segunda fila... ¿Me voy al final? No importa, este profesor siempre se pone al final de la clase a observar. Va a ser imposible. Además me siento culpable conmigo misma. Nunca había hecho trampas en ningún examen. Me lo reparten. Me tiemblan las piernas, estoy

floja, una lágrima de sudor frío recorre mi frente hasta topar con mi mejilla, mi barbilla, mi cuello. Antes de que siga avanzando y llegue hasta mi tobillo derecho, saco un pañuelo y me seco. Me lloran los ojos y no sé de qué. Oigo todos los bolígrafos deslizándose por un papel sin estrenar. Escucho los pasos del profesor avanzando, detectándome. A mí. Se va acercando. *¿Lo sabe?* Miro para abajo y pongo cara de estar pensando "La cuestión nº 1" cuando seguramente todos estarán por "La cuestión nº 4", como mínimo. Voy a vomitar. La barriga es la banda sonora de la clase en estos momentos. Algunos me miran, los que están como yo de perdidos y están más pendientes de los ruidos de la clase. Además, no me puedo concentrar con el click, click, click... abriendo y cerrando los bolígrafos... Algo incontrolable. Es la hora. El profesor está al fondo, nadie me verá. Saco un pequeño papelito de mi bolsillo derecho del vaquero. Lentamente, ningún movimiento brusco. Lo pongo encima de la silla, entre mis dos rodillas entreabiertas. Unos pasos se acercan. Mi saliva entra en el túnel de mi garganta como una cuchilla.

-Hace años que no me dices un simple "te quiero", ni me llega ningún ramo de flores de tu parte. Hace ya varios cumpleaños que en tu regalo no me incluyes una notita con cuatro palabrejas que me llegan muy adentro... Ni me dedicas una sonrisa de esas que tú me dedicabas. Ni me miras a los ojos. Y es que esto me pesa. Y no puedo más con este peso que me hunde.

El jefe me mira de pies a cabeza con cara de vinagre. Es la persona más siniestra que te puedas encontrar. Mira su reloj, y echándose una última mirada de insatisfacción con mi trabajo, se dirige hacia su cueva en la cual vive cada día observándonos como si fuésemos cavernícolas cazando. Me siento en mi silla, sigue tan incómoda como cada día de la semana, pero los lunes más. Reviso los billetes del primer cliente que se me presenta por mi ventanilla.

Es calvito pero sin embargo con una barba que le cubre todo el rostro. Tiene una cara simpática. Me pasa su maleta. La peso. Todo está correcto. Cómo me gustaría tener un billete sólo de ida como este agradable señor. A cualquier lugar; con quien sea; el tiempo que sea; volar.

Me siento joven cada vez que voy a la peluquería. Me miro en el espejo, radiante. Veinte años menos. Bueno, tampoco te pases. Me sienta mejor el pelo más claro, estoy segura. Le doy el dinero que le debo a la peluquera y alguna propinilla por la subida de autoestima que ha rebotado mi cuerpo. Entro a casa, aparentemente veinte años menos, pero tras subir mis ochenta escalones mi corazón me vuelve a la realidad. Me va a dar algo. Lleno un frío vaso de agua mineral. Lllaman al teléfono. ¿Quién será? Nunca me ha gustado el sonido de cualquier teléfono. Es un ruido sin avisar, maleducado. Que altera nuestros sentidos. Que nos molesta. Que suena sin nosotros quererlo. Que agobia hasta que respondes. Agresivo. Cansino. Repetitivo.

—¿Dígame?

—Mamá, soy yo, Teresa. Estoy en el trabajo. Era sólo para decirte que hoy no voy a comer a casa. No te preocupes, es sólo que voy a comer con una compañera. Luego iremos de compras así que seguramente cuando yo vuelva tú ya estarás fuera con tu amiga Pili, pásalo muy bien.

—De acuerdo, hija. Como tú quieras. Muchas gracias cariño, seguro que lo pasaremos bien. Un beso.

Corto el teléfono un tanto dubitativa. ¿Un lunes a comer con una amiga? ¿Con qué amiga? Y, ¿de compras? Me resulta un tanto extraño viniendo de ella. Ella sabrá, ya es mayorcita. Por cierto, ya mismo cumple cuarenta y dos años. Necesito un buen regalo para esa buena cifra. Me pongo a cocinar, ahora solamente para dos. El primer cumpleaños sin su padre. Troceo toda la cebolla. Se me salta una lágrima, y otra. Y navegando entre recuerdos que a veces es mejor dejarlos naufragar, empiezo a llorar en la cocina. Y no sé si por la cebolla o por aquellas memorias, me ahogo en aquel llanto

absurdo y sin fin corriéndose todo el rímel de mi cara maquillada, de aquella mañana que, hasta ese momento, sabía a juventud.

Salgo del examen. Plan redondo. Aprobada estoy. Pero... es la primera y la última vez que lo hago. Parece que han pasado mil años desde que me he levantado, cuántos pensamientos han nublado mi cabeza, cuántas preguntas, cuántas sensaciones, cuánto miedo... en una hora de un mísero lunes. Y ninguna sonrisa. No lo encuentro. Mi mirada recorre el pasillo repleto de hormonas luchando unas con otras, chocando, fundiéndose, reproduciéndose... No está. ¿Estará malo y por eso no ha venido? De repente lo veo. Destacan sus ojos desde la lejanía. Busco, busco, busco y sin darme cuenta ya he encontrado su mirada en aquel pasillo lleno de mochilas arrastradas, de aulas vacías, de rumores recientes, de timbres que suenan marcando otra hora más de sufrimiento. Pasan las horas. Por fin el ansiado timbre de salida tras una mañana de locos.

-Sé que mi sueldo no es para tirar cohetes. Pero dime, ¿quién lleva las cuentas de la casa?, ¿quién hace la compra?, ¿quién sabe dónde y cómo poder gastar el menos dinero posible? Y que luego te tenga que enseñar los recibos para que veas lo que me he gastado... No te entiendo, ni quiero entenderte. Además, ¿yo cuando me he comprado un capricho? O mejor dicho, ¿cuándo me lo has comprado tú? Hace mucho tiempo que no me regalas cualquier detalle, y te digo, que los detalles son los que dan la vida, y yo de eso ya tengo poco.

Desde este asiento todo se ve tan grande. Cuánto pesan las maletas. A mi derecha Sara, la persona más insatisfecha con su trabajo del mundo. Incluso más que yo. Es alta, con unas piernas muy cortas para su estatura. Se divorció hace un par de años, habla de los hombres como si fueran mascotas, y de su ex ya ni

hablar. Lo pasó muy mal en su divorcio y yo estuve a su lado. Es la única compañera con la que tengo relación fuera de estas paredes rugosas y frustradas. Pasa que ahora ella quiere "ayudarme", cosa que yo no quiero. A ver, no es que yo no quiera... es que no quiero pensar. Ni en la situación en la que me encuentro, ni en mi vida en estos momentos, ni en su rostro. Ni en el adiós. Ni en la firma. Ni en nada. Quiero dejarlo atrás, tan atrás que ya ni duela, mirarlo desde la lejanía y sonreír de lo que un día fue. Pero en estos instantes, de sufrimiento hasta más no poder, de días eternos, de dolores de alma al pensar en todo esto, de llantos incontrollables en cualquier recuerdo que viene sin avisar, en cualquier momento... No se puede pedir ayuda. Tengo que convivir con mi soledad, afrontar mi futuro ante la vida de la forma más optimista que se pueda, llevar las riendas y tomar el control de la situación. Aprender a sonreír, a dormir sola, a apagar todas las luces antes de acostarme, a arreglar el grifo de la cocina, a cocinar crepes caseros, a volver a soñar, a disfrutar de lo que tengo, de lo que hay, de lo que queda. No sé en qué momento empezará esa fase, pero hasta entonces, quiero un solo encuentro, el de la propia Teresa que llevo dentro.

Pero hoy no me queda otra, me ha invitado a comer, y no le puedo decir que no. Me contendré, diré lo que no pienso, le daré la razón, me prometo no llorar, y pondré una barrera que impida cualquier tipo de recuerdo. Mierda, lo acabo de recordar. Su sonrisa está inyectada en mi sangre y es inevitable que corra por mis venas, supongo que desgraciadamente.

Un escalón, y otro, y otro. Son interminables. Siempre he odiado estas escaleras, y todas. Son agotadoras, desafiantes, difíciles... Por lo menos estas. Que en cualquier momento te caes. Sin descansillos, con escalones de dos palmos de mi mano (aunque mi mano es más bien pequeña, cierto). Me apoyo en la pared, el sudor mancha mi camiseta de "I love NY" que me trajeron papá y mamá de Nueva York cuando fueron en su aniversario... déjalo. Se echará a lavar y punto, *se para, suspira, avanza*, un escalón, y otro, y no pue-

do más. Me quedo sentada en uno de los escalones. De un día para otro, de la noche a la mañana, sin previo aviso. Una bofetada vuelca tu vida a un río, en el que todos tus problemas te quieren ahogar. Echo de menos los crepes de sus manos. Echo de menos sus manos, sus consejos. Lo echo de menos todo a él. Su persona en general, su presencia, a mi lado. Me levanto de manera fuerte, y subo, un, dos, un, dos, 4ºB. Llamo el timbre, miro para arriba con la intención de dejar presa aquella lágrima y de que nadie la perciba.

Mejor que quedase encerrada en estos ojos, que solo yo sé qué contienen.

-Hola, abuela.

-Hola, cariño. Cuánto has tardado.

¿Por qué se va así de deprisa a su cuarto? Le habrá salido mal su examen o cualquier problema con una amiga... Seguro que algo sin importancia aunque para ella ahora tendrá toda la importancia del mundo. Cuando tienes esa edad hasta por el simple hecho de que te salga un grano tu vida ya no tiene sentido. Menuda estupidez. Hay que ver cómo cambias durante tu vida. Yo hace sesenta años... era otra yo. ¿O no? Supongo que la misma con algún que otro desbarajuste. Era todo problemas. Y ninguna solución.

-Hoy no viene tu madre a comer. Está con una amiga suya -me mira perpleja y pone cara de "sí, seguro, una amiga..." Y luego me mira a mí en busca de respuesta inmediata, dándole la razón. Desvío la mirada, ya que yo no quiero dársela aunque lo piense.

-¿Te pasa algo, Azahara?

-Ah, no nada...

-Tienes los ojos llorosos. Sabes que puedes confiar en mí, hija.

-Echo de menos a mi padre.

Y con esa respuesta me siento tonta al haber pensado que sería cualquier tontería de cualquier adolescente. Pero es que esto sí es un "problema" al cual yo no sé darle respuesta ni qué tipo de mirada, si melancólica, si cariñosa, si mirar al suelo, si darle áni-

mos, si no decir nada... Porque sé que haga lo que haga, que diga lo que diga, que mire como mire... no le servirá. Porque esa pena y añoranza que lleva dentro, es tan profunda, tan honda, que ni yo llego a rescatarla.

Se pierde entre mis brazos y las dos, añorando a dos personas diferentes que de formas completamente distintas, no se encuentran a nuestro lado, nos olvidamos de comer, de la hora, de Teresa, del colegio, de mi quedada con Pili a las cinco, de un fuego que quema un potaje, de televisiones encendidas que cuentan desgracias... de todo. La siento, aquí, conmigo. Y somos una misma persona, entrelazadas en un punto en común, agarradas a lo que nos queda. Y en un segundo, la oigo respirar, a ella, mi nieta, la persona más importante para mí, mi tesoro, y justo en ese momento, ese instante, me doy cuenta de que estamos tristes por lo que no tenemos, pero, debería ser la persona más feliz del mundo por tenerla a ella. Ella es mi presente, y las lágrimas del pasado hay que dejarlas allá lejos, donde les corresponde, ya que siempre fueron muy amargas.

–Creo que no me entiendes. Te estoy diciendo que quiero ir a ese viaje con mis amigas, y no es que quiera, es que voy a ir. No sé quién te crees que eres para prohibirme o dejarme ir a dónde tú quieras. Venga, hombre, lo que me faltaba, que me controlases mis salidas, cuando tú eres el primero que nunca me tienes que dar explicaciones de a dónde vas, ni a qué hora vuelves, ni con quién... Encima es sólo un fin de semana. Te lo recuerdo tú no eres nadie para controlarme, yo iré a dónde quiera con tu consentimiento o sin él, te lo digo. Y la próxima vez te aseguro que no contaré con tu opinión igual que tú no cuentas con la mía. Y esta decisión ya está tomada.

Mientras lloraba decía todo eso. Pero si lo tenía tan claro, ¿por qué lloraba? Tenía ganas hasta de pegarle a él, no sé por qué. Supongo que por ser así. Por sus miradas, sus respuestas inoportunas. No podía más. Era una situación insostenible, paranoica, un infierno. Y cuando vives en ese infierno, tienes que ver si te

compensa el agua que tienes con el fuego que te quema, y a mí, personalmente, el fuego me estaba consumiendo, y alguien tenía que apagarlo, de una forma u otra, antes o después.

Por fin son las tres de la tarde. He quedado con Sara en “El caballo blanco”. Qué pocas ganas. Yo lo único que quiero es el potaje de mamá. Seguro que ahora se lo están comiendo ellas dos. Ojalá Sara no se ponga muy pesada con el tema, está demasiado reciente. Y como hurgue en la herida... no voy a consentirlo. Ya estoy prácticamente aquí, doblo esta esquina y ya. No sé por qué no hemos venido directamente juntas, pero vaya, por mí mil veces mejor, me ahorro este paseo de consejos a mis oídos sordos, que claramente no me sirven para nada. Esta calle es preciosa, con sus aceras estrechas que hacen separarte de la mano de tu pareja para ir en fila india, que te hace ceder el paso a una mujer con su carrito, que te hace pegarte a la pared cada vez que viene un coche. Cuántas huellas han pisado esta calle, acompañada. Cómo cambian las cosas. Ahora, sola; a mediodía; treinta y cinco grados a la sombra; con un pañuelo siempre a mano, por si algún recuerdo decide aparecer a la vuelta de la esquina; la otra mano suelta, sin nada/nadie a quién agarrar; con ganas de llegar; sin disfrutar del camino. Todo ha cambiado, mi forma de vida, esa esencia. Últimamente no me pinto, ¿para quién? Ni salgo a dar paseos, ¿con quién? Ni he dejado de fumar, ¿para qué? Bueno, para eso sí tengo respuesta, pero elijo dejarla flotar en mi mente antes que cogerla. Estoy a punto de llegar. A lo lejos veo su gracioso y colorido pelo rojo divertido. Acelero el paso. Noto vibrar el bolso, suena mi tono de llamada. Las llaves, un paquete de pañuelos, un tampón, el monedero, los papeles del banco, la agenda, el e-book... por fin, el móvil. Lo agarro con fuerza, por poco se me cae de las manos, lo abro, no miro en la pantalla exterior quién es el emisor de esta llamada, respondo.

–¿Diga? –consigo decir sofocada. ¿Habrá colgado? Qué raro no contesta. ¿Quién será?

Dos segundos eternos. Una voz nerviosa al otro lado.

–¿Teresa? Hola... Soy... Soy Andrés.

El mundo se paraliza, me desmayo, me salen los ojos de las órbitas, tengo ganas de vomitar, necesito gritar, llorar, saltar. ¡Andrés! La última persona del mundo que me hubiese imaginado. O quizás la primera. No sé qué decir, necesito hablar, no me salen las palabras, me atraganto con mi propia saliva, respiro hondo, mi corazón inquieto bombea hasta salir por mi boca diciendo estas palabras:

–Ah, hola Andrés.

–Te llamaba para decirte... –un instante se para, yo muero– que si podrías quedar en algún lugar. Querría hablar contigo algún que otro tema que tenemos pendiente, tenemos que firmar, querría hablarte también de Azahara... –¿De Azahara? Hago el amago de respirar pero no consigo ni una gota de oxígeno. Consigo despedirme, aparentando estar tranquila. Seguramente se habrá dado cuenta, está claro. Tantos años de casados tienen que servir para algo, digo yo. Tengo ganas de llorar. De esto ni palabra a Azahara. Respiro, cojo fuerzas en la reserva que creía que se había agotado, y me dirijo hacia Sara.

–Hola, nena. ¿Con quién hablabas?

Dos besos.

–¡Ah, con mi madre! Que me acaba de decir que necesita que vaya urgentemente porque se me había olvidado que venía el fontanero para el cuarto de baño, a las cuatro y media. Si quieres comemos rápido y me voy a mi casa o si eso ya otro día quedamos... –que diga otro día, ¡por favor!, que diga otro día.

–Ah, no, no. Ya comemos aquí y nos vamos rapidito. No tardaremos, hay muy poca clientela a estas horas, nos servirán bien. Vamos.

Y así, malhumorada con una sonrisa impostada en mi rostro, entro a aquel bar –restaurante lujoso, en donde me van a sacar un pastizal, para una comida la cual no disfrutaré.

Deslizo el rímel por mis pestañas suavemente, sin prisa. Falta todavía media hora para mi quedada. Me hace mucha ilusión. Verla

a ella, mi mejor amiga desde que tenía cinco años, la que ha visto mi vida desde el palco más cercano, en todas las victorias estaba su "Enhorabuena", en todas las derrotas, su sonrisa, ella. Toda ella. Siempre ella. Con sus vestidos extravagantes, sus peinados raros, su risa contagiosa, sus cotilleos frescos, sus novios imaginarios... Hace tiempo que no la veo. Y tengo ganas, porque la extraño. Me falta algo. Y ese algo es ella, Pili.

Me paso el carmín por los labios, perfilándolos. Dándoles la forma que ya no tienen. Esos jugosos labios. Labios que le pertenecían. A él.

Cierro los ojos y le doy sombra a mis pálidos párpados. Siempre me ha encantado arreglarme, y pintarme, y salir. Los colores, la vida. Pero desde el día de su muerte el único color que veían mis ojos era el negro, ese negro que cada día te hace llorar, y sufrir. Y recordar. Y es cuando le dices adiós al negro, te das cuenta de que la vida es colorida hasta en los rincones si tú quieres que lo sea. Y que no siempre llueven las nubes. Y que no siempre las miradas matan. Y que no todo lo que empieza acaba. Y hacía tiempo que no retomaba mi vida, mi aspecto. Asumir mi situación, la mejor opción. En este momento, acabo de darme cuenta de que todo está donde tú lo dejas. Cojo mi maquillaje, y es ahora, cuando sé que es el momento de volver a sonreír.

Agarro mi bolso, me coloco los tacones, piso, fuerte. Me miro en el espejo de la entrada de reajo. Parezco tan joven... Una sonrisa se plasma en mi cara, enseñando toda mi dentadura blanca. Estoy preparada.

Me siento en el sofá, tranquila. Un poco impaciente. Deseando que pasen los minutos, esperando ese reencuentro tan profundo.

Estoy tumbada en mi cama desde hace no sé cuánto tiempo. Es raro, no está mi madre en casa, hacía años que no salía a comer por ahí con una "amiga". Si su "amiga" es un hombre, me enfadaré con ella, y tanto. No puedo creer que haya tenido una cita porque

en ese caso significará que ya se ha olvidado de él. De su marido. De mi padre. Y eso no podría aceptarlo, por lo menos ahora no. Yo entiendo que ella quiera tener una vida, una vida acompañada, alguien que la quiera de forma diferente a como yo la quiero. Alguien que la desee. Pero el simple hecho de pensar que ahora podría estar con otro hombre, me hiere la sangre, me entran ganas de llorar, me falta el aire. Pero...tampoco me quiero imaginar ver a mi padre con otra. Necesito hablar con él, no puedo más. Desde que ocurrió todo esto solo he hablado con él dos veces por teléfono y de no más de media hora cada llamada. Necesito no pensar. Entro en mi Facebook. Un mensaje privado. De Sonia, diciendo: "¡Azahara! Hoy casi no te he visto. ¿Qué tal el examen? Puf, a mi fatal. Intenté copiarme de Almudena Lorente pero es que esa niña es tonta y tapa el examen con el brazo y el pelo. Qué patética. Por cierto, ¿dónde te has metido en el recreo? A ver si mañana nos vemos y ya hablamos. ¡Un besazo! Ah, ¡estudia!"

No tengo ganas de contestar. Veo quién está conectado. Está él. ¿Le hablo? No, mejor no. Bueno, dicen que si no arriesgas, no ganas. Necesito arriesgar, me da igual perder lo poco que me queda ahora mismo. Quiero una bocanada de aire fresco, algo por lo que por la mañana cuando me despierte, me haga sonreír solo al pensarlo. Arriesgo.

-¡¡Hola!! ¿Qué tal?

Me late el corazón a máxima velocidad, imparable. Intento engañarme a mí misma entreteniéndome con las fotos de la gente, aunque no paro de mirar a cada instante la conversación que está abierta. No contesta. Quizá no le apetezca hablar conmigo, estoy segura. No sé por qué le he hablado, soy imbécil. Él pensará que soy una ridícula y una desesperada. No le pienso hablar nunca más, va a creer que no paro de ir detrás de él. Qué mal me siento por dentro...

Llaman a la puerta.

-Pasa -consigo decir desganada -. Hola, abuela.

-Hola, cariño. ¿Qué haces?

-Ah, pues nada. Aquí... aburrida.

-A mí me falta todavía un rato para irme, ¿quieres que te compre un helado ahí abajo en la pastelería? Están muy ricos...

Además yo conozco a la muchacha y es muy simpática. Encima tiene unos precios muy razonables y también...

-No te preocupes, abuela. No me apetece.

-Estás así por lo de tu padre, ¿verdad?

-También...

-Poco a poco se irá poniendo todo en su sitio -me mira fijamente, excavando en mis ojos, sin intimidarme, abrazándome con la mirada, apoyándose, queriéndome, siendo ella, mi abuela.

Le sonrío y ella marcha contenta hacia la puerta, poniendo la tele al volumen 50.

Qué fácil es decirlo, abuela. Si tú supieras el caos en el que está mi vida. Si supieras lo complicada que es, lo confundida que estoy, lo poco que entiendo al mundo y lo poco que el mundo me entiende a mí... No tienes idea, no sabes por lo que paso. Yo sé que estás ahí pero eso no soluciona nada. No me entiendo ni a mí misma. No me conozco, no me reconozco. No sé quién soy, ni a dónde voy. No sé qué gente es mi gente y cuál no. No sé clasificar las miradas, ni las sonrisas. No sé por dónde me van a dar los palos, no sé si los puedo esquivar. No sé si soy una niña o una mujer. No sé dónde quiero estar, cómo hay que comportarse. No sé cómo encastrar mi vida, ni lo que quiero estudiar. No sé si mis amigos están ahí, no quiero comprobar que no lo están. No comprendo a menudo lo que es "QUERER". No sé si la palabra "poder" también está en mi diccionario. No entiendo el motivo del divorcio y tampoco lo quiero averiguar. No sé por qué últimamente siempre está lloviendo, en mí. Solo sé que estoy perdida. Y parece que a nadie le importa, menos a ti. Gracias por lo que haces abuela. Pero me temo que por mucho que lo intentes, en estos momentos es difícil sacarme una sonrisa de esas que tú me sacas. Esas que salen del alma, esas que siempre te las dedico a ti.

Menuda comida. Salgo de ese restaurante lujoso en pleno centro de la ciudad rodeada de prepotentes y personas altivas que miran mi uniforme y echan una mirada de asco, sabiendo ahora a lo que me

dedico. Me despidió con dos besos que no suenan. Paso rápido, piernas duras, tacones endebles. Ha sido mejor de lo que yo imaginaba, pero aun así ha sido horrible. ¿Quién tiene que opinar sobre las relaciones ajenas? Cuando ya la pierdo de mi campo de visión, me paro, unos instantes, respiro antes de ahogarme de preguntas. No podía pensar en la comida con todas las preguntas que me hacía Sara. Necesito aclarar mis ideas. ¿Por qué esa llamada? ¿Por qué ahora? ¿Qué hay que aclarar además de una firma? Lo echo de menos... pero lo hecho, hecho está. Las personas maduras no se deben arrepentir de sus decisiones, o al menos eso dicen. Qué tarde de primavera. No consigo concentrarme en mis pensamientos con todos los sonidos de los pájaros parlotando, en su idioma. Ese idioma inventado que un día quién sabe qué pájaro invento. Camino despacio, no tengo prisa. Qué indiscreción ha tenido Sara, no me podía creer cada cosa que decía. Trata a los hombres como si fuesen animales de compañía, a todos. Ha llegado un momento en el que no he podido más y he reventado, le he dicho que me parecía una barbaridad que pensase eso. Se ha quedado cortada, quizá no se lo esperaba. No se lo esperaba de alguien como yo, tan sumisa. Estoy harta, yo tengo mi propia opinión sobre las cosas y no soporto que la gente me tome por tonta. Se cree que me hacen falta sus consejos de divorciada amargada para seguir adelante. No soporto que me digan lo que tengo que hacer con todas las primaveras que llevo ya acuestas. Quiero estrellarme por mí misma, no porque nadie me lo haya aconsejado. Antes de darme cuenta ya estoy en mi calle. Busco las llaves en mi bolso... aquí están. Suenan todas las llaves chocándose las unas con las otras, bailando, colgando, mientras abro la puerta haciéndolas girar. Subo las escaleras, intentando dejar la mente en blanco, y esto me es imposible. Las dudas parecen ladrillos que me hacen ir más despacio, bajar la velocidad, la potencia, me hunden, me hacen parar, me cansan, me cansan hasta más no poder. Consigo llegar. Me paro ante mi puerta. Las llaves, haciéndose sonar de nuevo, se revuelcan ante mis ojos y mis oídos, abriendo la puerta del descanso, y de las dudas. Ya no sé ni cuáles son mis dudas, no sé si esta soy yo, ni si la culpa de todo la tuve solamente yo, ni por qué me encuentro en esta situación... ahora lo que sé seguro, es que hace unos días no había dudas, y tras esa

llamada desconcertante con esa voz, tan envolvente, tan ronca, tan suya, todas mis pensamientos acaban en interrogación.

-¡Hola hija! Justamente me pillas para irme. Qué bien que te vea, luego me cuentas cómo te lo has pasado. ¿Y por qué has venido tan temprano? Bueno, que he quedado con Pili dentro de cinco minutos, así que luego hablamos. Por cierto, habla con Azahara. Le hace falta su madre al lado, lo noto en su mirada que le pasa algo. Adiós, Tere.

Le doy un beso en la mejilla y voy caminando hacia la puerta muy pizpireta.

-Sí, mamá. Luego te cuento. Ahora hablaré con ella. Pásatelo muy bien.

Bajo las escaleras, uno a uno, poco a poco. Hacía tiempo que no caminaba a un par de centímetros del suelo. Ya estoy en el portal. Me da tanto miedo volver a verla y que inconscientemente me eche a llorar... Cuánto la he echado de menos. Cuando yo vivía en Barcelona no la podía ver, porque yo nunca venía a Córdoba para visitar a mi hija, siempre era ella la que me visitaba a mí. Extraño mi entorno, mis amigas de allí, mi supermercado de la esquina, mi sillón relajante, mi puerta de madera que le cuesta mucho abrirse, la lámpara de mi mesita, el frutero de la esquina que me regala melones, mi vida allí, donde yo crecí, donde a lo mejor yo debería estar. Necesito volver a encontrarme con mi antigua rutina, mi antigua vida, mi antiguo yo, encontrarme con los momentos que me recuerdan a él, y llorar, hasta más no poder. Que me duela todo. Que me pese el alma. Que cada día quiera estar a su lado. Que cada instante recuerde sus labios, sus ojos, sus manos. Pero ahora que lo estoy pensando... No me hace falta irme a Barcelona para que ocurra todo esto. Es algo que llevo conmigo, es él, entero él, todo él, en su más absoluto esplendor, que sigue estando aquí dentro cada día, a todas horas, en cualquier lugar, hasta yendo para una cita en la que no tiene nada que ver con él, está en mi cabeza. Bueno sí, sí tienen que ver, son dos personas

que pertenecen al pasado, pero están en mi presente, de manera incontrolable.

–Esto está llegando demasiado lejos. ¿Acaso no te das cuenta de todo lo que pasa a tu alrededor? Tu suegro, mi padre, acaba de fallecer hace un par de semanas y me vienes diciendo que por qué no nos habrá dejado más herencia. No sé qué mierda te pasa últimamente que no me cuentas nada, que vienes a casa con unas copitas de más, sin avisar, con el móvil apagado. Y no entiendo por qué tuviste que meter a nadie en nuestra vida. ¿Qué te crees que no lo sé? Todo es tan difícil. No eres el hombre del que yo me enamoré, y hay ciertas cosas que no se pueden perdonar. No sabes lo que yo tengo que soportar cada día a tu lado. Eres un equivocado que te crees que lo sabes todo. Sí, tú. No me des órdenes, no me levantes la voz, no me pongas en evidencia ni una sola vez más delante de nadie, ni te rías de mí... Porque te juro que no aguanto más, y es ahora, cuando sé que ya no vale nada la pena, y menos tú.

Me ahogaba en mis propias lágrimas, la niña estaba "dormida" en su cuarto, al lado. Las palabras salían por mi boca como cuchillos hacia él. No soportaba su mirada de superioridad. La rabia que tenía hizo soltar todo tipo de reproches. Me dolía la cabeza de gritar, necesitaba contarle al mundo, o por lo menos a él, lo rápido que podía correr mi sangre, por este cuerpo tan minúsculo, tan débil, tan cansado. Creía que esa noche me iba a morir. No sé por qué, pero en ese momento me hubiese encantado haberle dado una bofetada que silenciara cualquier tipo de respuesta, cualquier defensa, cualquier ataque. Una bofetada que dejase la habitación a oscuras, el edificio temblando, la discusión finalizada, los aullidos callados. Pero justo en el momento en el que mi puño lleno de insultos y atrocidades se estaba extendiendo, y abriendo en el momento más repugnante de la discusión, se me vino una imagen a la cabeza. Ella, mi hija, Azahara, sabía perfectamente que estaba escuchando aquella conversación, y en el momento que oyera ese golpe no se sabe dónde, sentiría asco por mí, igual que yo la siento ahora por haberme planteado eso, en aquellos tiempos tan malos.

–¿Se puede entrar? –asoma la cabeza, me mira a los ojos de manera preocupada, levantando la ceja izquierda y empujando su frente arrugando hasta la más mínima superficie plana.

La miro, pidiéndole con una mirada fija, a sus ojos almendrados, que se acerque, que me bese, que me abrace, solo como ella sabe, que acuda a mi rescate. Se acerca, lenta, sonrío, un ambiente cálido; una casa a solas; un lunes, por la tarde; dos mujeres incomprendidas, comprendiéndose entre sí.

Nos quedamos así, calladas. Sentadas en mi cama, abrazadas. Sobran las palabras. Sabe desde el primer momento que ha aparecido por la puerta lo que me pasa. Coloco mi oído en su pecho. La oigo respirar, latir, fuerte, intensamente. Nos miramos a los ojos, ojos llorosos, ojos que vienen con lágrimas que ya conocemos.

–Le echo de menos, no sabes cuánto.

Me ha costado decir esa frase, me duele todavía la garganta. Ha salido raspando por mi tráquea, de la forma más dolorosa posible. Tardamos en encontrar el momento adecuado para responder. Mi madre ha decidido que ya es el momento.

–Sé lo que sientes, perfectamente. Y es normal. Él también te echa de menos, seguro. Ya mismo vendrá a verte, o podrás ir tú a verlo a él. Le haría mucha ilusión, ¿no crees?

La miro, me mira. Lo hace todo tan fácil, incluso en los momentos más imposibles. Me gusta cómo me abraza, es de una forma que nadie más sabe hacer. Y quiero pensar que todo esto tiene solución. Pero por más que la busco no la encuentro. Quiero enfrentarme a todo, con ella. Aunque me frene el miedo que me adelanta ante cualquier situación. A lo mejor la solución es no huir. A lo mejor el problema lo tenga yo, y la solución esté dentro de mí.

Salgo de su habitación, no podía decirle nada de la conversación que habíamos tenido este mediodía por teléfono su padre y yo. No quiero meterla en esta incómoda situación. Suena mi móvil, el corazón me sale por la boca. Un nuevo mensaje recibido. De Andrés: "*Teresa, ¿te parece bien quedar hoy a las seis y media en la*

cafetería de siempre? Dame un toque si aceptas esta petición.” Ya sé que un toque es que sí, y sé cuál es la cafetería de siempre. Sé perfectamente que habrás tardado media hora en escribir ese texto, porque no entiendes los móviles. Sé con qué tono en tu mente lo has escrito, me lo puedo imaginar. Sé que es la mejor opción, vernos, en persona, las caras, en esa cafetería que íbamos desde que éramos novios. Que nos conocen los dueños como dos enamorados, y ahora nos verán, así, firmando un papel tirante, rompiendo una vida, firmando la sentencia de camas separadas, de miradas perdidas, de no más besos entre esas dos personas, esas dos que se querían. Y se siguen queriendo, pero de otra forma, menos fuerte, más helada. Enamorados de los recuerdos, queriendo cambiar un presente para no tenerse en un futuro.

Le doy un toque, son las cinco y pico, no me apetece mirar el reloj de mi muñeca. Falta más de una hora para encontrarnos, mejor dicho para separarnos.

Dos besos cariñosos, un abrazo fuerte, acogedor. Va tan arreglada como yo. Está más pelirroja de lo que estaba. Se ha cortado el pelo, lo tiene muy corto, demasiado. Está delgada, como siempre lo ha estado. La miro. Cuánto te echaba de menos, Pili. Empezamos a hablar de todo un poco. De que se ha mudado a una casa maravillosa cerca de la suya de antes, ha sido abuela, su sobrina se casa el día 23, su nueva nieta se llama Irene. Se ha ido a Budapest, a París y a Italia. Nos reímos de los novios de su hija que todavía no se ha casado a sus cuarenta años, de los que le quedan hasta que se case, de cuántos años han pasado, de nuestras vidas, de su vida, todavía no hemos hablado de la mía, de sus anécdotas, de cómo no hemos cambiado después de setenta años. Setenta años, da vértigo. En un silencio entre risa y risa, me pregunta.

–Y tú, cómo estás desde... ya sabes.

¿Por qué me ha hecho esa pregunta? Mejor dicho, ¿Por qué dice “desde... ya sabes”? Ese “desde... ya sabes” es una muerte, es un alguien que no está, es mi otra vida, es una depresión, un me

despierto pensando en ese día y acabo por pensar que no es cierto, que sigue aquí, pero hay que asumir la realidad. Es una pregunta inoportuna, en un momento inoportuno. Aun así, respondo.

–Ahí vamos... tirando.

Sonríó como si me estuviesen obligando con una pistola a hacerlo, como si me hubiesen clavado dos chinchetas en las comisuras, como si... como si no quisiera sonreír, pero tenía que hacerlo. Eso es todo, y sonríó, y bajo la mirada, y cierro los ojos encerrando cualquier lágrima, los abro, y fluyen, lágrimas finas, débiles, cansadas de salir. Me limpio, se da cuenta de su error, me abraza. En mitad de la calle, en mitad de la gente. Las dos, que nos sentimos como si tuviésemos cinco años cuando salimos juntas, pero no. La vida ha pasado por las dos, nos ha cambiado, nos ha hecho ser frágiles y fuertes a la vez, nos ha hecho echarnos de menos. Me tranquilizo, miro el escaparate de en frente.

–Vamos a entrar, mañana es el cumpleaños de mi hija, y necesito un buen regalo urgentemente.

Ya han pasado cuarenta y siete minutos desde que he recibido el mensaje. Estoy nerviosa, me duele la barriga. Me he puesto unos vaqueros y una camisa blanca. Recuerdo la última vez que me la puse. Era también con él, para él. El día que fuimos a comer con sus hermanos. Cómo ha cambiado todo en unos meses, en unas semanas. Todavía duele, con el tiempo duele más todavía. Sigue dentro de mí, pero la rabia no se ha marchado. No sé qué actitud debería tener ahora con él. Intentaré no mirarle a los ojos, no podré soportarlo. Su mirada. Me pongo unas cuñas bajas, prácticamente planas. Me coloco mis gafas de sol, por si acaso, o para que no se note que bajo la mirada. Le doy un poco de hidratante a mis labios. Me coloco el reloj, faltan ocho minutos. Ocho minutos para irremediablemente buscar explicaciones, firmar promesas que en estos momentos no sé si quiero cumplir, supongo que sí, no quiero pensar. Me miro al espejo, qué mal me veo. Me recojo el pelo con una pinza blanca, me coloco correctamente el flequillo. Es hora de irse,

aunque tampoco quiero llegar antes que él. Ni después. Quiero que todo esto pase rápido, o que no termine, no sé lo que quiero.

–Azahara, necesito ir un segundo a hacer unos recados, ahora vuelvo, no creo que tarde mucho, si tardo te echo el teléfono.

–Vale... ¿Qué recados?

–Nada, para llenar un poco la nevera y eso. Hasta ahora.

–Adiós –dice desconcertada, con la mosca detrás de la oreja, imaginándose alguna situación extraña que prefiere no imaginar. Mejor no pensar.

Bajo, lentamente, quedan tres minutos escasos. No sé qué voy a decir, no sé cómo lo voy a encontrar. Quiero respuestas pero no sé si estoy preparada para toda la verdad, mi corazón necesita censurar algunos momentos, que duelen, demasiado. Abro la puerta del portal, que esta vez parece pesar más de lo normal. Me dirijo, con la mirada fija en la puerta de la cafetería, en busca de su pelo, de sus ojos, que recuerdo perfectamente, como si los estuviera viendo, y es que los estoy viendo. Abro la puerta, tengo la sensación de que todo el mundo se ha girado hacia mí, me siento tremendamente observada. Está sentado en la mesa del rincón de la esquina derecha, la de siempre, la nuestra. Voy hacia allí, mostrando seguridad, más insegura que nunca. Se levanta ante mí, me quito las gafas inconscientemente, nos quedamos mirando fijamente unos segundos, y en esos segundos, tan eternos y tan efímeros, me acuerdo de lo que era sentir.

Necesito un regalo para mamá. Tengo la casa para mí sola, la tarde es mía. Puedo hacer lo que me plazca. Tengo que pensar algo que la sorprenda, algo que sea diferente a los demás cumpleaños, aunque ya será muy diferente si no está él. Podría hacerle una fiesta aunque a mamá no le gustan ese tipo de cosas. Le debo comprar una tarta, o mejor se la puedo hacer. Enciendo el ordenador, pongo el buscador y escribo: "Receta tarta fresa". Fresa, su fruta favorita. La conozco casi tan bien como ella a mí, y es que ella a mí me ha creado, sabe todo tipo de pensamientos que me puedan pasar por

la mente, cualquier problema, lo detecta. Ahora está en una mala racha. Necesita un cumpleaños que le abra los ojos y vea la vida que le queda, conmigo. Que todo continúa aunque pese. Aunque él no esté. Nunca antes había pensado todo esto, pero creo que ha llegado el momento de afrontar esta situación en vez de huir. Imprimir "Receta: Tarta delicia de fresas". La leo, releo, sonrío. Me queda una larga tarde entre harina, la cocina me espera, imaginando su sonrisa en mi mente, me anima.

Viene la camarera, la de siempre, nuestra amiga. Se acerca, con una sonrisa inmensa, enseñando todos sus blanquísimos dientes, como su pelo. Está más mayor, mucho más.

-¡Teresa, Andrés! Cuánto tiempo sin veros por aquí. Y mira que vivís cerca. Cuánto os echamos de menos. Ya nunca pongo los bocadillos de queso de cabra fundido con salsa barbacoa, sólo lo pedíais vosotros -nos mira con una sonrisa melancólica, recordándonos desde la última vez que veníamos aquí -. No entra en este bar una pareja más bonita que vosotros. Cuántos años hará que vinisteis aquí de novios por primera vez.

Bajo la mirada... No hay por qué decirle nada. No sabe por qué pero se ha dado cuenta de que no es el mejor momento.

-Bueno, no os molesto más. ¿Qué queréis?

-Dos cafés, uno con dos de azúcar y otro con leche.

¿Cómo puede ser que lo supiera? ¿Cómo puede ser que sin preguntarme ya supiera lo que quería tomar? A lo mejor soy muy predecible, a lo mejor son muchos años. Con su voz ronca, esa que envuelve a cualquiera, la que grita tanto, la que silencia el bar. Nos quedamos un rato así, mirando por el cristal a ver que les ocurre a los demás, sin querer pensar en lo que nos está pasando a nosotros. Huyendo del presente. De repente, sin yo esperarlo:

-Quería aclarar el tema de Azahara contigo, antes de hablarlo con ella. Necesito verla. La echo mucho de menos, podría venir cada dos fines de semana a casa. Tengo sitio de sobra, es una casa que da el avío, por lo menos por ahora.

¿Por lo menos por ahora? ¿A qué se refiere? Quizá quiere decir que cuando encuentre otra se mudará y como ahora no está con nadie pues puede vivir ahí, ¿o no?

–Claro... Ella también te echa de menos, muchísimo. Hoy ha estado hablando de ti, un buen rato. No le he dicho nada de que me iba a ver contigo. Quizá querría venir o se pensaría cosas que no son...

–Es lo mejor, no decírselo. Cuando la veas dile que quiero hablar con ella y que llame a mi teléfono, dile que te he llamado a ti creyendo que estabas con ella.

–Me preguntará que por qué no la has llamado a su móvil.

–Dile que se me han borrado los contactos, da igual, dile lo que tú veas, tú sabes mejor que yo llevar estos temas.

Un silencio, miramos el cristal de nuevo. Una pareja con un carrito paseando por la calle, se paran en un semáforo, les da igual pararse, les da igual llegar antes o después, están disfrutando del paseo. Se besan, miran a su bebé, sonrían, juntos. Aparto la mirada, duele, duele sentirse identificada y que ahora me encuentre así, en esta situación, sentada en un bar, donde todo el mundo habla, discute, ríe, y yo no oiga más que su voz, y mis pensamientos. En una silla fría, de una mesa llena de recuerdos congelados.

–¿Cómo hemos llegado hasta aquí...?

No puedo creer lo que oigo. Cuánto me duelen esas palabras, cómo me duele que piense lo mismo que yo, quiero parar el tiempo y quedarnos aquí. Parece que hayamos ido veinte años atrás en esta misma silla de este mismo bar. Me cuesta hablar, me cuesta pensar lo que decir, es que no sé qué siento. No puedo borrar todo lo ocurrido, todo el daño hecho, todo lo que nos ha hecho llegar hasta este mismo instante. Pero aun así...

–Creo que yo tampoco tengo respuesta, o quizá la tengamos los dos y no queramos recordarla.

Estoy segura de que le gustará el regalo. Iré a comprar velas al supermercado. Cuarenta y dos velas. Voy paseando con Pili por

la calle, hablamos, charlamos de lo que da el tiempo. Ya es tarde, estamos pasando por su casa.

-Cariño, ¿quieres subir y saludas a Antonio? Así te tomas una cervecita fresquita y ves los cambios que le he hecho a mi casa.

-No te molestes...

-Venga, anda, que no quiero que termine ya la tarde... Sube un ratito, que todavía es temprano.

-De acuerdo, Pili. Pero una cervecita sin alcohol y me bajo, que no quiero irme de noche.

Entramos al portal, lleno de cristales, de espejos, me veo reflejada en todos lados. Nos subimos en el ascensor, que tiene tres grandes paredes cubiertas de espejos de cuerpo entero. Me retoco el peinado, me repaso con la barra de labios. Llegamos en menos de un minuto a su piso. Llama al timbre, desliza la llave en la cerradura. No me acordaba de su casa, ahora todo me parece conocido. Y es que lo conozco. El mismo salón en el mismo lugar, con los mismos muñecos extraños que según ella decoran. Allí está, el mejor amigo de mi marido... Está asombrado de verme allí, en su sala de estar. Está mayor, pero al menos él está. La última vez que lo vi era el día del funeral. Todos de negro, una manta de llanto oscuro. Una pena infinita. Una pérdida eterna. Se levanta, aunque le cueste moverse. Anda encorvado, se tiene que agarrar a los muebles para andar. Me da dos besos, un abrazo, cariñoso. Me emociono, de los recuerdos, del presente, de que quién nos iba a decir hace treinta años que estaríamos así. En verdad sabíamos nuestro futuro, pero siempre es mejor huir de la vejez, hasta que llega, te atrapa, y no puedes correr. Nos sentamos los tres en diferentes sofás, unos enfrente de otros, riendo, sonriendo, recordándole sin decir su nombre en voz alta, contando chistes que todos nos sabemos, mirando fotos de cuando éramos cuatro, de cuando éramos jóvenes.

Está preciosa, más que nunca, como siempre. Está preciosa en su tristeza, en su amargura, en su eterna duda. Él es su duda. O al menos eso cree. Tiene los ojos rojos, de contenerse llanto y

rabia. Se siente tan imbécil... Ha perdido a la mujer de su vida, la que le hacía sentirse lleno, la que sabía cómo hacerle reír y cómo sacarle de sus casillas. La necesita aquí, la necesita ahora. No quiere que esta tarde acabe, no quiere firmar nada. No quiere echarlo todo a perder por unas cuantas discusiones y ese pequeño desliz. Echa de menos su casa, su familia, su cocina, su cama, echa de menos hasta a su suegra. Quiere que todo esto sea una pesadilla, no quiere separar dos vidas que están hechas para estar juntas, la una con la otra, dos corazones unidos. No sabe qué piensa ella, pero es que él en sus ojos se pierde.

No sé qué hacer, ni qué pensar, ni qué piensa él. Las personas adultas, si toman decisiones, deben mantenerlas. Otra vez volver... con el día a día... con las discusiones, no puedo. ¿Y Azahara? Nosotros no tenemos derecho a hacerle este lío en la cabeza a la niña, que un padre venga, y se vaya... Ella, al igual que yo, necesitamos equilibrio. Y una vida sin problemas, y si quise divorciarme, por un momento no puedo volver a cambiar las cosas para después arrepentirme. Lo he estado pensando mucho tiempo, así que va siendo hora de sacar el bolígrafo, el del dolor.

–Deberíamos tramitar todo el papeleo... –consigo decir mirando al techo.

Al oír estas palabras, su corazón estalla y el oxígeno escasea en el ambiente. Quiere llorar, quiere suplicarle, quiere besarla, con todo el amor que exista. Quiere quedarse hablando con ella horas, quiere que sea suya, y solo suya. Pero con esas palabras, la acaba de perder, para siempre.

–Claro, firmemos.

Jura que quiere morir mientras lo dice.

Lo tiene claro, sólo hay que mirarle los ojos. Con esto se me esfuma cualquier tipo de duda, es la mejor opción. No estamos hechos el uno para el otro. Ya está, asúmelo, digiérelo, trágalo, como puedas, Teresa. Saca un papel, lento, con la mirada fija en el suelo, cerrando los ojos. Me lo pasa, suave, mirando para cualquier lado que no sea yo. Le duele, me duele. Ahí hay que firmar. Abro mi bolígrafo, lentamente. Leyendo todo lo que viene encima, sin ganas. Sin ganas de que sea un punto y final, o sí. Me quedo un rato así, con el bolígrafo preparado, haciendo como que leo, pero pensando en el momento de la boda, en el nacimiento de Azahara, en hace diez años en esta cafetería, en nosotros. Y cierro los ojos. Y sin mirar, hago un garabato, firmo, la peor firma que habré hecho nunca. La más costosa, me duele el alma. Le paso el papel, y las lágrimas empiezan a manchar el café.

La está mirando, no para de mirarla, ha firmado, lo ha confirmado, en papel, ya no le quiere, no es su mujer. Está llorando, ¿por qué llora? Esto es lo que ella ha querido, ella ha decidido acabar con su vida compartida. Entonces, ¿por qué está triste? Es él el que siente que se ahoga al pensar en un día sin verla, un día sin su mirada, sin su pelo, la quiere. Mira el papel, no lee nada, no le hace falta, no quiere saber las consecuencias de esa firma. Mueve su muñeca, a cámara lenta. Firma mientras la mira, ella se da cuenta, le mira. Se quedan así mirando, los dos, llorando, se ha salido del recuadro para firmar. Se levantan, dejan un billete de cinco euros en la mesa, salen, lentos, mirándose, sintiendo, por lo menos él. La camarera les mira pero sabe que es mejor no despedirse. Abre la puerta, la deja pasar primera, se limpia los ojos. Se coloca sus gafas de sol. Van al portal, en la puerta se paran, petrificados, un silencio absoluto, no es incómodo, simplemente no encuentran qué decir. La mira, le mira.

-Es lo mejor que podíamos hacer... -dice, buscando un pañuelo desesperadamente en su bolso.

Le da un pañuelo. Se saca otro para él. La tarde está nublada, va a llover, como ellos.

-Supongo.

Se acerca, le quita las gafas, tienen los dos los ojos inyectados de amargura, de añoranza. La abraza, aunque no sabe si debería. Dulce, pero con todas sus fuerzas. Apoyándose el uno en el otro, nota como llora de forma repetitiva en su hombro. Se dan un beso en la mejilla, ella se da media vuelta hacia el portal, la va soltando poco a poco de su mano pero cuando ve que se va a ir definitivamente... la agarra de la mano, la trae hacia él, de manera rápida.

-Te tengo que dar algo -mete la mano en el bolsillo de su chaqueta -. Aquí tienes. No se me olvida que mañana es tu cumpleaños. Felicidades, adelantadas.

Le sonrío tristemente. Se marcha, la ve marchar. Se ha ido, adiós.

Me despido de Pili y de Antonio. Un fuerte beso en la mejilla a mi mejor amiga, un abrazo y dos besos para su mejor amigo, el de mi marido. Me alegro tanto de haberlos visto... Ellos forman parte de mi vida, ellos son lo que me va quedando de él. Ha sido una tarde agradable, qué digo, ha sido maravillosa, fantástica, emocionante. Ha sido volver treinta años atrás, cuando todos los domingos salíamos al cine, y los sábados a bailar. Cuando me quedaba las horas enganchada al teléfono hablando con Pili, contándole mis primeras citas con él, o llorándole al teléfono por cualquier discusión. Y ella ahí, al otro lado, silenciosa, escuchando, haciendo bromas tontas para sacarme esa sonrisa tan estúpida, tan verdadera. Quiero seguir siendo esa persona, no sé si me reconozco, desde que no está él. Parece que estoy en época de cambios, pero en vez de la adolescencia... a mis años, que no son pocos.

Me he marchado, así, con su regalo, con una nota encima. No lo abriré hasta mañana, es lo suyo. Todavía sigo moqueando. No sé si he hecho bien, pero lo he hecho. He acabado, he roto, he destrozado cualquier amor que quedase. Lo he fumigado como a las ratas, y no estaba segura de si quería hacerlo. Estoy subiendo por las escaleras, más empinadas que nunca, más eternas. Quiero llegar, quiero acostarme, quiero pensar si lo que he hecho está bien o mal. Sea lo que sea no se puede dar marcha atrás. Subo, derecho, izquierdo, derecho, izquierdo. No. No puedo llegar así a casa, con estas pintas, con este rímel corrido, con este agobio que me ahoga, con ese pensamiento inquieto de sus manos en mis manos, de su ropa entre mi ropa.

Ya he acabado y recogido todo. Estoy cansada, la cocina cansa. ¿Dónde meto la tarta? Aquí mismo. Segundo cajón. Cierro congelador. ¿Y ahí toda la noche? No sé, luego le preguntaré a la abuela. Ahora tengo que escribirle algo, algo que la emocione, o mejor dicho que me emocione a mí mientras lo escribo. Necesito escribir verdades, lo que siento. Necesito que sepa. Voy hacia mi cuarto, busco cansada un bolígrafo que pinte, aquí hay uno. Y un papel limpio, nuevo, un papel para llenarlo de sueños, de felicitaciones, de "te quiero".

Qué día más largo. Entro al portal, pensando, recordando, como siempre. Tengo sueño, y quiero coger mi cómoda cama para dormir unas cuantas horas seguidas. Voy subiendo escalones, uno, otro, uno, otro...

-¡Teresa! ¡Qué haces aquí sentada! Hija, qué te ocurre, cuéntame.

Ahí está, sentada, mirando al suelo, con un pañuelo, en un agobiante silencio.

-No pasa nada, mamá... Sube que Azahara está sola... Ahora te cuento todo. Es algo complicado, mamá. Acabo de firmar mi divorcio.

No me lo puedo creer, se ha visto con Andrés. Se levanta, la abrazo, la beso. Ella llora. Poco a poco sin que se dé cuenta, vamos subiendo escalones, sin prisa, juntas, agarradas, siendo una. Llegamos al rellano de la casa. Me retiro, le limpio los ojos, saco las llaves, abro.

-No te preocupes, Azahara está en su cuarto.

Pasa, rápido, a su habitación. Antes de cerrar la puerta, asoma la cabeza, y con una voz débil dice:

-Gracias, mamá.

Tomo algo de cena, no hay nadie en el salón. Azahara está en su cuarto y Teresa en el suyo. Qué extraño. Entro al cuarto de Azahara, lentamente, sin hacer ruido. Está dormida, se ha quedado dormida mientras escribía algo. Le doy un beso, está vagando entre sueño y sueño. Se le ve tan guapa, tan joven. Hago aflojar el paso para salir de la habitación sin que se despierte. Cierro sigilosa su puerta.

Entro al cuarto de Teresa, ella por el contrario está despierta, está llorando entre sábanas limpias, entre miles de recuerdos. Me acerco, incluso más lentamente que con Azahara. Es delicada, se puede romper fácilmente. Mi hija. La abrazo en la cama, me abraza con fuerza. Estamos así un buen rato, mirando el pasado, odiando el presente, el futuro, lo dejamos a un lado. Me mira, y empieza a hablar, entre mocos y tos, y gargantas gastadas, con voces aplastadas, con pañuelos mojados. Nos tumbamos en la cama, no para de hablar, no paro de escuchar. Y así, antes de yo poder darle cualquier tipo de opinión, de consejo... nos quedamos dormidas en este colchón, que aguanta tempestades, que nos hace descansar de los lunes que nos matan, que nos lleva hasta el próximo día de mañana, el cumpleaños de mi hija.

Me despierto con los ojos pegados, maldita la hora en que me compré este despertador. Necesito una ducha fría, pero ¿qué hora es? No me da tiempo, voy a desayunar rápido y me visto. Hoy qué es... martes, sí, eso.

-iiiFelicidades!!! -. Gritan las dos a la vez.

¡Cómo puede ser! Se me había olvidado. Se me abren los ojos de par en par, me contagian su sonrisa. Reparto besos y abrazos. Qué ilusión, me han preparado mi desayuno favorito. Café con dos de azúcar; una rebanada de pan en su punto justo de ternura, untada en aceite, tomate picado y jamón con una chispita de sal por encima; junto con una copa de zumo de naranja recién exprimido; una taza de leche con tres churros aún calientes de los cuáles no para de salir un humo irresistiblemente dulce; al lado de un vaso de agua helada; una servilleta, y una rosa. Encima de la rosa una nota: "FELICIDADES, un cumpleaños de una persona como tú debe empezar con energía." Un rayo de sol, único, el más especial y luminoso del mundo, entra por un hueco entre la ventana y la cortina, apuntando hacia mí, dejándome ciega, cegándome en alegría, alegrándome en este día. Me tomo el desayuno relajada, sin prisa, sin pausa, o llegaré tarde. Ellas me acompañan pero con un desayuno más sencillo. Estamos charlando, de todo un poco, de lo que da el tiempo. Mi madre me mira, me observa con complicidad, recordando todo lo que pasó ayer, todo lo que solté por estos ojos, y por esta boca. Me sonrío, como solo ella sabe, y sonrío, sin yo poder controlarlo. Es increíble.

Me visto y me doy una ducha. Templada. En el último segundo la pongo helada. Es la mejor sensación del mundo. Se me enfrían los pensamientos. Me seco, me visto y demás. Tengo ganas de salir a la calle, de comerme el mundo, de olvidar el pasado, de enfrentarme al futuro.

Está esplendida, mi madre. Le brillan los ojos como nunca, como nunca desde hace unas semanas, unos meses. Antes le brillaban por las lágrimas contenidas, ahora de ilusión. Tengo que hacer

que sea el mejor cumpleaños de su vida. Por fin, el semáforo se pone en verde. Miro mi reloj, las ocho y treinta y dos. Voy a llegar tarde, otra vez. Menos mal que hoy no tengo exámenes. Giro la esquina y oigo el timbre del instituto que acaba de sonar. No puedo llegar tarde, acelero el paso, corro. Ya he entrado al instituto, ¿a qué estamos? ¿Qué clase tengo? ¿En qué aula me toca? No tengo el horario aquí. ¿Y ahora qué hago? Buscaré a alguien de mi clase... Voy empujando a niños pequeños que se creen grandes a codazos, oigo algún que otro insulto de una voz aún no desarrollada. Paso. ¡Ahí está! Pero a él no le voy a preguntar, además ayer no me habló por el Messenger. Eso significa que no le importo y que no le apetece estar conmigo. Bueno, da igual, dejemos la dignidad a un lado y lancémonos.

–Perdona... Martín... Me podrías decir en qué clase nos toca... es que con tantas aulas y lo despistada que soy... – Se huele mi inseguridad a kilómetros, me tiembla la voz al igual que las piernas. Qué situación, debería haberle seguido y punto. De repente, al percatar que soy yo la chica que le está hablando, se le abren los ojos como platos, baja la mirada, no encuentra las palabras adecuadas o simplemente no quiere hablar conmigo. Joder, por qué no me hablas. Me mira, fijamente. Me he perdido. Me acabo de perder en ese color tan inclasificable, verdes, amarillos, incluso azules a ratos. Menudos ojos, me miran, no me intimidan, los míos a él tampoco.

–Yo estoy igual de perdido... Estaba pensando que como no encuentro la clase, podría salir un rato, pensármela, recordarla y ya volver cuando me acuerde. Pero hacer la rata yo solo es bastante aburrido... Ya sabes... ¿Te apetecería, no sé... acompañarme?

Se me acelera el pulso, el corazón, los pensamientos y todo lo que se pueda acelerar. Me asombro, me quedo perpleja, icómo puede ser! Está mirándome, con una media sonrisa que alegra su rostro. No lo dudo un segundo, lo miro, más segura que nunca.

–La calle nos está esperando.

Nos reímos, me guiña un ojo. Salimos corriendo, riéndonos. Los niños nos miran, algunos aún enfadados conmigo. Todos con envidia. Me siento mejor que nunca, en estos momentos, mejor

que nadie. Y así, esquivando a novatos, empieza el mejor martes que podía imaginar.

–¡Felicidades cariño! Qué bien lo pasamos ayer. Tenemos que repetirlo. Y qué buena estaba la comida. ¿Verdad?

–Muchas gracias, Sara. La verdad es que estuvimos demasiado poco rato pero bueno, ya otro día...

–¿Y qué tal con el fontanero que tenía que ir a tu casa?

–¿Qué fontanero? Ah, sí... bien, bien. Arregló el baño de una vez por todas.

Me sonrío, se lo ha creído, perfecto. Me siento en mi sitio de trabajo, enciendo mi ordenador y abro mi "ventanilla". A las ocho de la mañana de un día entre semana no hay más que gente aturrullada por las prisas llegando tarde al trabajo, que se les va el avión, que les despiden por llegar tarde, que les pita el equipaje, que les toca al lado de un viejo que ronca, de un bebé que llora, de una persona que no para de hablar... de cualquier otro loco, como ellos. Están todos locos, estamos todos locos. Es el primer cumpleaños en el que no está mi padre... Y de repente, lo recuerdo, su cara, su rostro, sus caricias, sus manos, su grandeza, por dentro y por fuera. Se me viene a la mente, ese día, ese día en el que no dio tiempo a decir adiós.

Me levanté tan temprano como cada día, un vaso de café caliente, del bueno. Domingo, ocho y media de la mañana. Una buena mañana hasta aquel momento. Abrí la terraza, me senté. Y me puse a pensar, como cada domingo desde hacía ya muchos domingos. Y reflexiono, y escucho música, de la buena, de la nuestra. Se despierta Andrés. Un beso en los labios, qué buenos labios. Nos sentamos en la cocina, en un silencio al que ya estábamos acostumbrados. Nos esquivábamos a ratos las miradas. La noche anterior habíamos tenido una pelea, otra más, otra de tantas. Se levanta Azahara, ella llena el vacío de la casa, el vacío de palabras. Enciendo el móvil, nueve llamadas perdidas. Todas de: "Mamá". Se me acelera el corazón de una forma imparable, no encuentro la tecla rellamada, me pierdo en las teclas, me siento, el pulso ha co-

*brado vida propia y va a otro ritmo. Respiro hondo, no le digo nada a nadie. Me levanto, me vuelvo a sentar, un toque, dos toques. Píiiii, píiiii. Interminable, mortífero. Debería llamar a una ambulancia para mí. Tercer toque, me estoy imaginando lo peor. No quiero pensar. No pienses, Teresa, no pienses. Cuarto toque, contestan. Una voz rota, destrozada, quemada, torturada, vagabunda, desgana-
nada, ronca, sin voz.*

-Hija... -está llorando, no puede hablar. Mi corazón en un último sprint...

-iiiQUÉ OCURRE MAMÁ!!!

-Cariño, es tu padre... -me muero, siento que muero - tu padre... ha muerto -.

Me desvanezco.

Estamos caminando, hacia algún lugar. No sé a dónde vamos, a dónde me lleva. Charlamos, me ofrece un chicle, lo cojo, mastico. Dice cualquier tontería y me hace reír. Estamos andando sin rumbo, no nos importa a dónde ir, por lo menos a mí no. Un silencio, me atrevo.

- Oye, ¿ayer por qué no me contestaste por el Messenger?
- no sé por qué lo he hecho, pero lo he dicho. Además quiero saber la respuesta.

-Ah, perdona, me lo dejé encendido y cuando volví ya no estabas.

Intento esconder mi sonrisa por aquella respuesta, aunque también podría ser perfectamente una excusa... Prefiero pensar que es cierto.

Reímos, y saltamos por las franjas blancas de los pasos de cebra, y esquivamos los coches, y compramos un helado, y ahora me sonrío, y ahora le sonrío, y me sigue mirando sin decir nada, y baja la mirada, y charlamos de lo que da el tiempo y lloro al pensar en mi padre, y me escucha y al mirarle se me olvida, y no sé qué me está pasando. Se me han ido los nervios. Estamos sentados en un banco a la sombra, cada uno en una esquina diferente. Empeza-

mos a reírnos de todos los idiotas de la clase. Me siento bien, como hace tiempo que no me sentía. Me hace falta esto. Me hace falta respirar, necesito respirar para vivir. He hecho bien en arriesgar. A veces el miedo a perder me retiene, no quiero que eso me pare los pies, no quiero frenar, ahora no.

–Estoy bien aquí – lo dice, sonrío, pero no me mira a los ojos ni un solo segundo.

“Estoy bien aquí”, qué bonita frase, qué maravillosa, qué relajante, qué anestésico. Anestésico de todos los problemas, de todo el mundo que está fuera, de toda la mochila de libros a cuestas, de todos los llantos y todos los “adiós”. Cómo le gusta a mis oídos escuchar estas tres palabras. Mucho que les gusta.

–Yo también.

Son cosas que no se olvidan, hay momentos que se graban y no se borran, momentos que te marcan, momentos que te cambian, que te hacen llorar, días que te matan, días que pierdes, y otros que ganas. Últimamente más que pierdo. Pierdo a gente. Me pierdo yo. Me siento sola. Es lo que yo he elegido. Es lo que nos dan las circunstancias, es lo que nos hace fuertes. Cuarenta y dos años. Cuarenta y dos. Y los que quedan. Lo que me queda por vivir, gente que conocer, que madurar, aún más, mucho más. Me estoy mirando en el espejo del baño para mujeres de un aeropuerto. Me estoy pintando los labios, estoy sola. El baño entero es mío, menos algunas piernas escondidas que habrá en alguna que otra cabina. Voy a guardar el pintalabios en el bolsillo pequeño del bolso, y es ahí, cuando lo veo. Veo un pico, un pico que me estremece el estómago, que me hace cerrar los ojos, y poco a poco, descubrir qué es, ese envoltorio rojo que sobresale. Ese regalo, que no quiero abrir, y que me muero de ganas. Ayer lo guardé en el bolso cuando me lo dio Andrés. Sé que me va a doler. El saber que es de él, que lo ha envuelto con sus manos, que ha cortado el celofán con su boca, con sus dientes, como siempre hace, y mira que le digo que no lo haga. No quiero, no me apetece hacerme daño ahora, más tarde, un poquito más tarde.

Cuando nadie me oiga llorar hasta quedarme ronca. Que pueda llorar a gusto, no en la cabina de un baño donde trabajo. Lo vuelvo a meter en el bolso, escondido entre miles de pañuelos, debajo del libro electrónico, entre la multitud de recuerdos, junto al demás pasado, junto al demás presente, torturador presente. Me vuelvo a mirar al espejo, fijamente. Hay que seguir, aprender a seguir y a dejar atrás. Vuelvo a mi asiento, ha acabado mi descanso. Miles de pasajeros, con miles de sueños, una cola enorme. Empiezo a pasar maletas, con la mejor de mis sonrisas, con la fuerza más consoladora, con ganas, que por mucho que pese la maleta, se puede levantar.

Las tres de la tarde ya. Se nos ha hecho tarde, qué pronto parecía que era en ese banco...

-Me tengo que ir ya...

Sonríe.

-¿Dónde vives?

-Ahí cerca, bastante cerca.

-Te acompaño.

-¿Tú dónde vives?

-Lejos, bastante lejos.

Nos sonreímos.

-Siempre me has llamado la atención.

-¿Por qué?

-Por todo.

-Todo no es una respuesta.

-¿Ah no?

-No.

Semáforo en verde. Faltan tres segundos para ponerse en rojo. Salimos corriendo, otra vez. Y me encanta ese "otra vez", y los "otra vez" que nos quedan. No sé por qué no estoy pensando lo que decir, a veces es mejor no pensar. Dejarse llevar, decir lo que salga, dejar que las piernas corran, correr hasta que te paren, hasta que el tiempo lo decida, en el momento oportuno, dejar que las decisiones vengan solas.

-Ya hemos llegado, éste es mi portal. Gracias.

-Gracias, ¿por qué?

-Por no saber dónde estaba la clase y todo lo demás.

Nos quedamos un rato riéndonos, de nosotros, de la situación, de las coincidencias de la vida, del destino, de todo, me da igual como quieras llamarlo. Y en una última mirada, sin decir nada, diciéndolo todo, subo las escaleras más rápido que nunca.

-Todavía no se ha despertado de la siesta, Azahara. Vamos a despertarla. Pon la música. Lo más alto que puedas.

-Ya está puesta, abuela. Si no se despierta con el máximo volumen no se despertará nunca.

-Vamos, prepáralo todo. La tarta, ya me ocupo yo de partirla. Saca la cámara de fotos, hay que recordar este día. Cuarenta y dos años no se cumplen todos los días.

-Ahí viene.

Ahí está. Qué guapa. Arrastrando los pies. Con cuarenta y dos años, ni más ni menos que cuarenta y dos.

-Tarta hecha por tu niña, Teresa.

-¿De verdad la has hecho tú, cariño? De fresas, como a mí me gusta.

Se la lleva a la boca.

-La mejor tarta del mundo, mi vida.

Y se quedan abrazadas, así, madre e hija, dejando que la tarta se derrita, que el tiempo pase, que los años cumplan, que el martes vuele, atrapando los sueños, atrapando la vida. Yo desde fuera me emociono, de todo, de la vista atrás, de los abrazos que me emocionan, de mi hija, de mi nieta, de que están ahí, abrazándose, queriéndose, muy fuerte, muy alto. Se separan, será la música, o quizá el chocolate. Se separan y me hacen hueco en ese abrazo, en ese momento, único, esa reliquia, ese tesoro. Un simple martes a las siete y veintidós de la tarde, también puede hacer historia, en mí.

Y hacemos fotos, miles de fotos. Llamamos al restaurante chino, le enseñamos a la abuela a usar los palillos. Nos sentamos en el suelo, menos la abuela, que en su sillón dice estar más cómoda. Alquilamos una película en el videoclub de la esquina. Estamos comiendo, estamos disfrutando del momento. La abuela se desespera y va a por un buen tenedor. Nos reímos, la abuela se queda dormida viendo la película. ¿Y ahora qué hacemos? ¿La despierto? Tenemos que darle los regalos y ella tiene que darle el suyo. Acaba la película.

-Mamá, tenemos que darte un par de cosas... ¿despierto a la abuela?

-No, Azahara, ya me lo dará mañana, déjala que descanse.

-Pues entonces, te doy el mío.

Se lo llevo, sin prisa, sin hacer ruido, sin preocuparme por nada más. Le doy mi carta, y unas cuántas fotos que he imprimido hoy. Me mira.

"¡Felicidades mamá! Quiero que sepas que eres una persona muy especial para mí y no sé qué haría sin tu apoyo..." Se para, me mira, continúa.

Me estoy conteniendo las lágrimas, y esto es algo que no me deja leer. "...Aunque él no esté con nosotras seguirá estando ahí, y tú debes sentirte la mejor madre del mundo, porque lo eres..." Sus palabras que me llegan, que me producen mocos, y ganas de llorar, y ganas de abrazarla, de besarla hasta no quedar un huequito de su cara sin ser besuqueada. "... eres el mayor apoyo que tengo, y si te caes tú, caigo yo. No te caigas, por favor..." No caeré, no se merece que caiga, se merece estar de pie, y seguir, con fuerzas, con todas las del mundo. Necesito el equilibrio que ahora me falta. "...Nunca habrá nadie como tú en el mundo. No para mí, porque tú eres única..." "...quiero aprender de ti..." "...gracias..." "...te quiero..." "Feliz cumpleaños, mamá. Y que cumplas muchos más." Contenerse no

sirve para nada. Empiezo a llorar, de emoción, de tenerla a ella. Lo más grande, lo mejor que me ha pasado en la vida. La estrujo, la abrazo, con todas mis fuerzas.

-No podías haber acertado más con tu regalo.

Después de recoger todo, de darle las buenas noches a Azahara, y sinceramente pasar uno de los cumpleaños mejores de mi vida, me acuesto en la cama, bocarriba, miro el techo, pienso, como siempre. Miro de reojo mi bolso. Qué tentación. No voy a poder dormir sino lo miro. Voy lentamente. Abro el bolso, y ahí está medio escondido. Lo saco. Poco a poco le voy quitando el envoltorio. Sin romperlo, intentando hacer el menos ruido posible, sin hacer ruido aquí dentro, en mí. Sin yo enterarme. Ya está abierto. Cierro los ojos unos segundos, respiro hondo. No voy a llorar, no voy a llorar, no voy a llorar... Un joyero. Un joyero precioso. Lo abro. Un espejo pequeñito. Una notita. Tengo miedo, de ver su letra, escrita a mano. "Felicidades, Teresa. Pásalo lo mejor que puedas en este día. Cuarenta y dos años es una muy buena edad. Me gustaría llamarte pero creo que lo mejor es dejar que el tiempo pase, aunque los veinte años casados no nos lo puede quitar nadie, gracias a Dios, porque han sido realmente buenos, la mayoría. Espero que te guste el joyero, abre el segundo cajón. No nos gustan a ninguno de los dos las despedidas, por tanto, no me despidó. Feliz cuarenta y dos cumpleaños, y que cumplas muchos más."

Voy al baño, y rompo. Me duele la cabeza, empiezo a llorar, desconsoladamente. Releo la carta unas mil millones de veces más. Y observo hasta el más mínimo detalle. Al final de la carta tiene peor letra. Más descuidada. Más desviada. Abro el segundo cajón. Una pulsera de oro. No me lo puedo creer. Sonríe entre lágrimas, y me acuerdo de él. De él, Andrés, mi marido, mi ex marido, mi pareja de sentimientos durante una mayor parte de mi vida. Llora y sonrío a la vez, y es un sentimiento tan contradictorio y a la vez tan similar que no me entiendo ni yo. Que me duele la cabeza de pen-

sar y los ojos de llorar. Y los cierro. Y con su carta entre las manos, termina mi cuarenta y dos cumpleaños.

–Hija, Teresa. Ayer no te di mi regalo. Me quedé tan dormida en el sofá que no me desperté hasta las dos y pico de la madrugada, y claro, ya estabais las dos dormidas. Toma, espero que te guste.

Lo abre, con una sonrisa en la boca, como si tuviese cinco años.

–Me encanta, mamá. Muchísimas gracias. Además me hacía falta un bolso nuevo, tengo que renovar el mío. Eres la mejor.

Me da un beso sonoro, de estos que se sienten. Mira el reloj. Es miércoles. Ecuador de la semana. Cada día hace más calor. Y es que todo cambia... Últimamente todo cambia.

Voy al instituto, ¿pero qué me voy a encontrar? Estoy muy nerviosa. Ayer fue increíble. Necesito verlo. Pero, ¿y si ahora no se acuerda de nada? ¿Y si no me habla? ¿Y si no me mira? Suena la campana que indica la primera clase. Entro corriendo, como siempre. Hoy sí sé en qué aula me toca. Por desgracia. Aparto a los niñatos de un metro y medio que están haciendo bromitas con sus amigos. Llego a mi aula, mierda, ya han entrado. Me aclaro la voz, llamo a la puerta, qué vergüenza.

–¿Se puede?

–Anda, pasa. No te vuelvas a retrasar o no te dejas entrar en mi clase. Bueno, como iba diciendo, chicos...

Me quedo paralizada en la puerta buscando con la mirada un asiento libre. Lo encuentro. Veo a Sonia poniéndome caras raras por la ventana de la puerta. Él está detrás de ese asiento. Me mira, me sonrío. Todo está en su sitio, todo tal y como lo dejamos. Así me gusta.

Empieza la clase, su mirada no me intimida. Noto de vez en cuando una sonrisa, la devuelvo. Y así continúa una clase de todo, menos de matemáticas.

Siempre nos creemos que al tener cierta edad ya hemos madurado lo suficiente como para desenvolvernos en la vida. Y no, no es así, todos no, yo no. Hay cosas que te hacen reflexionar, cambiar, madurar, a nivel personal. Lo que fue ya ha pasado, y no hay que arrepentirse de lo hecho. Es hora de continuar. Mi mejor de las sonrisas.

–Buenos días, señora. ¿Puede darme su billete?

Continuar, con lo que venga. No importa lo que sea, se podrá superar. Es hora de crecer. Con cuarenta y dos años y un día todo se ve diferente, es curioso. Hay que disfrutar la vida, no hay que lamentarse de las decisiones que un día tuviste claras.

Hoy no tenía nada que hacer. No tenía ganas de otra cosa. Hoy necesitaba venir. Quería hablar contigo. Aquí te he traído unas flores. Como siempre. Y mira que no me gusta este lugar, pero me gusta pensar que estás aquí. Aquí, al lado mía. Aquí abrazándome. Aquí mirándome. Aquí sonriéndome. Aquí. Necesito tanto que estés aquí. Pero he estado con Pili y Antonio. Están bien. Nos hemos acordado mucho de ti. Tu ausencia aquí se siente demasiado. No sé cómo estarás tú, yo te extraño. Ayer fue el cumpleaños de tu hija. Te echa mucho en falta. Todos te echamos en falta. Sé que tú no querías verme llorar nunca, por eso, he decidido que no puedo vivir en un continuo lamento. Siempre estarás en mi mente y en mi corazón. Y yo, tengo que cuidar de dos mujeres. Te visitaré, descuida que lo haré. Ya se ha ido toda la impotencia por mis ojos, y ahora estoy seca. No puedo llorar más, por ahora no. Duele mucho soñarte y al despertar ver que no estás, pero es algo que debo afrontar. Y que estoy afrontando, día a día. Es el momento de centrarme en mi hija y mi nieta. Ya estaré contigo. Hay que disfrutar de lo que nos regala la vida, y yo tengo que exprimir la mía, todo lo posible. Ya sabes... te quiero.

Y me voy, me voy dejando las flores sobre la hierba húmeda. Dejando ahí las lágrimas diarias y los momentos amargos. Recogiendo mi vida, alegrándome de haber sido y estar siendo esta mujer.

Llego a casa. Encuentro un papel en mi mochila: "Quiero otra escapada" Sonrío de forma involuntaria. Me voy a comer, corriendo.

-Azahara, ¿puedo pasar?

-Claro, mamá. Dime.

-Quería hablar de tu padre... He hablado con él, y si tú quieres ir con él este fin de semana... Me ha pedido que te lo diga, no quería llamarte para no ponerte en un compromiso. Llámalo dándole una respuesta, cariño.

Me muero de ganas de verlo. Me emociono, de pensar en él. En mi padre. Mi madre me da un abrazo, y se da cuenta de que debe marcharse. Sonrío, no lo dudo un segundo.

-¿Papá?

-¿Cariño? ¿Azahara?

-No prepares planes para este fin de semana. Vas a tener una inquilina.

-¿Pili? ¿Te parece que quedemos este viernes? ¡Perfecto! Sí, ah pues apúntame a mí también al gimnasio que me hace falta perder peso. Entonces a las doce en la esquina y ya nos vamos juntas para allá. ¿Tan guapo es el monitor, Pili? ¡Qué no somos dos muchachillas! ¿Hará calor? Entonces me llevo mi botellita de agua y...

-Sara, ¿tienes algún plan para este viernes? Claro, tráete a tu amiga. Mientras más mejor, ¿no? Pues claro, podríamos ir al pub ese que me dijiste el otro día...

Estoy tumbada en mi cama, pensando en todo, disfrutando de este miércoles. Lllaman al porterillo. Veo que nadie abre, me levanto con pocas ganas.

-¿Quién es?

-¿Azahara? Soy Martín... ¿Puedes bajar?

Se me acelera el corazón, podría haberme imaginado mil voces menos la suya. Cuelgo, sin decirle nada.

-¡Mamá, ahora vengo!

Cierro la puerta de un portazo. No controlo mis fuerzas. Estoy que no quepo en mí. Bajo las escaleras de tres en tres. Ni me he mirado en el espejo. Ahí está, con cara de desconcertado. Me sonrío al verme. Abro la puerta del portal, y ahí está.

-¿Cómo sabes mi porterillo?

-Me fijé cuando te acompañé hasta aquí. Cuarto B.

Nos sentamos en el bordillo del portal. Empezamos a hablar de todo un poco, hablando con miradas, y sobra todo lo demás. Y en medio de un silencio, dice una voz segura:

-Estoy bien aquí - y me sonrío.

Y ante esas palabras a las cuales no encuentro respuesta posible, decido probar aquellos labios tan nuevos para mí.

Entro en el baño, me detengo ante el espejo. Hace tiempo que no me fijo en mi rostro detenidamente. Últimamente siempre me miro rápido pero nunca me detengo frente a él, suelo esquivarlo, rehuir de mí. Pero hoy, en estos momentos, el espejo y yo, a solas, frente a frente, desafiantes. Miro mi boca, ¡cuántos besos habían regalado aquellos labios! Ahora están de otro color, ya no son aquellos rojizos. Ahora dan otro tipo de besos. Más cariñosos, más familiares. Miro mis piernas. No han cambiado. Sé que siguen corriendo. Siguen persiguiendo lo que quiero, hasta encontrarlo. Siguen dándole patadas a mis problemas, y siguen subiendo los ochenta escalones diarios hasta subir a mi casa todos los días. Ahora tengo la piel más flácida, más débil, más clara. Unos kilitos de más, un corazón más viejo, más gastado, más lleno. Me miro y me siento orgullosa de ser

esa persona. Estoy cambiada, pero soy yo. La misma joven que enamoró a todo el pueblo. La misma que besaba el cielo.

Y es ahora cuando entiendo las vueltas que da la vida, cuando lo ves todo desde fuera, con los ojos secos. Releo la carta que me escribió mi niña, me emociono, una vez más. Hoy, día miércoles, a las ocho menos cuarto de la tarde, todo duele menos. Hace calor, cada vez más. Ya no se caen las hojas de los árboles, ya no hay tormentas, ya no se inunda casi nada. Sí, tengo cuarenta y dos años recién cumplidos, y los que me quedan por cumplir.

Ana Carrión Medina (14 años)
Córdoba
Primer Premio

LA PIEL DE LAS MARIPOSAS

Capítulo uno:

Había tenido ese sueño otras muchas veces.

De repente, su cuerpo se tornaba pequeño y ligero, y ascendía rápidamente hasta un lugar muy elevado, casi rozando el techo de la Crisálida. No podía verse a sí misma, aunque sí era capaz de mirar hacia abajo y eso le provocaba una apremiante sensación de vértigo. Permanecía allí sin moverse durante un tiempo incalculable, contemplando la Puerta, la Ventana y el Mundo desde esa nueva perspectiva como si jamás los hubiese visto antes.

Nunca llegaba a decidir si aquello era maravilloso o inquietante, porque cuando intentaba moverse, sentía como si algo tirase de ella hacia abajo para caer vertiginosamente en la cama. Antes de sentir el impacto, abría los ojos, sobresaltada. Y entonces volvía a sumirse en la realidad.

Ella casi siempre estaba observándola cuando despertaba, y aquella vez no fue una excepción.

—Hola, Julia —dijo con voz suave—. ¿Cómo te encuentras?

Día tras día, repetía lo mismo. Contestó con un “bien” apenas perceptible, y contempló su sonrisa, un tanto exagerada.

Le hubiera gustado que su madre no estuviese allí para poder reflexionar a solas sobre lo que acababa de sentir en ese sueño. Se sintió culpable por tener ese pensamiento. No debía ocultarle nada.

—He vuelto a soñar —murmuró.

—¿Qué sueño? —inquirió. Julia notó que su rostro empalidecía y mostraba una mueca de ansiedad.

—Soñé que *volaba* —hizo hincapié en esa última palabra. La había aprendido hacía poco y le gustaba cómo sonaba casi tanto como su significado.

Su madre se relajó. Julia sabía cuál era el motivo de su preocupación: una vez había soñado que cruzaba la Puerta y abandonaba la Crisálida. Se lo había contado sin darle gran importancia, pero ella no pareció pensar lo mismo. Jamás la había visto tan enfadada. Le hizo jurar unas diez veces que nunca lo haría y otras tantas que no volvería a soñarlo de nuevo.

Julia no necesitaba juramentos para obedecerla. Si salía de la habitación, moriría sin remedio, y conocía demasiado bien el dolor como para sentirse tentada a hacerlo. En cambio, los sueños no podía controlarlos. Tampoco una débil curiosidad por ver qué habría detrás de la Puerta.

—¿Has descubierto algún nuevo elemento del Mundo? —inquirió su madre con dulzura, cambiando de tema.

Ella sacó de debajo de la cama la libreta donde apuntaba las palabras desconocidas. Cada vez eran menos y le entristecía pensar en que había un número limitado de ellas. Algún día se acabarían.

—Solo una —la buscó entre las demás y leyó con esfuerzo—. “Abrazo”. ¿Qué significa “abrazo”?

Su madre le quitó el cuaderno y la leyó de nuevo, como si no la creyera.

—¿De dónde has sacado eso?

—De uno de los libros. ¿Qué significa? —insistió.

—No lo sé —ella se encogió de hombros, pero Julia se dio cuenta de que mentía. Conocía demasiado bien esa inquietud, la forma de rehuirla—. Supongo que no debe ser importante.

Julia echó un vistazo al Mundo. Todos los elementos se disponían en un cuidadoso orden. Decenas, tal vez cientos de pequeñas figuritas de barro que habían sido escrupulosamente moldeadas y pintadas. Algunas de ellas incluso parecían tener vida propia.

Pero eso era imposible, no eran más que objetos inertes. Solo cobraban vida en los libros, o en sus historias si era capaz de inventarlas. En cualquier caso, no dejaban de ser fascinantes. Sin lugar a dudas, el Mundo era lo que más le gustaba de todo.

Incluso mucho más que el misterio que parecía haber detrás de la Puerta.

Su madre le tendió un vaso con una sustancia líquida de color amarillento, y Julia lo cogió con cuidado, bebiendo un poco. No tenía apenas sabor, pero su textura era espesa y no le pareció agradable. Al fin y al cabo, comer nunca lo había sido. ¿Solo ella lo necesitaba? Otra cuestión era que jamás había visto comer a su madre y se preguntaba si ella también tendría que hacerlo. Sentía una terrible curiosidad por saberlo, pero no se atrevía a formular la pregunta. Decidió preguntarle otra cosa.

—¿De dónde sale la comida? —inquirió con cautela, observando su rostro. No pareció alterarse.

—Yo te la traigo siempre, ¿no?

—Sí —admitió—. Entonces, todos esos elementos comestibles que aparecen en los libros... ¿no existen?

Ella la contempló unos instantes, con una nota de exasperación. Después se acercó al Mundo y cogió dos de las figuritas. Julia solo las reconoció cuando las agitó delante de sus ojos.

—¿Qué es esto?

—*Manzana* —respondió mirando la fruta rojiza—. Crecen de los árboles —añadió recordando el libro donde había encontrado ese elemento. Trataba sobre un chico bastante glotón que podía llegar a comerse cualquier cosa—. Y lo otro es... ¿*pan*?

—Sí —asintió ella—. ¿Podrías comerte esto?

Julia sonrió. ¿Cómo iba a masticar una figurita de barro? Eso era imposible. Estaba demasiado duro.

—Claro que no —reconoció—. Pero parece tan real, cuando lo describen...

Su madre volvió a colocar la *manzana* y el *pan* en su lugar, y se volvió hacia ella, como disculpándola.

—Es normal que te hagas esas preguntas. Hay personas con una imaginación desbordante que pueden llegar a hacerte dudar de la verdad. Pero no puedes dejarte confundir.

—No lo haré —aseguró rápidamente. Temía que no volviese a llevarle libros, y entonces todo sería demasiado aburrido—. Sé cuál es la verdad y no van a convencerme con sus historias, por muy reales que parezcan.

—¿Cuál es la verdad?

Julia inspiró hondo. Casi todos los días llegaban a ese punto, y ella decía las mismas palabras de memoria, como si las recitase.

—Que no existe nada más detrás de las paredes, solo otras personas con sus respectivas Crisálidas. Cada Crisálida tiene un Mundo y también una Puerta. Algunas personas pueden salir de las tuyas para entrar en otras, como tú. Pero yo...

—Pero tú, ¿qué? —insistió su madre.

—Yo no puedo cruzar la Puerta —añadió en voz mucho más baja—. Porque moriría.

—Muy bien —asintió complacida, y le acarició el pelo.

Julia adivinó que estaba esperando a que le hiciese la otra pregunta. Formaba parte de la conversación habitual.

—¿Por qué nadie más viene aquí? ¿Solo tú puedes entrar?

Su madre tosió y su voz adquirió un tono grave.

—Porque las personas son malvadas. Yo no les permito que entren. No te dejarían vivir. Destrozarían tu mundo, elemento por elemento. ¡Incluso podrían hacerte daño! ¿Es eso lo que quieres?

—¡No! —exclamó aterrorizada—. Por favor, nunca dejes entrar a nadie más.

—No lo haré. Solo yo vendré, cada día. Porque no podrías sobrevivir sin mí.

Julia la miró y como siempre, sintió un tremendo alivio. La quería, la quería muchísimo. No pudo evitar pensar que ella ni siquiera se merecía todas las atenciones que su madre le promulgaba, y a cambio, la importunaba con sus preguntas. Se prometió que mantendría la boca cerrada a partir de ese momento y ni siquiera se quejó cuando le cambió las vendas y le aplicó la pomada, a pesar de que eso era lo más doloroso de todo.

Contempló sus brazos y manos desnudas y deseó que las vendas los cubriesen de nuevo. Estaban amoratados, cubiertos de heridas semejantes a quemaduras.

Ella no había sufrido ningún golpe, simplemente, el más mínimo roce hacía que su piel se desprendiese. Ésa era su enfermedad y la razón por la que era tan débil. Su piel era demasiado frágil, demasiado vulnerable. Como la de una mariposa.

“La crisálida es el lugar donde aguardan las mariposas” había dicho su madre una vez.

En el Mundo había una mariposa, una pequeña criatura inerte de colores brillantes que se encontraba lejos del resto de elementos. Sus alas eran muy finas y estaban confeccionadas de cristal, un material muy distinto al barro del que estaban hechas las demás y por eso, destacaba entre las otras.

Y lo mejor era que los libros decían que podían volar.

“Ojalá eso fuese posible realmente y no solo en los sueños” pensó ella.

—La mariposa es muy distinta a todas las demás criaturas del Mundo, ¿verdad? —preguntó distraída, tratando de ignorar el escozor de las heridas.

—Como tú.

Julia esbozó una sonrisa, aunque no la creyó. La mariposa era distinta, pero por ser más hermosa. Delicada y quebradiza, sí, pero hermosa. Y ella solo era débil y nada más.

—¿Por qué tú también llevas vendas? —observó con recelo, y se arrepintió al instante de haberlo hecho. El rostro de su madre, paciente y amable, enrojeció y se volvió colérico. Paró de vendarle el brazo izquierdo unos instantes y después retomó la acción con más violencia que antes, sin contestarle.

—Todas las personas llevan vendas —dijo al cabo de un rato y Julia se dio cuenta de que le mentía de nuevo. Tal vez solo fuera por hacerle sentir bien.

—¿Cómo son tus brazos? ¿Son iguales que los míos?

—Claro que no —terció ella—. Yo no estoy enferma.

Julia captó el desdén en su tono de voz y se apresuró a disculparse. Su madre no solía enfadarse con ella, aunque en esa ocasión, se marchó sin despedirse. Recogió el vaso, ya vacío, y las vendas usadas, y abrió la Puerta con una llave. Después, la cerró tras de sí.

Julia sintió que las lágrimas corrían por sus mejillas, y deseó que su madre volviese. ¿Por qué siempre terminaba por estropearlo todo? Si no volvía, ella estaría sola siempre.

Apartó las sábanas de su cuerpo y se puso en pie con esfuerzo. Casi nunca permanecía mucho tiempo fuera de la cama, se cansaba demasiado. Por suerte, las vendas que cubrían cualquier resquicio visible de su piel a excepción de su cara, impedían que se dañase.

La Crisálida era grande, aunque nunca había estado en otra habitación como para poder establecer una comparación precisa.

La cama estaba en el centro, y a su derecha, no demasiado lejos, se encontraba el Mundo. Era una mesa de tamaño colosal, pegada a la pared y situada en el extremo opuesto de la Puerta. A su lado, estaban colocados un sillón de color azul y un par de sillas de madera.

En el otro extremo, había una pequeña habitación que hacía las veces de aseo. Aquélla, según había asegurado su madre, era la única Puerta inofensiva.

A pesar de saber que no le ocurriría nada, siempre contenía la respiración cuando tenía que entrar, como si temiese caer fulminada de un momento a otro. Esa escena había sucedido en bastantes ocasiones en sus pesadillas.

También estaba la Ventana, por supuesto. Lo único que se veía enfrente era un muro enorme de piedra, que tal y como suponía, no sería más que la Crisálida de otra persona. Lo aterrador era mirar hacia abajo y descubrir esa vertiginosa sensación de vacío que experimentaba al observar el suelo, tan parecida a sus sueños. En esos momentos, pensaba que su Crisálida flotaba con ella dentro, tan liviana como las mariposas. Esa era la primera razón por la que le gustaba la Ventana. La segunda, porque podía ver la oscuridad de la noche y también, aunque tenuemente, la claridad del día.

En ese instante se filtraba una luz macilenta y desvaída.

—Está amaneciendo —dijo para sí con satisfacción.

Se encaminó hacia el baño. Allí había un espejo pequeño en el que podía ver su rostro. Lo que más le agradaba era que la piel de su cara no presentaba un aspecto tan enfermizo como en el resto de su cuerpo. Había heridas, y estaba un poco enrojecida, aunque no amoratada.

—Ojos... —murmuró señalándoselos. Saber las palabras con las que describir su entorno y el Mundo le parecía una especie de magia muy especial y no quería correr el riesgo de olvidarlas.

Cuando se miraba, siempre le sorprendía ser tan distinta a su madre.

"¿Y si cada persona fuese totalmente diferente?" Esa idea hacía que se sintiese muy pequeña. Con toda seguridad, no había muchas personas. Y tampoco hacía bien deseando que las hubiese porque de cualquier forma, no podría verlas nunca.

Volvió sobre sus pasos hasta llegar al Mundo y se entretuvo en contar los elementos uno a uno. Había quinientas treinta y dos figuritas, y anotó esa cantidad cuidadosamente en su cuaderno.

Su madre también le había enseñado a leer y le traía libros algunas veces. Ella los leía con ganas, aunque le costaba bastante esfuerzo descifrar las letras. Y siempre que desconocía una palabra, la escribía para preguntársela después a su madre, que parecía saberlas todas. Le explicaba en qué consistían y si podían ser representadas, al día siguiente traía una figurita que le mostraba cómo eran.

"Su Mundo debe ser muy grande", pensaba con entusiasmo. Tal vez tuviera miles de elementos.

Su mayor entretenimiento consistía en clasificarlos: a veces según el color, o la forma, o si eran animales u objetos, hermosos u horribles. El criterio era lo de menos. En su libreta apuntaba el nombre de cada uno de ellos y sus características, y lo ampliaba si descubría algo nuevo.

Aquel día, sin embargo, no hizo nada de eso. No le apetecía otra cosa que no fuera tumbarse en la cama y cerrar los ojos.

Su madre entró sin hacer ruido cuando ya se atisbaba la oscuridad a través de la Ventana. Se sentó en su cama y escuchó las disculpas apresuradas de su hija. Julia vio que esbozaba una sonrisa amable y la correspondió con alivio.

—No te preocupes —aseguró su madre dulcemente—. Es lógico que estés desconcertada. Los libros son demasiado fantasiosos y son los culpables de tu confusión. No volveré a traerlos.

Julia abrió la boca, deseando gritarle que no lo hiciese. Aquella idea la aterrorizó. Pero recordó su promesa de no volver a ser impertinente. Ahora que la había perdonado, no podía decepcionarla de nuevo, y su súplica la enfurecería.

—Tienes razón —admitió pesarosa—. Creo que eso será lo mejor.

Capítulo dos:

Todo podía haber seguido así durante mucho tiempo. La Crisálida era un lugar seguro, demasiado ajeno a la realidad, y la curiosidad de Julia estaba lo suficientemente satisfecha como para dudar de la verdad de su entorno. Además, el temor a la Puerta era más fuerte que cualquier otro impulso.

Sin embargo, ocurrieron dos hechos importantes que hicieron tambalear los cimientos de su realidad.

El Hecho Número Uno ocurrió unas tres semanas después de que su madre decidiese que no era una buena idea que ella siguiera leyendo libros. Desde entonces, los días parecían ser muchísimo más largos y tediosos. Tenía la esperanza de que cambiase de opinión si se comportaba mejor, y por eso, dejó de hacer cualquier tipo de preguntas. Eso provocó el efecto contrario al que había esperado, porque le hizo pensar a su madre que estaba en lo correcto. Sin historias que la distrajesen, no había confusión ni preguntas.

Si le importaba que ella se sintiese mal por ello, no lo dejó traslucir.

Así que comenzó a pasar gran parte del tiempo mirando por la Ventana. Era un horizonte estático e inamovible, pero contemplaba con paciencia el cambio que sufría la luz a lo largo del día. También miraba hacia abajo y se recreaba en la sensación de no ser ella misma y estar flotando sobre el suelo. A veces, lograba mantener esa quimera hasta que su madre llegaba e imponía su realidad. La realidad. La única existente.

Peró ese día, toda su verdad se derrumbó por primera vez, porque allí abajo, en el suelo, había una persona.

Al principio creyó que se había vuelto loca. Jamás había visto a otra persona que no fuese su madre o ella misma y, desde luego, nunca había visto nadie desde esa perspectiva. Si no hubiera sido porque caminaba nerviosamente de un sitio a otro, ni siquiera hubiese sospechado hasta qué punto era semejante a ella.

El cuerpo de la persona era mucho más grueso que el suyo y vestía de una forma que le resultó curiosa. Julia llevaba casi siempre camisones, o vestidos. La ropa del desconocido era tan extraña que ni siquiera supo describirla.

El corazón le martilleaba furiosamente en el pecho. Nunca había imaginado que algo así podía ocurrir y le pareció tan emocionante que permaneció en la ventana hasta que oscureció, a pesar de que la persona solo estuvo allí durante unos cinco minutos.

Aquella noche, no pudo conciliar el sueño. Se debatía entre la opción de contarle a su madre lo ocurrido —lo que le haría enfrentarse a la posibilidad de que le prohibiese mirar por la Ventana—, y la de no hacerlo, lo que le parecía totalmente despreciable. Si descubría su secreto, tal vez se enfadara tanto con ella que no volvería nunca. Y eso, no podría soportarlo. Pero recordó lo que había ocurrido con los libros, y eso le hizo darse cuenta de que lo más sensato era guardar el secreto.

En los días siguientes, recordó una y otra vez a la persona. No había llegado a ver su rostro, pero su actitud no le había parecido malvada, si no más bien despreocupada.

Y eso hizo que una idea totalmente contraria a sus principios creciese en su mente: su madre mentía. No era como cuando mentía para hacerle sentir bien o para fingir que no conocía una palabra que no quería que ella supiese. Era una mentira deliberada que podía destruir los pilares sobre los que se había construido su realidad.

Al principio, ese pensamiento la horrorizó. Trató de borrarlo de su mente, pero cuando lo intentaba, no hacía más que cobrar fuerza hasta volverse obsesivo. Había mentido en dos cosas: no todas las personas tenían por qué estar en una Crisálida y no todas las personas tenían por qué portarse mal con ella. Aquel espacio estrecho y desapacible no era una habitación como la suya. Además,

ni siquiera había un Mundo. Eso quería decir que había *algo* fuera donde podían estar las personas, aunque solo fuesen unos metros de cemento.

Fantaseó sobre cómo serían los demás. Acarició incluso la idea de que algunos elementos del Mundo pudiesen cobrar vida realmente. Aquello era una locura, sí, pero pensarlo era tan emocionante que no quiso poner freno a su imaginación.

Por las noches, soñaba que las figuritas de barro tenían vida y se movían a su alrededor. Los sueños se convirtieron en una liberación diaria en la que su mente podía vagar sin restricciones. Le ocultaba casi todo a su madre y se limitaba a dormir o fingir felicidad cuando ella estaba presente. No hacía otra cosa que incubar ideas imposibles en su cerebro, opciones que cada día resultaban más factibles.

Hasta que cometió un error.

—Quiero salir de la Crisálida. Quiero ver a las personas —dijo mientras su madre le cambiaba las vendas. Ni siquiera había pensado hacerlo, las palabras escaparon de sus labios como si nunca le hubiesen pertenecido. Tardó un par de segundos en darse cuenta de su equivocación y esperó con horror a que el rostro de su madre enrojeciese, que ella comenzase a gritar y le hiciese jurar después que nunca lo haría. Pero nada de eso pasó. Simplemente, se limitó a mirarla con infinita paciencia, como si contemplase a una persona mucho más pequeña que ella.

—¿Qué has dicho? —inquirió con el mismo tono que usaba para preguntarle por las mañanas qué tal había dormido.

Julia podía haber respondido rápidamente “nada” y aprovecharse de la fingida indulgencia de su madre. Le estaba dando otra oportunidad para que recapacitase y contestase lo que ella quería. Sabía que había sido un error por su parte formular una petición así, pero sin embargo, no deseaba volver atrás.

—He dicho que me gustaría salir. Para ver a otras personas. Ni siquiera he dicho que vaya a hacerlo, solo que me gustaría —soltó al fin.

Los ojos de su madre mostraron un destello de cólera, aunque su sonrisa no cambió un ápice. Sin decir una palabra, le quitó el vendaje que acababa de ponerle.

—Las personas son malvadas —repitió con paciencia. Su voz estaba siendo condescendiente pero había algo en su actitud que la aterraba—. No dudarían en hacerte daño.

—¿Por qué me quitas las vendas? ¿Qué ocurre?

Pero ella no le prestó atención y le despojó del vendaje del otro brazo. Julia reprimió un grito, estaba siendo brusca y ella no solía serlo.

—Si yo no estuviera para protegerte, podrían hacerte cualquier cosa. Solo estarás a salvo mientras estés aquí dentro. Mientras yo te proteja.

—Me haces daño —se quejó Julia.

—Yo nunca te haría daño —la rectificó sin mirarla. Julia contempló su propia piel. El roce de las vendas, a pesar de evitarle el contacto con otros materiales, provocaba grandes y dolorosas heridas—. Solo te mostraré lo que te harían los demás.

Antes de que Julia pudiese preverlo, su madre la cogió de los brazos desnudos y la puso en pie bruscamente. El dolor lacerante la dejó sin aliento, pero su madre no se apiadó.

—Esto no es nada comparado con lo que podrían hacerte.

—Duele... —sollozó Julia. Tenía miedo, y nunca antes se había sentido tan dolorida. Normalmente, su madre ni siquiera le acariciaba el rostro con tal de no dañarla, y en ese momento, estaba siendo más violenta que nunca. Le gritó algo que no entendió y finalmente, volvió a dejarla sobre la cama como si nada hubiera pasado. La miró durante unos momentos y después le limpió las lágrimas con suavidad.

—Yo nunca te haré daño —dijo una vez más antes de volver a colocarle las vendas—. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí —asintió rápidamente, temerosa de un nuevo enfado.

Pero pensó para sí que le había mentado por tercera vez.

Capítulo tres:

Tuvieron que pasar muchos más días para que ocurriese el Hecho Número Dos.

Lo que le había hecho su madre había acrecentado su miedo hacia ella y el exterior, y mermado sus ganas de seguir cuestionán-

dose cosas. Pero en secreto, escribió el Hecho Número Uno en su cuaderno. Así, cada vez que lo leía recordaba que era real, que no había sido una de sus invenciones.

Pero aunque pasó mucho tiempo contemplando la Ventana, no volvió a aparecer ninguna persona, y perdió la esperanza de que eso ocurriese de nuevo.

Su madre seguía viniendo cada día. Permanecía mucho más tiempo con ella, se dio cuenta de eso. Después de darle la comida, conversar o cambiarle las vendas, se sentaba en el sillón y la miraba fijamente. Julia se sentía incómoda, aunque ella parecía relajada y la contemplaba sonriente. La observaba sin mover ni un solo músculo hiciese lo que hiciese, así que decidió que en esos momentos lo mejor era dormir. Al menos, en sus sueños no sentía esa mirada acusadora.

Cuando despertaba, a veces ella también se había quedado dormida. Entonces, Julia tenía unos preciosos minutos de libertad para pensar en lo que había soñado.

El Hecho Número Dos nunca hubiera sucedido de no ser por aquella nueva costumbre de su madre. Aquel día, el atardecer teñía su habitación de un color anaranjado. Julia no había podido conciliar el sueño, pero ella sí.

Tuvo una idea. Quería ver la piel de su madre, descubrir cómo era la piel de una persona que no estuviese enferma. Era un deseo un tanto alocado, pero no encontró ningún motivo para no cumplirlo.

Se incorporó con cuidado y se acercó hacia donde ella dormitaba. Sus brazos descansaban sobre el regazo y su cuello estaba torcido a la izquierda. Tenía la boca entreabierta y los ojos firmemente cerrados. Era una postura incómoda, pero sin embargo, parecía profundamente dormida. Respiraba con tranquilidad.

Julia sintió nerviosismo. No era una sensación muy común para ella, pero desde el Hecho Número Uno, se había convertido en algo bastante corriente. Con mucho cuidado, deshizo el nudo de la venda de su muñeca derecha. A pesar de que sus manos estaban cubiertas por gasas mucho más finas para permitirle coger los objetos, no podía evitar sentirse demasiado torpe. Tenía que ser muy

cuidadosa porque podía despertarla, y entonces no estaba muy segura de lo que ocurriría.

Desenrolló el vendaje, cada vez más segura. El deseo de ver cómo era su piel se había hecho demasiado fuerte como para ser frenado en ese momento. Y cuando dejó al descubierto su brazo, ahogó un grito.

La piel de su madre era exactamente igual que la suya. Tenía el mismo aspecto: amoratado y enfermizo, y las quemaduras y ampollas presentaban igual o peor apariencia que las de su cuerpo.

No, eso no era lo que esperaba. Nunca había imaginado que su madre pudiera ser vulnerable y frágil como ella. Eso era totalmente imposible e irracional. Si no, ¿por qué podía cruzar la Puerta sin morir?

Y entonces, todos los hechos encajaron en su mente. Experimentó una extraña sensación de triunfo y libertad, como si antes hubiera sido demasiado estúpida. ¿Cómo no se había dado cuenta? Había vuelto a mentirle.

Pero en lugar de mostrarse triste o afligida, le inundó un gran regocijo. El motivo por el que supuestamente Julia no podía salir era por su enfermedad. Si su madre era como ella y lo hacía, eso significaba que no era cierto.

¡Podía salir, como su madre! ¡Podía cruzar la Puerta y no le ocurriría nada!

A pesar de que seguía teniendo miedo, se puso en pie con rapidez, olvidando que debía ser cautelosa para no despertar a su madre. Se acercó a la Puerta y accionó el pomo. Nunca antes se había atrevido a hacerlo.

Para su desilusión, no sucedió nada. Empujó con todas sus fuerzas, y seguía estando cerrada. Entonces, recordó la llave.

¿Dónde la guardaba su madre? Si había entrado con ella, debía estar en algún sitio de la habitación. O llevarla consigo, lo cual era mucho más probable.

Se acercó a ella y la observó de arriba abajo. No parecía tener nada. Contempló su pecho subir y bajar rítmicamente y descubrió un brillo plateado en su cuello, del que pendía una cadena. Con la llave.

Sin dudarle un instante, cogió la cadena y la sacó con lentitud por su cabeza. Por suerte, era lo suficientemente amplia como para salir sin problemas.

Para entonces, el nerviosismo se había convertido en un nudo tan enorme en su garganta que apenas la dejaba respirar. Su madre parecía dormida, aunque no tan profundamente como antes. De hecho, se movía un poco y su respiración se había vuelto más rápida. Podía despertar en cualquier momento.

Julia miró el Mundo y dudó. ¿Y si moría al cruzar la Puerta? ¿Y si era cierto que no lo resistiría? Al fin y al cabo, no podía derrumbar en cuestión de unos pocos días todo aquello en lo que había creído durante tanto tiempo.

Pero pensó que en ese caso, tampoco merecía la pena vivir como hasta entonces. No conocía la muerte, aunque su madre la había descrito como algo realmente tortuoso.

Con todos esos pensamientos bullendo en su mente, introdujo la llave en la cerradura. Forcejeó durante unos minutos hasta descubrir que debía girar la llave hacia los lados y no moverla de arriba abajo.

Después, la Puerta se abrió con su característico chirrido. El sonido que todos los días le avisaba de que su madre acababa de entrar o de salir.

La miró por última vez. Después cerró los ojos, contuvo la respiración y cruzó la Puerta.

Capítulo cuatro:

Estaba viva. Había esperado un dolor monstruoso, gritos o cualquier cosa desagradable. Pero lo cierto es que no sucedió absolutamente nada. Sintió un alivio tan profundo que no supo si llorar o reír. Solo entonces, logró concentrarse en lo que había a su alrededor.

Una tenue luz iluminaba a una sala un poco menor que la Crisálida. Estaba atiborrada de objetos por todas partes, elementos que Julia no reconoció. Avanzó lentamente, entre fascinada y te-

merosa, y sintiendo que dos ojos eran demasiado poco para todo lo que ella quería observar.

Aquello no era ninguna Crisálida. No había ningún Mundo, ni tampoco una cama o algo que la hiciese similar a su habitación.

Entonces, ¿qué era?

No se atrevió a tocar nada, pero cuando vio otra Puerta, avanzó hacia ella sin dudarlo. Era distinta a la que había contemplado durante años; a simple vista parecía más pequeña y no tan resistente. Accionó el pomo y la abrió sin problemas. Un viento helado le azotó el rostro y un escalofrío le recorrió todo el cuerpo. Nunca antes había sentido tanto frío, pero eso no le hizo vacilar. Cruzó la puerta con pasos lentos —aún no se sentía del todo segura haciéndolo—, y salió al exterior.

Y en ese momento, la verdad la dejó sin aliento. Miró de un lado a otro, incapaz de concentrarse en una sola cosa y creyó que su cabeza estaba a punto de explotar.

Aquello no era ninguna Crisálida, ni una habitación ni nada que se le pareciese. No tenía paredes ni, aparentemente, ninguna limitación. Tampoco había un techo sobre su cabeza, sino un espacio abierto e indefinible que parecía estar a kilómetros de ella y que tenía un color entre anaranjado y rojizo. Había objetos extraños, enormes, que se movían y no sabría definir. Había sonidos, todo estaba repleto de ellos y eran demasiados como para poder concentrarse en uno solo. El ruido aguijoneaba sus oídos y se los tapó instintivamente.

Pero nada de eso pareció tan importante cuando descubrió algo más. No eran los objetos los que reclamaban su atención, ni aquel lugar, ni los sonidos ni nada que se le pareciese. Lo verdaderamente especial y maravilloso era que había personas que caminaban de un lado a otro, como si nada ocurriese. Como si todo aquello tan extraño fuera absolutamente normal.

Contempló con la boca abierta a una persona que se aproximaba a ella. Era un hombre, estaba segura. Nunca antes había visto a uno, pero sus rasgos coincidían con lo poco que le había relatado su madre al respecto. Su pelo era de un color blanquecino y su piel estaba un poco arrugada. No era amoratada ni rojiza, sino

de un tono ocre. Él la miró con extrañeza sin detenerse, y ella volvió a cambiar de objetivo. Esta vez una mujer un poco mayor que ella misma.

Todos vestían de una forma bastante rara, pero ninguno llevaba ningún tipo de vendajes. Julia trató de imitarlos y comenzó a andar hacia el frente. Miró con entusiasmo cada uno de los rostros que pasaban junto a ella y pensó en la cantidad de adjetivos que podía usar para describirlos: hermosos, cansados, recelosos, distraídos... Le hubiese gustado detenerse en cada uno de ellos para contemplarlos por completo, pero discurrían demasiado rápido como para eso.

Todos eran diferentes entre sí. Sin embargo tenían algo en común: parecían fuertes y seguros de sí mismos. Ella, sin embargo, se sentía pequeña y frágil, las emociones que su madre había cultivado en ella. Pero estaba demasiado ocupada experimentando el amplio espectro de emociones nuevas como para reprochárselo aunque fuera mentalmente.

Incluso se atrevió a tocar a una persona. No pudo sentir su textura por culpa de las vendas, pero sí que comprobó que era tangible, no una alucinación. La persona le dijo algo que apenas pudo oír entre aquel caos, aunque no le importó. Se sentía feliz y libre, muy libre. Algo que era totalmente nuevo.

Giró su cabeza hacia la izquierda y descubrió que había otro camino por el que también deambulaban las personas. En medio, unos objetos transitaban a gran velocidad y provocando mucho ruido. Julia necesitó concentrarse un poco hasta descubrir que sabía cómo se llamaban.

—Coche... —musitó, recordando la figurita del Mundo. Aquel objeto era mil veces mayor que el elemento de su Mundo. Eso la abrumó y le hizo sentir muy confusa, pero decidió que quería llegar al otro lado. Tal vez las personas allí fueran diferentes.

Sin pensárselo dos veces, se encaminó hacia allí ignorando los coches. Algunos frenaron bruscamente a su paso provocando un caos aún mayor que el existente. Julia los miró confundida. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Por qué se paraban a su paso? Un pensamiento repentino le provocó gran amargura: tal vez, porque ella era

diferente. Tal vez se hubiesen dado cuenta y no tenía derecho a estar allí. ¿Sería eso?

Aterrada, se dispuso a continuar, y entonces recibió un empujón que le hizo caer dolorosamente al suelo, unos metros atrás. Sintió una quemazón en su mejilla por culpa del impacto. Giró la cabeza a tiempo de ver a la persona causante de eso y pensó que su madre tenía razón. Las personas eran violentas, y la dañarían.

Julia se dio cuenta de que era un hombre, y se acercaba a ella.

—¿Estás bien? —inquirió con una voz grave muy diferente a la de su madre— ¡Van a atropellarte si no tienes cuidado!

Julia se encogió allí mismo, sobre el suelo, y gritó con todas las fuerzas de sus pulmones, aunque el volumen dañase su garganta. Deseó no haber salido nunca. Si era verdad que existía algo fuera, nunca lo entendería. Tenía miedo y un intenso dolor de cabeza.

Aquello no era ya emocionante, sino demasiado arriesgado como para desearlo. Sin parar de gritar, sintió que las lágrimas discurrían cálidamente por su rostro y ese contraste de temperatura le hizo darse cuenta de que estaba helada. Una gran cantidad de personas la rodeaba a una distancia prudencial, gesticulaban y hablaban entre sí.

Por primera vez, Julia se sintió verdaderamente como la mariposa de su habitación: aislada del resto, aunque dentro del Mundo. Sola entre la multitud.

Y entonces, distinguió a una persona que avanzaba corriendo hacia ella y el nudo de su garganta se acrecentó. No era por el esfuerzo de gritar, sino por el miedo. Reconocería el rostro de su madre aunque hubiese visto tantos, todos diferentes.

Su instinto le mandó levantarse y huir porque sabía que su madre estaría más enfadada que nunca. Todo lo que había hecho hasta entonces eran estupideces sin importancia comparado con lo de ese día.

Sin embargo, antes de lograrlo, sintió que la cabeza le daba vueltas y todo se tornó oscuro a su alrededor.

Capítulo cinco:

Volaba. Sí, su cuerpo se había convertido en algo ligero y pequeño que ascendía rápidamente hacia un espacio colosal de color anaranjado que parecía no acabarse nunca. Podía subir infinitamente sin que aquello se acabase nunca, pero en un momento dado fue consciente de que se precipitaba hacia abajo a la misma velocidad. Reprimió un grito y despertó, a salvo de todo. Parpadeó con incredulidad cuando se dio cuenta de que estaba en su cama, en la Crisálida. Todo estaba tan silencioso que percibía con claridad cómo pitaban sus oídos.

—Hola, Julia —dijo su madre con voz suave—. ¿Cómo te encuentras?

Julia se irguió, temiendo su ira, pero su expresión era apacible.

—Bien —musitó sin mucho entusiasmo—. ¿Qué ha pasado?

—Dormías —dijo ella, despreocupada.

—No —Julia se movió y se sintió extrañamente dolorida. La cabeza le molestaba un poco—. ¿Qué ha sucedido antes?

—Desayunaste. Hablamos de un nuevo elemento, ¿recuerdas? Los elefantes.

Julia asintió. Lo recordaba, la figurita era gris y corpulenta. Sin embargo, ese recuerdo era anterior a su escapada. Temía mencionarlo, ya que no quería alterarla. Por alguna razón, ella había obviado el tema.

“Porque todo ha sido real, ¿no?”, pensó amargamente.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —su madre dudó, y ella aprovechó su silencio para formularla—. ¿Cuántos años tengo?

—¿Para qué quieres saberlo? —murmuró recelosa.

—Tengo curiosidad —se encogió de hombros y trató de parecer lo menos interesada posible. En realidad era por las personas a las que había visto. Debía existir un margen de tiempo entre unas y otras, pero desconocía cuál era el suyo.

—Diecinueve —admitió al final.

—¿Son muchos?

—No tantos —aseguró enigmáticamente.

Se hizo el silencio entre ambas. Ella ocupó su lugar en el sillón y la contempló sonriente.

—Escapé —afirmó Julia. Ni siquiera supo de dónde había reunido el valor para hacerlo.

—Fue un sueño —la cortó su madre, como si hubiese estado esperando su réplica.

—Sé lo que son los sueños. Eso fue real. Y tú me mentiste.

—Fue un sueño —insistió—. Si hubieses cruzado la Puerta, habrías muerto. Tu enfermedad no te permitiría visitar otras Crisálidas.

—No hay otras Crisálidas —por alguna razón, su cordialidad la exasperaba más que cualquier otra cosa. Jamás se había sentido tan iracunda como en ese momento. Si al menos su madre se hubiera enfadado, Julia sabría que la tomaba en serio. Pero estaba actuando como si no fuese consciente de lo que decía—. Las personas están en contacto entre sí. Y el exterior es enorme, mucho más que todo esto.

—Fue un sueño —repitió por última vez—. Duerme, pequeña. Tus malos sueños desaparecerán algún día.

Julia comenzó a dudar de la veracidad de sus recuerdos. Tenía sentido que todo hubiese sido un sueño: ¿cómo si no habría visto tantas cosas irracionales? ¿Cómo podía haber vuelto de aquel lugar a su habitación en tan poco tiempo?

Su afán de escapar le jugaba malas pasadas y se estaba convirtiendo en locura. Sin embargo, había sido tan vívido, tan real...

Probablemente podía haber seguido debatiendo consigo misma aquello durante bastante tiempo, pero cuando llegó al espejo y contempló su rostro, se cercioró de que tenía un hematoma en la mejilla. La mejilla que en su supuesto sueño había chocado contra el suelo.

Sonrió aliviada. Y decidió que tenía una nueva razón por la que vivir, aunque no sería nada fácil: escapar.

Capítulo seis:

—Me llamo Julia y tengo diecinueve años, aunque no estoy segura del tiempo que eso significa. Vivo en la Crisálida, aislada del

resto de personas. Porque las personas no tienen por qué estar en Crisálidas. Están libres, o al menos aparentemente libres, en un espacio mucho mayor al que pueda imaginarse. No hay paredes, solo un techo enorme e infinito de color naranja. Quiero salir de aquí, aunque temo que vuelvan a hacerme daño. Las personas son bruscas y algunas, violentas. También tengo miedo de los ruidos. Pero puedo cruzar la Puerta sin morir, y por eso sé que ella me ha mentido en todo, y no para de hacerlo. Nunca lo hubiera descubierto si no hubiesen ocurrido el Hecho Número Uno y el Hecho Número Dos. Quiero huir, aunque en el fondo, tengo miedo de que me deje sola...

Julia suspiró. Había pasado varios días escribiendo eso, y en voz alta, sonaba aún mucho más absurdo. Escuchó el forcejeo de la llave al otro lado de la Puerta y escondió rápidamente su cuaderno debajo de la almohada.

Su madre no había vuelto a cometer el error de quedarse dormida allí dentro. Eso era otro indicio de que lo ocurrido había sido cierto, pero le restaba posibilidades de escapar.

Frunció el ceño cuando vio que estaba despierta y se acercó con la bandeja en la que llevaba las vendas.

Contempló su rostro: tenía los ojos de un color claro, casi acuoso, semejante al gris y muy parecidos a los suyos. Su pelo era castaño aunque tenía algunos mechones blanquecinos. Unas arrugas poco definidas comenzaban a surcar su rostro. Julia pensó que no era hermosa. Durante años la había contemplado como una divinidad, y solo había tenido su propio rostro para comparar sus facciones. Pero ahora que había visto a otras personas, comprendió que su madre era muy distinta, pero no por sus rasgos, sino por la máscara de enfermiza falsedad que no lograba ocultar con su sonrisa.

—Estás despierta —observó—. ¿Cómo has dormido?

Julia no contestó. Su madre se acercó lentamente, sin parecer molesta, y le tendió su desayuno. Un vaso con un líquido que parecía tan poco apetitoso como el resto.

No lo cogió. Frunció los labios y se cruzó de brazos, sin mirarla.

—¿Estás enferma? —inquirió su madre con preocupación.

Ante su silencio, se acercó a ella y le tapó la nariz. Julia abrió la boca, asustada, y su madre aprovechó ese momento para forzarle a beber. Estuvo a punto de ahogarse, pero consiguió reponerse y se vio obligada a tragar.

—Muy bien —la felicitó su madre, satisfecha, sentándose en el sillón—. Ahora deberías dormir.

Julia la miró, humillada y furiosa. Le inundaba un pesado sopor, como casi siempre que tomaba lo que su madre le traía. Trató de permanecer despierta pero no lo consiguió. Se sumió en un sueño intranquilo y cuando consiguió abrir los ojos, su madre estaba leyendo el cuaderno.

—¿Qué es esto? —inquirió sin dejarle un margen de tiempo para considerar lo que eso significaba. Casi de inmediato, comenzó a leer en voz alta:

"Me llamo Julia y tengo diecinueve años, aunque no estoy segura del tiempo que eso significa. Vivo en la Crisálida, aislada del resto de personas. Porque las personas no tienen por qué estar en Crisálidas. Están libres, o al menos aparentemente libres, en un espacio mucho mayor al que pueda imaginarse. No hay paredes, solo un techo enorme e infinito de color naranja. Quiero salir de aquí, aunque temo que vuelvan a hacerme daño. Las personas son bruscas y algunas, violentas. También tengo miedo de los ruidos. Pero puedo cruzar la Puerta sin morir, y por eso sé que ella me ha mentado en todo, y no para de hacerlo. Nunca lo hubiera descubierto si no hubiesen ocurrido el Hecho Número Uno y el Hecho Número Dos. Quiero huir, aunque en el fondo, tengo miedo de que me deje sola..."

Lo leyó con un tono infantil y absurdo, ridiculizando cada palabra. Julia se sintió avergonzada y vejada, pero no le dio el placer de protestar. Cuando acabó, arrancó la hoja y la rompió en trozos muy pequeños.

—Esto ha estado muy mal —la riñó con un tono exasperado—. ¿Cómo tengo que explicarte que no puedes salir? Nada me gustaría

más que visitases mi Crisálida, que vieses mi propio Mundo. Pero no es posible, ¿por qué no lo entiendes? No deberías obcecarte en una ilusión absurda que jamás se cumplirá.

—Se ha cumplido. Salí de aquí y lo haré de nuevo.

—No puedes salir de aquí si yo no te lo permito. Y nunca dejaré que mueras.

Julia comenzó a llorar. Fue un gesto de debilidad incontrolable, que surgió como una necesidad.

—¿Has descubierto un nuevo elemento del Mundo? —su madre cambió de tema como si nada.

Ella se levantó de la cama y se acercó al Mundo. Aquellas figuritas eran su bien máspreciado, pero ahora que sabía que en el exterior sí que cobraban vida, no eran más que objetos muertos, inservibles. Sin pensar lo que hacía, comenzó a lanzarlas al suelo con rapidez, una por una. La mayoría se rompía o perdía alguna parte al caer al suelo, pero eso no le inmutó. Siguió destruyéndolo hasta que fueron decenas las que se perdían en aquel mar de figuritas mutiladas.

—¿Vas a acabar con todo tu Mundo? —inquirió su madre sin detenerla.

—No. Voy a acabar con tu Mundo —rectificó ella—. Este Mundo lo has inventado tú.

El rostro de su madre empalideció, y Julia experimentó una repentina piedad por ella. Nunca la había visto llorar y sin embargo, en aquel momento, gruesas lágrimas caían de sus ojos.

—Eres una desagradecida —musitó, y Julia sintió que se le encogía el corazón. Nunca había oído tanta pesadumbre en su voz.

—Lo siento —murmuró automáticamente—. Pero...

—Yo solo quería que no te ocurriese nada. El exterior es demasiado cruel como para que tú puedas soportarlo.

—Tú también estás enferma —le recordó, aunque su madre parecía muy ausente.

—No, pero yo puedo reponerme. Tú eres demasiado frágil y dependes de mis cuidados.

Julia volvió a la cama y se tendió en ella, temblando. Tenía razón. El exterior era demasiado para ella. Escuchó cómo su madre

recogía uno a uno los pedazos del Mundo y los depositaba en la bandeja que llevaba consigo.

—Arreglaré el Mundo —aseguró antes de que pudiera decir nada—. Yo haré que todas las piezas vuelvan a su sitio y será como si nada hubiera pasado, ¿de acuerdo?

—Nunca volverá a ser como antes. Nunca podré olvidar lo que he visto.

—Lo harás —y su voz pareció amenazadora por primera vez—. Porque yo jamás te dejaré salir de nuevo. No volveré a descuidarte.

Y Julia solo escuchó el chirrido de la Puerta al cerrarse tras de sí.

Capítulo siete:

Había quinientos treinta y siete elementos en el Mundo. Muchos de ellos habían sido sustituidos por otros o reparados después de que Julia los rompiera. Sin embargo, solo cogió uno: la mariposa. La sostuvo unos momentos frente a la Ventana para observar cómo la luz se reflejaba en los cristales de colores, y después la guardó entre las vendas de su brazo. Miró la ropa que llevaba: era un vestido de manga larga que le llegaba hasta casi los tobillos, de un color azul pálido. No tenía ninguna vestimenta que se asemejase con la que solía llevar la gente del exterior, pero podría servir. Un estremecimiento de emoción la recorrió al recordar lo que estaba a punto de hacer.

¿Sería el exterior igual a los libros que ella había leído durante tanto tiempo? Esas historias eran sencillas, sin complicaciones, sin el ruido infernal que había escuchado ni el miedo a que las personas hiciesen daño a los demás. Se puso los únicos zapatos que tenía, unas zapatillas del mismo color que el vestido y que apenas le cabían con las vendas.

Cogió el cuaderno y un lápiz y esperó detrás de la Puerta.

Había ideado su plan durante varios días. Tenía más posibilidades de fallar que de salir bien, pero era mejor que nada.

Observando, había llegado a la conclusión de que cuando su madre abría la Puerta, quedaba un hueco oculto entre la madera

y la pared, un lugar en el que ella no podía descubrirla mientras la Puerta estuviese abierta.

Pero para eso, antes tenía que alejarla de la Puerta y hacer que se quedase abierta durante el tiempo necesario.

Echó una última ojeada a la Crisálida y apretó la mariposa que había entre sus vendas. Tal vez no volviera nunca o tal vez su idea fracasara. Cerró los ojos unos instantes, y después inspiró hondo.

—¡Mamá! —vociferó con toda la fuerza que pudo, sintiendo la emoción y el miedo a partes iguales—. ¡Mamá! ¡Ven! ¡Por favor!

Su voz estaba teñida de tanta agonía que sería muy extraño que no apareciese al cabo de unos minutos. Incluso cuando la llamaba un poco más fuerte de lo normal ella acudía velozmente en cuestión de poco tiempo.

No se equivocaba, un poco más tarde, la escuchó forcejear con la llave. Ella se pegó todo lo que pudo a la pared y vio cómo la Puerta se precipitaba hacia ella pero sin chocar. Su madre miró unos instantes en la habitación y al no verla, corrió sin dudarle hacia el baño.

No había cerrado la Puerta. Julia contuvo el júbilo y salió sin hacer ruido. Apenas podía ver nada en la nueva estancia, pero recordaba el lugar donde estaba la Puerta del exterior como si lo estuviese viendo en ese mismo instante. Con toda la rapidez que pudo, la abrió y se precipitó al exterior.

Contuvo el aliento al sentir el frío. Lo había olvidado, pero apretó los dientes y siguió andando como si nada. Fijó su vista en aquel techo enorme que había sobre su cabeza y le sorprendió que su color hubiese cambiado: su tono no era rojizo, sino de un azul oscuro muy cercano a la oscuridad.

—Es de noche... —recordó entonces.

Pocas personas transitaban por aquel lugar, pero Julia siguió el camino de una de ellas procurando mirar sus propios pies para no distraerse con el exterior. Lo haría cuando estuviese lo suficientemente lejos de su madre y la Crisálida. Pero, ¿cuándo sería eso?

Se dio cuenta de que sus pies eran muy lentos en comparación a los de las demás personas. Se exasperó. La encontraría otra vez, estaba claro.

Los coches transitaban con menos velocidad que en la anterior ocasión, y el ruido era mucho menos notable. Julia respiró y se dio cuenta de que el aire frío la tranquilizaba. Aquel ambiente era muy distinto al de la Crisálida. No sabía describirlo, pero lo sentía como más *libre*. La palabra le hizo sonreír. Las miradas de las demás personas apenas recaían sobre ella, y eso la relajó. Nadie parecía tener interés en dañarla.

Torció a la izquierda siguiendo a una mujer que caminaba pesarosa y tambaleándose hacia los lados. Era mucho más gruesa que su madre aunque tenía aproximadamente la misma estatura. Parecía mayor, eso sí. La siguió porque era la única que avanzaba a su velocidad y no le costaba andar sus mismos pasos.

Cuando ya había pasado un buen rato y Julia no temía que su madre apareciese de la nada en cualquier instante, la mujer se giró. Julia se horrorizó al ver su rostro cansado y lleno de arrugas. Había belleza en sus facciones, pero supuso que las arrugas eran una especie de enfermedad parecida a la suya, que desgastaba la piel. Sin embargo, sonreía.

—Hola —saludó, mirándola de arriba abajo. Julia se alejó un poco—. ¿Te has perdido?

Julia abrió la boca para contestar pero se dio cuenta de que no sabía qué decirle. Le recordaba a su madre en el tono paciente y monocrorde a la hora de hablar, así que decidió que no era una buena idea.

Corrió todo lo que pudo hasta ponerse lejos de su alcance. Sus pasos eran torpes y estuvo a punto de tropezar. El vestido no le dejaba mucha libertad a la hora de caminar y las vendas provocaban que su manera de andar fuese muy extraña comparada con el resto de personas. Se obligó a no reparar en todas las cosas nuevas y fascinantes que sus ojos veían, pero aquello resultó incluso más complicado que escapar.

La luz la confundía: por todas partes había carteles con palabras de colores que refulgían con un brillo extraño, también objetos alargados —mucho más altos que ella—, que tenían una luz anaranjada y artificial al final. También los coches llevaban luces que iluminaban su trayectoria.

A pesar del frío, Julia se dio cuenta de que estaba sudando por el miedo. Movía la cabeza de un lado a otro cada vez que algo le llamaba la atención —lo que ocurría constantemente.

Cuando llevaba un buen rato caminando, descubrió que a la gente ella no le pasaba desapercibida. Algunos esbozaban una sonrisa al verla, como si su simple imagen fuese divertida, o la contemplaban con extrañeza. Cada una de esas miradas le pesaba enormemente, porque establecía un muro entre ella y el resto: significaba que era demasiado diferente como para encajar. Su cerebro bullía, repleto de ideas que trataban de explicar lo que veían sus ojos. Todo, el presente, significaba una contradicción constante con lo aprendido durante diecinueve años. Trataba de aferrarse a una realidad que no existía, y el esfuerzo por refugiarse en eso, le provocó un esfuerzo mayor al que imaginaba.

Se sumió en un espacio intemporal en el que caminaba como una autómatas, pensando y observando pero sin ser realmente consciente de nada. Cuando despertó de su letargo, se dio cuenta de que no sabía dónde estaba.

Se había sentado en algún momento, demasiado cansada como para continuar. Todo estaba aún más oscuro y frío que antes y, en esa ocasión, no vio a nadie, ni siquiera coches.

La falta de palabras para describirlo todo fue lo que más le impresionó. Durante un tiempo, había pensado que las palabras eran limitadas y que ella conocía casi todas las posibles. Sin embargo, se dio cuenta de que no podía expresar lo que tenía alrededor porque no lo conocía, ni tampoco lo que había en su interior, los sentimientos. Esa impotencia era aún peor que la desolación de estar perdida y sola y de que su madre la hubiera engañado hasta ese punto. Se acurrucó como pudo, se abrazó al cuaderno y trató de dormir, aunque su posición no era ni mucho menos cómoda ni la temperatura agradable, y los ojos le escocían por las lágrimas.

Cuando se despertó, ya había amanecido. Los acontecimientos del día anterior se agolparon en su cerebro. Nunca antes se había sentido tan emocionada ni le habían pasado tantas cosas inte-

resantes juntas. De hecho, comparado con ese día, sus diecinueve años de vida habían sido extremadamente vacíos e insulsos.

Se apresuró a abrir el cuaderno, pasó todas las páginas que hablaban de elementos del Mundo y comenzó a escribir en una hoja vacía. Con lentitud, comenzó a trazar las letras que relataban su aventura hasta ese momento:

Me llamo Julia y tengo diecinueve años. Ya no vivo en la Crisálida, aunque tampoco estoy muy segura de donde estoy. Ahora soy libre, como las demás personas, aunque demasiado diferente a ellas. Lo he notado en sus miradas. Como la mariposa del Mundo. Pero a pesar de todo, me gustaría ser como ellos. Caminar como si nada de esto fuera sorprendente. Seguro que ellos sí tienen palabras para todo, pero yo no. Quiero saberlas, creo que es lo que más deseo de todo. ¿Qué habrá pasado con mamá? ¿Me encontrará de nuevo y me llevará de vuelta a la Crisálida? Creo que no quiero volver, aunque tenga frío y un poco de miedo.

—Y también hambre. Y sed —reconoció en un susurro. Porque no sabía cómo conseguir comida y bebida.

¿De dónde salía la comida? “Yo te la traigo siempre”, había dicho su madre. Pero algo le decía que en aquella ocasión, eso no ocurriría. Tomaba tres veces al día aquel líquido espeso y sustancioso de sabor variable, pero nunca había sabido lo que era. Entonces pensó que la única forma de saberlo era preguntarle a una persona. Al fin y al cabo todos tenían que comer, ¿no?

Después pensó en que nunca había visto a su madre comer. ¿Y si solo ella lo necesitaba? En ese caso, tendría que volver a la Crisálida, aunque jamás encontraría el camino.

Después recordó la historia que había leído, la del niño que no paraba de comer. No, definitivamente no era ella la única.

Se puso en pie y contempló a su alrededor. Había árboles que se le antojaron gigantescos, y se acercó para acariciar a uno de ellos. El roce de las vendas contra el rugoso tronco no era agradable, así que alzó la cabeza para ver si había manzana, o plátanos, o alguna fruta. No había, sólo hojas.

En eso estaba, cuando vio que no demasiado lejos, caminaban varias personas. Corrió hacia allí y sintió una oleada de nerviosismo. ¿Se atrevería a hablar con ellas? ¿La aceptarían a pesar de ser distinta?

—Hola —dijo Julia a la primera persona que pasaba, armándose de valor. El hombre se paró con impaciencia, aunque no respondió—. ¿Puedo preguntarle algo?

—Hazlo. Tengo prisa —la apremió.

—¿De dónde sale la comida?

El hombre la miró unos instantes con el mismo gesto que su madre usaba cuando estaba siendo demasiado curiosa.

—¿Acaso me estás tomando el pelo?

—¿Tomar el pelo? —preguntó ella—. ¿Qué quieres decir con eso? ¿Y agua? ¿Dónde hay?

Aquello era realmente extraño, pero el desconocido no se quedó para darle ningún tipo de explicación. Si todas las personas eran como él, el exterior no era tan agradable como había pensado en un principio. Sin embargo, sus tripas rugieron y pensó que podía probar suerte de nuevo. Dejó pasar a un par de personas que no le inspiraron confianza y se decidió al ver pasar a un hombre alto de rostro sonriente y apariencia juvenil.

Se interpuso en su camino y agachó la cabeza, como cuando no estaba muy segura de hacer algo. Él se paró para evitar el choque y entonces le preguntó:

—¿Qué ocurre?

Ella alzó la mirada, temerosa por la brusquedad. Al ver su expresión, el joven suavizó la voz.

—¿Estás bien?

—¿De dónde sale la comida? —murmuró atropelladamente.

—¿Qué

—Tengo hambre.

—Ah —él la miró sonriente, con un brillo divertido en los ojos, y luego preguntó—¿Cómo te llamas?

Vaciló unos instantes, mientras escrutaba su rostro en busca de algo que le inspirase confianza. Vio sus ojos, de un color marrón muy diferente al suyo y se preguntó si habría ojos de todos los colores.

—Julia —dijo al final.

—¿Qué te ha pasado?

Por alguna razón, Julia decidió contarle lo ocurrido.

—Ayer me escapé de la Crisálida.

Él rió y Julia se sintió molesta, como cuando su madre no la tomaba en serio. ¿Por qué se reía? Lo que le había ocurrido era muy serio, o al menos, no tan divertido como a él le parecía. Las lágrimas acudieron a sus ojos por la desesperación, y él pareció cerciorarse.

—Olvidalo, no importa. Estás pálida y ojerosa. ¿Por qué?

“Porque estoy enferma”, se sintió tentada a decir. Pero temió que la rechazara por eso, así que cambió de idea.

—Porque tengo hambre. ¿De dónde sale la comida? —insistió.

—Depende de la comida a la que te refieras —explicó, como si estuviese bromeando con ella—. Aunque si tienes dinero, puedes comprar cualquier cosa.

—¿Qué es el dinero? ¿Cómo puedo conseguirlo?

Él la miró con extrañeza, como intentando descubrir si aquello iba en serio. Su expresión perdida acabó de convencerlo, porque musitó:

—Puedo invitarte a comer algo, si lo que te ocurre es que estás hambrienta. Aunque creo que deberías que contarme lo que te ocurre.

Julia asintió, esperanzada. Después de todo, el exterior no era tan malo, ¿no?

Capítulo ocho:

Julia no paró de hacer preguntas. Tenía una ávida curiosidad por todo y él, paciencia y voluntad suficiente como para responderlas. Aunque no entendía del todo cómo discurrían las cosas, aprendió palabras importantes que atesoró para sí. Se relajó cuando tuvo las suficientes para describir su entorno. Estaba en una “ciudad”, y lo que había sobre sus cabezas era el “cielo”.

—Pero, ¿dónde acaba? —inquirió después de observarlo conienzudamente durante un rato.

—No se acaba. O al menos, sus límites no son visibles.

—Es increíble.

—El mundo lo es.

Julia se paró en seco. ¿Había hablado de un “Mundo”? Entonces, ¿existía realmente?

—¿Tú también tienes un Mundo? —preguntó con recelo.

Él no se sorprendió por esa pregunta. Cada una parecía más inverosímil que la anterior, pero, por algún motivo, sabía que ella ignoraba de verdad todo lo que se cuestionaba.

—El mundo es todo lo que nos rodea.

—Entonces, es muy grande —observó mirando a su alrededor.

—Es enorme, no imaginas cuánto.

Pararon frente a un lugar donde, como él le explicó, se servía comida. Julia no había imaginado nunca que pudiera existir algo así, pero la idea le entusiasmó. Contempló las sillas, las mesas y los cubiertos. Ahora que tenía a alguien que podía explicarle cómo funcionaban las cosas en aquel lugar, se sentía mucho más segura.

—¿Por qué todos me observan de esa forma? —le preguntó entonces. Todas las personas con las que se cruzaban miraban en su dirección con una expresión que estaba entre la sorpresa y la compasión.

—Por tus vendajes, supongo. ¿Te ha ocurrido algo?

Julia miró hacia los lados. Tenía razón, nadie más tenía vendas. Las suyas se habían ennegrecido por la suciedad y presentaban un aspecto bastante desastroso.

—¿Acaso no las llevan todas las personas?

—No, solo si estás enfermo o tienes alguna herida.

Así que era eso. Julia se mordió el labio, como siempre que estaba nerviosa.

—¿Las personas son violentas?

Él lo pensó durante un momento.

—Depende. Normalmente no, aunque hay personas que sí. ¿Te parezco yo violento?

—No —era cierto—. Entonces, ¿no me haréis daño?

—¿Quién te ha dicho eso?

Sin hacerle caso, Julia sacó su libreta y escribió "*no todas las personas tienen porqué ser violentas*".

Una mujer se acercó a preguntarles qué querían para comer. Él pidió algo con un nombre extraño y le preguntó a Julia qué quería.

—No lo sé —dijo. No tenía ni idea de cómo se llamaba aquello que su madre le llevaba—. Comida.

Él le susurró algo a la mujer, que asintió con la cabeza y se fue.

—¿Por qué se va? ¿Acaso no hay comida?

—Tranquilízate —contestó él—. No tardará en volver.

Tenía razón. Regresó al cabo de unos minutos con dos platos idénticos que depositó en la mesa.

Cuando Julia vio lo que tenía frente a sí, no pudo evitar preguntarle cómo se comía eso. Ni siquiera conocía su nombre.

—Es carne. ¿Acaso nunca la has probado? ¿De dónde vienes, de otro planeta? —le dijo con ironía.

—¿Planeta?

Él sacudió la cabeza, como si estuviera lidiando con algo imposible, pero no molesto ni enfadado.

—Mira lo que hago e imítame. No es complicado.

Julia observó sus movimientos con el tenedor y el cuchillo y cómo se llevaba el alimento a la boca para después masticarlo. Le costó un buen rato manejar ambos cubiertos, pero cuando lo consiguió y saboreó la carne, se dio cuenta de que jamás había probado algo con un sabor tan maravilloso. Comenzó a comer con rapidez, sin masticar bien los pedazos. Sentía dolor al tragar, pero aquello le gustaba tanto que eso no la detuvo.

—Quiero más —anunció con la boca llena, después de acabar su plato.

—Sí que estabas hambrienta —observó, sonriente—. Pero mastica más despacio o te sentará mal.

Julia desoyó sus comentarios y siguió devorando con la misma avidez. Jamás había comido tanto y estaba tan repleta que tuvo ganas de vomitar. Lo peor fue que, cuando terminó, comprobó con horror que sentía un escozor muy intenso en la garganta y el esófago. Era común que doliese cada vez que comía —por su enfermedad, las heridas también eran internas—, pero no de esa manera.

Se encogió como pudo en la silla y se rodeó la cabeza con los brazos. Esa euforia que había sentido al encontrar a alguien que respondiese a sus preguntas y le explicase cómo era todo, se esfumó ante la presencia del dolor.

Se sobresaltó cuando él le puso la mano en el hombro y le preguntó qué le pasaba. Julia gritó. No podían tocarla, ni siquiera su madre lo hacía a menos que fuera imprescindible o tuviese que curarla. Sintió que su cabeza estaba a punto de estallar y supo que iba a volverse loca de un momento a otro. Ya lo había hecho, estaba segura, porque nada de eso era real.

Aferró la mariposa de cristal que tenía debajo de las vendas y se preguntó por qué ocurría todo eso, qué había hecho mal...

Capítulo nueve:

Lo siguiente fue demasiado confuso como para que ella pudiese ordenar los acontecimientos. No había llegado a perder la conciencia, pero tenía una visión febril y delirante de lo que ocurría. Cuando al fin logró cerrar los ojos, cansada del constante desconcierto, se quedó dormida y no tuvo ningún sueño.

Al despertar y sentir su cuerpo en un lugar mullido y confortable, tuvo la súbita sensación de que había vuelto a la Crisálida. Abrió los ojos, temerosa, y se dio cuenta de que aunque estaba en una habitación, no era la misma en la que había pasado todos aquellos años de su vida.

—¿Dónde estoy? —preguntó en voz alta, sin estar segura de si había alguien cerca.

—En el hospital —contestó una persona, para su sorpresa.

Quiso incorporarse, pero el dolor de su cuerpo era demasiado fuerte como para seguir intentándolo.

Suspiró. Tenía curiosidad por saber qué era un hospital, aunque entendía cada vez más que las preguntas solo importunaban a las personas.

Cuando miró sus brazos, descubrió que le habían cambiado las vendas.

—¿Mamá? —llamó con un hilo de voz, pero nadie le respondió.

Pasó un buen rato a solas hasta que escuchó unos pasos que se acercaban a ella.

—¿Voy a morir? —se atrevió a preguntar, aunque no sabía quién venía. Las palabras de su madre resonaban en su cabeza. “Morirás si sales de la Crisálida”. No había muerto al cruzar la Puerta, pero aun así, podía suceder en cualquier otro lugar.

—No, claro que no —respondió la voz desconocida—. Aunque tendrás que cuidarte. Tu sistema digestivo es demasiado susceptible y no deberías forzarlo.

—¿Por mi enfermedad? —No entendía muy bien lo que le decía.

—*Epidermólisis Bullosa* —asintió—. Es una enfermedad extraña que causa que tu piel sea extremadamente sensible. ¿Sabes?, también recibe el nombre de “piel de mariposa”.

Julia hizo una mueca. Como si fuera la primera vez que escuchaba aquello.

—Creo que es una comparación poco fiel a la realidad —pensó en cambiar esa última palabra. Lo que entendía por *realidad* era un concepto que ya se había desmoronado antes y no constituía una referencia fiable.

—Por lo general, es una enfermedad que se transmite genéticamente. ¿Tienes algún familiar afectado?

—Mi madre también está enferma.

—¿Y dónde está?

Julia cerró los ojos, cansada.

—Me escapé de la Crisálida. Y no quiero volver.

No escuchó la respuesta —si es que la hubo—, pero al cabo de un rato, se cercioró de que había algo cerca de su mano. Lo cogió, era la mariposa de cristal. Aún la conservaba y eso la animó.

Cuando escuchó de nuevo que alguien se acercaba, miró con curiosidad. Se alegró de ver al joven que le había contestado a todas sus preguntas. Él también parecía complacido, aunque un poco preocupado.

—He venido a traerte el cuaderno —dijo con suavidad, depositándolo a su lado—. ¿Cómo te encuentras?

—Estoy enferma —admitió, pesarosa—. Aunque también lo estaba antes. Yo... no soy como tú.

—Me han contado lo que te ocurre —la cortó él, pero su voz no parecía enfadada ni nada que se le pareciese—. Pero aún hay cosas que no entiendo, como por ejemplo, ¿por qué no conoces nada del mundo?

Julia lo pensó unos instantes. Las personas querían explicaciones de todo, pero, ¿acaso no le había formulado ella decenas de preguntas? Se merecía una respuesta.

—Mi madre me encerró en una habitación. Me engañó durante años y me convenció de que no había nada fuera.

—¿Es eso posible? —murmuró horrorizado—. ¿Quién puede hacer eso?

—Supongo que lo es. A mí me resulta extraño este mundo, pero no el mío. Y por lo que creo, el resto de las personas piensan lo contrario.

—Desde ese punto de vista, todo es bastante relativo.

Julia le habló entonces de la Crisálida, del Mundo y de la Ventana. También de los libros, las historias y del Hecho Número Uno y el Hecho Número Dos. De cómo había escapado la primera vez y cómo ideó el plan para conseguirlo. También de sus sueños y temores. Él escuchó su testimonio con una mezcla de atención y escepticismo.

—No puedo creer que hayas vivido todo eso —opinó cuando ella acabó de relatar—. Tu madre podría ir a la cárcel. Lo que ha hecho es despreciable y...

—¿Cárcel? —interrumpió Julia, con curiosidad.

—Es un lugar donde encierran a las personas que han hecho algo que no está bien.

—¿Era la Crisálida una cárcel?

Se acercó a ella y la miró con compasión.

—No. Tú no has hecho nada malo para merecerlo. Más bien se trataba de una jaula. Una jaula de cristal.

Jaula de cristal. Julia pensó que era una buena forma de llamarlo.

—¿Tú también tienes nombre? —preguntó ella súbitamente.

—Sí —sonrió él—. Me llamo Gabriel.

Capítulo diez:

Llevaba ya algunos días en el hospital. La vida allí no se diferenciaba mucho a la de la Crisálida, aunque no tuviera un Mundo ni una Ventana. Pasaba las horas intentando ordenar los hechos, diferenciando lo real de lo irreal. Hizo una lista con las verdades de la Crisálida y las verdades más importantes del exterior, y tachó las que no se correspondían con su nueva vida.

Al final, le quedó algo así:

VERDADES

- No voy a morir por estar fuera de la Crisálida.**
- Las personas no tienen por qué ser violentas.**
- Las palabras no se acabarán aún.**
- El mundo es mucho mayor que cualquier Crisálida.**
- Todos los elementos del Mundo se corresponden de algún modo con la realidad, aunque no coincidan en tamaño, color o textura.**

MENTIRAS

- ~~**Si cruzo la Puerta, moriré.**~~
- ~~**Las personas son violentas.**~~
- ~~**Cada persona tiene su propia Crisálida.**~~
- ~~**El Mundo solo existe dentro de la Crisálida.**~~
- ~~**Los elementos de las historias no son reales.**~~

Por desgracia, no era tan fácil tacharlas de su cerebro, especialmente porque las personas le hacían muchas, muchísimas preguntas acerca de su pasado, de ella misma y de su madre. Julia escuchaba con atención lo que tenían que decirle aunque no siempre contestaba. No todas las personas le inspiraban la suficiente confianza como para eso.

Le gustaba contemplar a los demás. Podría pasar horas mirándolos uno a uno, observando sus rasgos y la forma que tenían

de reaccionar. ¿Cómo podían llegar a ser tan diferentes los unos de los otros? A veces le abrumaba pensar que sería incapaz de conocerlos a todos. Si había más de una persona, tenía que dividir su atención. Y además, siempre tenían prisa aunque se comportasen con aparente tranquilidad. Eso le resultaba bastante enojoso.

Por eso, cuando escuchó que alguien abría la puerta de la habitación, giró rápidamente la cabeza para ver al recién llegado.

Y entonces, la vio. La inconfundible persona que se acercaba a ella con una nota de cólera contenida en la mirada. Julia siguió sus pasos con la mirada, y sintió que su sueño se esfumaba de golpe.

—Levántate, tenemos que irnos —anunció su madre con el tono que usaba cuando no había sido obediente. Julia se aferró a la almohada, como si ese gesto pudiese protegerla.

—No quiero volver a la Crisálida.

—Es el único lugar donde puedes estar segura. Donde las dos podemos estar seguras. Si no te hubieras ido de allí, nunca te hubiese pasado esto. Las personas son crueles, ¿o acaso no lo has comprobado?

—No todas —aseguró, pensando en sus nuevos conocidos—. No tienen la culpa de que yo esté enferma.

—Yo te cuidaré —su madre la asustó. Su expresión, la forma en la que la contemplaba, rayaba el delirio—. Te protegeré.

A Julia le invadió un terrible desconcierto. La quería, la quería muchísimo. No se imaginaba cómo vivir sin ella. Aquellos días habían sido fascinantes, pero añoraba en parte la tranquilidad de la Crisálida y la figura conciliadora de su madre. Sin embargo, sus palabras fueron más rápidas a la hora de expresar lo que sentía.

—No puedes obligarme a volver —Julia recurrió a las palabras que le habían dicho tantas veces en los últimos días, aunque no estaba muy segura de que eso fuera cierto. En cualquier caso, se sentía feliz de deshacerse de la sumisión que había mantenido durante tanto tiempo—. También tú estás enferma, y puedes salir al exterior. ¿Por qué no dejas que yo lo haga?

El rostro de su madre era una máscara de aflicción. Julia contempló sus lágrimas y estuvo a punto de disculparse, pero se contuvo. Cuánto deseaba asegurarle que la obedecería.

—¡Yo solo quería protegerte! Desde que naciste, supe que eras tan frágil...

—¿Por qué me ocultaste el exterior? —sollozó.

—Porque era necesario. Tu vida nunca podrá ser normal. Jamás podrás ser como otra persona.

“Ojalá pudiera decir que eso es mentira” pensó para sí.

—¿Por eso me encerraste?

—Para que no te dieras cuenta de las carencias. Para que no sufrieras al darte cuenta de que no eras como el resto. Por eso creé un mundo para ti. Deberías estar agradecida...

Julia sacudió la cabeza, tratando de liberarse de las ideas del pasado. Le resultaba difícil ser objetiva, y tenía ganas de que se fuera y acabar con esa discusión.

—Te equivocas. Tú misma me hiciste sentir enferma, aunque fuese dentro de la Crisálida —y en un susurro, añadió—. Las mariposas nacieron para ser libres. Aunque sean frágiles o vulnerables.

—Si me abandonas te odiaré siempre —amenazó ella—. Jamás te lo perdonaré. Y no volveré.

Julia lo pensó durante unos instantes. Eso no podría soportarlo jamás. Al fin y al cabo, tenía razón. Su mundo no era ése, sino la Crisálida.

—No me dejes —suplicó en un susurro.

—Quieren separarme de ti —explicó su madre en el mismo tono conciliador—. Pero yo nunca lo permitiré. Si dices que quieres volver, no tendrán más remedio que hacerte caso.

—Sí, lo haré —aseguró, aunque no estaba segura de desearlo—. Pero no me dejes.

Capítulo doce:

Hasta entonces, Gabriel la visitaba cada día, y ella esperaba ese momento con esperanza. Él siempre era paciente contestando a sus preguntas y ayudándola en sus dudas. Además, había ideado

una especie de juego para hacer menos tediosa la tarea de conocer su nuevo entorno. Julia le hacía una pregunta y Gabriel le contestaba si era cierto o no, y le daba la explicación pertinente. Sin saberlo, él hacía mucho más que cualquiera de los médicos en los que Julia no siempre confiaba.

Y aquel día, ella había preparado una nueva pregunta.

—Tú me trajiste a este sitio, ¿verdad?

—Sí —confesó él—. Pensé que te habías escapado.

—¿Por qué lo hiciste? Ahora mi madre quiere llevarme de vuelta a la Crisálida. Volveré a encerrarme y desconfiará de mí del todo. No podré escapar nunca.

Julia percibió la tristeza en su rostro.

—No —respondió—. No puede hacerlo. Hay leyes que prohíben que eso ocurra.

—No lo impidieron durante diecinueve años —musitó amargamente—. Claro que es capaz. Además, no puedo dejarla sola. Si me niego a acompañarla, ella jamás regresará. No podría soportarlo. Aunque aún hay algo que puedo hacer.

—¿En qué estás pensando?

Ella se irguió en la cama y sacó su cuaderno de debajo de la almohada. Allí estaba escribiendo su propia historia, las palabras eran más fiables que los recuerdos. Le tendió a Gabriel lo que había garabateado, llenando una hoja entera. En el fondo, tenía miedo de que alguien la escuchase —en especial su madre—, y le hiciese cambiar de idea. No había dormido en la noche anterior, tratando de convencerse de que era lo mejor, aunque aún le atemorizaba un poco la decisión.

Tengo que salir de aquí cuanto antes. No voy a volver a la Crisálida. Tengo que salir de aquí cuanto antes. No voy a volver a la Crisálida. Tengo que salir de aquí cuanto antes. No voy a volver a la Crisálida. Tengo que salir de aquí cuanto antes. No voy a volver a la Crisálida. Tengo que salir de aquí cuanto antes. No voy a volver a la Crisálida. Tengo que salir de aquí cuanto antes. No voy a volver a la Crisálida. Tengo que salir de aquí cuanto antes. No voy a volver a la Crisálida. Tengo que salir de aquí cuanto antes. No voy a volver a la Crisálida. Tengo que salir de aquí cuanto antes. No voy a volver a la Crisálida.

a la Crisálida. Tengo que salir de aquí cuanto antes. No voy a volver a la Crisálida. Tengo que salir de aquí cuanto antes. No voy a volver a la Crisálida. Tengo que salir de aquí cuanto antes. No voy a volver a la Crisálida. Tengo que salir de aquí cuanto antes. Tengo que salir de aquí cuanto antes. No voy a volver a la Crisálida...

Gabriel volvió a mirarla.

—Ayúdame —pidió, y sus ojos relucieron. Había pasado demasiado tiempo presa, y ahora que descubría el mundo real, no quería perder ni un segundo, aunque se volviese loca tratando de darle un poco de sentido a todo.

Él consideró la opción durante unos instantes.

—No. Necesitas cuidados especiales. No, al menos hasta que recuperes fuerzas y conozcas algo más del exterior. Podría pasarte cualquier cosa allí fuera.

Julia lo miró, sin creer lo que le decía. Pensaba que no tendría el menor reparo en ayudarla, pero una vez más, pretendían aislar su horizonte entre cuatro paredes.

—Quiero salir, aunque solo sea una vez más —imploró a la desesperada—. Ni siquiera se puede ver el cielo desde aquí.

Gabriel dudó, y Julia supo que era su única oportunidad de convencerlo.

—No haré ninguna estupidez, te lo prometo.

Él dejó pasar unos minutos en silencio.

—¿Qué necesitas? —murmuró al final.

Julia esbozó una amplia sonrisa.

—Ropa normal —se apresuró a decir—. Me he dado cuenta de que todos los enfermos llevan este vestido —contó señalando su camiseta—. Si llevo ropa normal, a lo mejor no me reconocen. ¿Me equivoco?

—Eres muy inteligente —sonrió Gabriel—. Pero no te bastará con eso. Tu caso se ha hecho bastante popular aquí y me temo que casi todos te identificarían sin problema.

—¿Por las vendas?

Gabriel tuvo que darle la razón.

—Entonces me las quitaré —anunció como si nada.

—¡No! La ropa te dañará.

—Creo que podré hacer ese sacrificio.
En su rostro se reflejaba tanta alegría que Gabriel no fue capaz de desilusionarla.
—¿Cuándo? —preguntó simplemente.
—¿Cuándo es más seguro?
—Por la noche —no lo pensó dos veces—. Al menos no habrá tantas personas. Pero no podemos tardar mucho.
—Que sea hoy mismo. Por favor.
Gabriel asintió, y después le prometió que lo haría.
La perspectiva hizo que el día transcurriese mucho más rápido. Antes de lo que esperaba, Gabriel llamó a su puerta. Llevaba un paquete debajo del brazo.
—¿Estás segura de querer hacerlo? —le preguntó por enésima vez.
—¡Sí! —replicó ella con entusiasmo. Contempló cómo sacaba la ropa, eran unos pantalones largos de una textura rugosa y color azulado y una camisa verde. Julia se maravilló al ver las prendas.
Cuando Gabriel la dejó sola para que se cambiase, se quitó las vendas torpemente. Odiaba la fragilidad de su piel, y no podía evitar aborrecerse también a sí misma por eso.
—Nada de esto habría pasado si no tuviera esa enfermedad —masculló para sí. El aspecto de las heridas no había mejorado en absoluto, más bien al contrario. Tardó mucho en despojarse de todos sus vendajes, y cuando lo consiguió, sintió el frío introduciéndose en su interior.

Acarició la posibilidad de desistir por segunda vez cuando tuvo que ponerse la ropa sin que ningún tipo de vendaje la cubriera. Como nunca antes se había puesto camisetitas o pantalones, le costó más de lo normal. Cada roce de su cuerpo con la ropa creaba oleadas de dolor tan intensas que estuvo a punto de marearse en varias ocasiones.

Pese a todo, lo logró.

—Lo he conseguido —anunció saliendo de la habitación con un esfuerzo sobrehumano. Después de todo eso, se sentía tremendamente débil.

Gabriel la miró con cierta inseguridad.

—No sabes cuánto te admiro.

Comenzó a andar y Julia lo siguió. Los pasillos estaban tan silenciosos que no pudo evitar sentir miedo. Unos minutos más tarde, se dio cuenta de su insensatez. No estaba acostumbrada a esa ropa, y mucho menos a no llevar vendas, y el contacto constante contra su piel era mucho más que doloroso. Le resultaba insoponible.

Aun así, no se quejó ni una sola vez. Caminó todo lo rápidamente que fue capaz, tropezando, aguantando incluso la novedosa e incómoda sensación de llevar puestos unos molestos zapatos.

“No lo conseguiré” pensó en más de una ocasión, pero era demasiado obstinada como para echarse atrás.

Cuando pasaron frente a los guardas —un nuevo concepto que Gabriel le había enseñado—, su corazón latió con fuerza. Agachó la cabeza y suspiró de alivio al darse cuenta de que ni siquiera los habían detenido. Antes de lo imaginado, estaban fuera del recinto.

En el exterior, corría una suave y agradable brisa. Julia alzó el rostro y contempló el cielo nocturno plagado de estrellas. Le pareció algo tan hermoso y único que a duras penas logró escuchar a Gabriel, que la instaba a ir a un lugar lejos del hospital para que no los descubriesen.

—¿A qué sitio quieres ir?

—No lo sé —respondió. Era cierto, no conocía ningún lugar, ni sabía describir exactamente lo que quería. Pero él pareció comprenderla.

—¿Quieres ir a un lugar realmente hermoso? —le dijo. Ella pensó para sí que todos los lugares le parecían hermosos, pero no dijo nada.

Gabriel condujo a Julia a través de la ciudad, caminando a su ritmo. No paró de hablar ni un solo instante, explicándole cada detalle que consideró interesante.

Julia repetía varias veces en voz alta cada nueva palabra. Era increíble ver sus representaciones reales y no meras figuritas de barro sin vida. Una parte de su ser le gritaba que se había introdu-

cido en una de aquellas historias inverosímiles de sus sueños y que cuando despertase, estaría de nuevo en la Crisálida. Consciente de que estaría allí por un motivo u otro, intentó empaparse de todo su alrededor para no olvidar ni un solo detalle. Probablemente, ese recuerdo sería lo único a lo que aferrarse durante mucho tiempo, tal vez toda su existencia, y lo último que pretendía era perderse algo.

—¿Cómo es la vida para ti? —le preguntó Julia. Se dio cuenta de que él sabía mucho de ella y en cambio, casi todas las preguntas que Julia formulaba iban destinadas a cosas de su entorno que no tenían relación con él. Aunque podía afirmar conocerlo, no dejaba de ser un completo desconocido.

—¿Qué puedo decirte? Todo lo que a ti te parece extraordinario, para mí es normal y nada emocionante. Tú te detienes a observar cosas que a cualquiera le pasarían desapercibidas. Envidio esa capacidad.

—Si yo supiera lo mismo que tú, apenas preguntaría nada —aseguró—. Pero ahora mismo, no me cansaría de saberlo todo.

El paisaje había cambiado. Julia comprendió que ya no estaban en la ciudad, sino en un sitio de apariencia más tranquila y menos amenazadora.

—Los niños también son así —sonrió él—. Dudan constantemente de todo porque la vida no para de sorprenderlos. Una vez leí que un niño no se alteraría demasiado si viese a un elefante volando. Están rodeados de estímulos constantemente, de cosas nuevas e inverosímiles que tienen que asimilar. Me pregunto en qué momento perdemos esa capacidad de sorprendernos por cualquier cosa extraordinaria y la vida se convierte en rutina.

Julia asintió. Recordaba cómo los elementos del mundo parecían estar acabándose poco a poco y era angustioso. Comenzó a andar más despacio. Su voluntad podía ser poderosa, pero el dolor y el acusado cansancio eran razones más poderosas aún.

—No puedo —admitió cuando se encontró al borde de sus fuerzas. Sentía punzadas en todo el cuerpo y temía no poder soportarlo—. Yo... siento haberte traído hasta aquí para nada.

Con un último esfuerzo, se dejó caer en el suelo. Gabriel se sentó a su lado, preocupado.

—Claro que no importa. Puedo llevarte de vuelta si quieres, y así podrás descansar..

—No —lo cortó, haciéndose un ovillo en el suelo. Estaba mullido y la hierba le hizo cosquillas en la cara—. Me gusta este lugar.

Allí reinaba un apacible silencio, solo apaciguado por el rumor del viento. Julia sonrió al descubrir de nuevo dentro de ella aquella libertad. Era una sensación muy superior al resto y nada podía enturbiarla, ni siquiera el dolor. Tal vez la vida en la Crisálida no fuese tan dura como fuera de ella, pero carecía de ese tipo de cosas.

Repasó todo lo aprendido, y evocó el rostro de su madre. La última vez la había visto cansada y débil. ¿Sería capaz de abandonarla para vivir su propia vida? ¿Sería cierto que ella no la perdonaría jamás? No debía ser tan egoísta y negarle sus deseos a alguien que lo único que había deseado era protegerla en todo momento.

“No”, gritó otra parte de su ser. Había sido mucho más sencillo confinarla a la soledad y negarle una vida. Julia no había tenido otra posibilidad que creerla durante años, y dejar que siguiera privándola de todo lo que le afirmase que existía algo fuera de la Crisálida.

Y sin embargo, se había equivocado porque no le había arrebatado el arma más poderosa que había provocado que la descubriese.

Y es que eran las palabras las que le habían hecho libre. Porque si su madre no hubiera insistido en enseñarle a leer y escribir, y a apreciar las letras y las historias, nunca hubiese podido expresar sus propias ideas y nunca se hubiera rebelado contra los principios que ella misma le había creado. Si no le hubiese privado de los libros, el Hecho Número Uno nunca habría sucedido, y por consiguiente, tampoco el Hecho Número Dos. Y sin eso, su deseo de escapar se hubiese reducido a la mera curiosidad de saber qué había detrás de la Puerta.

—No quiero irme nunca de aquí —dijo adormilada—. No me lledes de vuelta, ¿de acuerdo? Aunque tuviese que morir ahora, creo que no me arrepentiría. Puedes entenderlo, ¿a que sí? Puedes entender que ya no puedo seguir encerrada después de experimentar la libertad.

—La vida en el exterior no es sinónimo de libertad —musitó él—. Hay cientos de barreras que impiden que seamos totalmente libres.

—Aunque a veces se acerca bastante.

—Sí —sonrió—. A veces puedes conseguir experimentar todas esas sensaciones y entonces, todo lo sufrido parece dejar de ser importante. Creo que ahí reside el encanto de estar vivo.

—Me parece mentira... estar escuchando esto —susurró Julia—. Cuando oigo tus palabras, pienso que no puedo entenderte, y sin embargo, una parte de mí sabe exactamente a lo que te refieres.

—Cualquier persona no sería capaz de abrir su mente a una nueva realidad después de haber pasado tanto tiempo expuesta a un modo tan diferente de ver las cosas. Cualquiera se habría vuelto loco.

—Estoy loca —aseguró—. Porque a pesar de todo este dolor, no me apetece volver.

—En algún momento tendrás que hacerlo.

—Espero que ese momento se encuentre lo suficientemente lejos.

Julia cerró los ojos. Sabía que esa felicidad se acabaría, pero se concentró en el presente.

—Y... ¿cómo será mi vida si me quedo aquí? Si decido no volver a la Crisálida.

Gabriel reflexionó durante largo rato.

—Hay muchas opciones. Podrás juzgar por ti misma qué es lo que más te gusta hacer y dedicarte a ello. Tendrás que conseguir dinero, comer, dormir y aprender a cuidar de ti misma, y seguir los aburridos trámites de las personas. Aunque estoy seguro de que hasta la rutina te parecerá sorprendente —sonrió—. En cualquier caso, tienes que saber que todo estará plagado de obstáculos cada vez más difíciles que deberás superar.

—Y... ¿para qué sirve todo eso? Quiero decir, ¿qué se consigue al final? ¿Cuál es el objetivo?

—Nadie lo sabe muy bien. Algunos se pasan la vida entera preguntándose. Otros, ni siquiera lo hacen. No queda otra opción

que vivir, tratando de buscar la forma de ser lo más feliz o libre posible. Cada cual lo es a su manera.

Sin contestarle, Julia se dejó vencer por el sueño. Descansó plácidamente durante toda la noche y en sus sueños aparecieron gran parte de los nuevos elementos aprendidos y los lugares que había visto. Hasta entonces, en sus sueños no habían existido más que colores o posibilidades dentro de la propia Crisálida. Incluso los sueños la habían encarcelado.

Gabriel no la despertó, ni hizo ademán de llevársela. La contempló con preocupación, e incluso se atrevió a acariciar con dulzura su rostro. Sabía que ser el cómplice de una huida en el propio hospital sería bastante grave, pero el deseo que movía a Julia a permanecer allí era demasiado intenso como para arrebatarérselo por ese motivo.

—Sigo aquí —sonrió ella al despertar, y ese gesto le hizo pensar que no se había equivocado.

Amanecía cuando reemprendieron el camino hacia el hospital. Julia avanzaba mucho más lentamente que antes, y parecía haber empeorado.

—¿Has decidido ya lo que quieres hacer? —inquirió Gabriel para romper el silencio que había entre ellos.

—Tengo que hablar con mi madre —reconoció pesarosa—. No quiero que ella desaparezca para siempre. Tampoco quiero que vaya a ese lugar al que dijiste. La cárcel —al pensarlo, se le hizo un nudo en la garganta. No podía condenar a su madre a vivir eso, aunque fuese exactamente lo mismo que le había hecho a ella.

—Sería bastante justo —pronunció él con rencor.

—¡No! —exclamó Julia— ¿Cómo podría hacerle lo mismo si lo que quiero es demostrarle que está equivocada?

—No cambiará de opinión —le aseguró él—. Y tratará de amenazarte y de darte pena para que la obedezcas.

—Tendré que correr el riesgo de hablar con ella. ¿No harías tú lo mismo?

Gabriel pensó en su propia madre. No se parecía en nada a la persona que describía Julia, pero comprendía el motivo que la llevaba a perdonarla pese a todo.

—No puedo creer que consigas librarte a tanta velocidad de los prejuicios que ella te inculcó durante todo ese tiempo.

—Si lo hubiese logrado, no estaría dudando en este momento —admitió.

Todavía le quedaba un largo camino por recorrer.

Capítulo trece:

Ansiaba verla de nuevo. Cuando su figura apareció por la puerta, reprimió el instinto de refugiarse en sus brazos. Aún no controlaba del todo sus emociones contradictorias.

Ella presentaba un aspecto desvalido. Para Julia, su madre siempre había sido un ser que tenía poder sobre ella y sobre todas las cosas. En aquel momento, la veía como lo que era en realidad: una persona más, que siempre había tratado de imponer su dominio.

—Julia, tienes que venir conmigo... —imploró nada más verla. Se echó a llorar casi de inmediato, y su hija no pudo evitar hacer lo mismo.

—No lo haré. Mi vida ya no pertenece a la Crisálida.

—Pero sigues siendo tan frágil...

—No puedes aspirar a protegerme para siempre. Debes cuidarte a ti misma.

Los ojos fríos y acusos de su madre se clavaron en ella y no pudo evitar un estremecimiento.

—Si te marchas, me estarás condenando a muerte. Y será tu culpa.

Julia pensó en Gabriel, y en el mundo real. En el mundo, nadie la presionaba ni la ahogaba para tomar sus propias decisiones. Tampoco la amenazaban de esa forma. El balance de emociones positivas estaba en contra de volver a la Crisálida, al igual que sus propios deseos.

—No conseguirás hacerme culpable. No dependo de tus deseos ni de tus voluntades. Y tampoco de un Mundo que tú creaste.

Julia inspiró hondo, consciente de haberse librado de un peso que hasta entonces atenazaba su ser.

Y en aquel instante, supo que nunca volvería a tener poder sobre ella.

Porque todas las mariposas acababan escapando de sus crisálidas, incluso ella. Aunque su piel fuera tan delicada como las alas de aquellas criaturas, y aunque pareciesen demasiado frágiles para el mundo real.

Porque al fin y al cabo, todas las mariposas deben aprender a volar.

Almudena López Cano (16 años)
Archidona (Málaga)
Accésit

Esta edición no venal, se ha impreso en Andalucía con motivo del Día Internacional del Libro y del Derecho de Autor (23 de abril) en la primavera de 2012.

